

4.<sup>a</sup> EDICIÓN

T  
P  
E  
U  
D  
B

# Diez valores éticos

Joan Bestard





# Diez valores éticos

1. Ser veraz
2. Ser justo
3. Ser responsable
4. Ser tolerante
5. Ser dialogante
6. Ser solidario
7. Trabajar honradamente
8. Mantener la palabra dada
9. Ser crítico y saber aceptar la crítica
10. Estar abierto a la utopía

***Joan Bestard Comas***



*A mis padres,  
que me educaron en estos valores.*

# PRÓLOGO

Hace ya algunos años, al final de una intervención del profesor Julián Marías ante la Conferencia Episcopal Española, uno de los obispos asistentes preguntó: «¿Qué nos aconseja Vd. para esta época difícil?». El anciano filósofo no tuvo que darle muchas vueltas. Respondió: «¡Pensar, pensar, pensar!». En tiempos de crisis, la lucidez es el secreto. Se convierte en actitud fundamental ante la vida y la muerte. Y solo puede permanecer en la lucidez –no siempre agradable, nunca fácil– si se mantiene la capacidad de atravesar la dura corteza del acontecimiento en estado bruto y preguntarse por su razón. Si falta el pensar, lentamente, la acción deja de ser transformadora, creadora de oportunidades para el futuro. No en vano dejó escrito D. Bonhoeffer en sus papeles de la cárcel: «Lo realmente decisivo no consiste en saber salir con elegancia de una situación comprometida, sino dejar una esperanza para el futuro». Hoy, pensar y decir de modo comprensible lo pensado, resulta no ya conveniente sino estrictamente necesario. Y esto es lo que ha sabido hacer con extraña habilidad Joan Bestard. Y lo que nos transmite en el libro que tenemos en las manos.

Siempre atento a los mecanismos que condicionan el funcionamiento de la sociedad actual, con la seriedad técnica y el rigor científico que caracterizan cada una de sus publicaciones, nos ofrece ahora el resultado de muchas horas de trabajo y reflexión. Tengo para mí que en la publicación de su tesis doctoral *Globalización, Tercer Mundo y solidaridad*, obra monumental y exhaustiva, nuestro autor se quedó con las ganas de poner al alcance de un público más amplio algunas de las muchas conclusiones a las que le condujo su análisis. Que por tratarse de un estudio académico, puede ser complicado para los no expertos en la materia. Y ciertamente, hay que agradecerle esta inquietud. Entre nosotros, a pesar de las constantes publicaciones que nos sirven las numerosas editoriales, se echa a faltar lo que en lenguaje técnico se conoce como «alta divulgación». Que se distingue de tantos textos que o no dicen nada o se limitan a repetir lo que otros han dicho. O pueden resultar inasequibles al pequeño porcentaje de lectores interesados, que terminan por dejar la lectura a las pocas páginas, cansados y aburridos ante un esfuerzo no siempre gratificante por sus resultados. Hay que recuperar al lector del dominio despótico de los medios de comunicación de masas. Porque el ejercicio de leer es la verdadera puerta para la elaboración de una opinión propia, antídoto urgente del pensamiento único, siempre

peligroso.

No hay duda de que, como diría Ortega, «el tema de nuestro tiempo» es hoy la reflexión ética. Desaparecidos los grandes relatos por excesivamente ideológicos, obligados a volver una y otra vez a la dura realidad del día a día, sobre todo a partir de los últimos acontecimientos históricos a cuyas consecuencias nos vemos ineludiblemente enfrentados, desde una consciencia cada vez más evidente de que poder ya no es sinónimo de seguridad, se plantea, en «un mundo sin rumbo», la gran pregunta: «¿sabremos vivir juntos?». Tal vez deberíamos nosotros decir: «¿podremos vivir juntos?». La búsqueda de respuestas eficaces, concretas, prácticas, alejadas de planteamientos abstractos, capaces de orientar la pequeña acción posible, se ha convertido en una necesidad. Es el objetivo de estas páginas.

Sin duda alguna, el saber de Joan Bestard acerca de la globalización en curso le facilita las cosas. La globalización forma parte también del «tema de nuestro tiempo», como su matriz, su causa y su horizonte. Comprender los procesos complejos actualmente en curso es la premisa para cualquier afirmación de un sentido posible que no termine por perderse en el limbo de las utopías inocentes por inútiles.

Por eso resultan especialmente esclarecedoras las páginas en las que Joan Bestard expone los fundamentos de lo que seguirá después. A mi entender, hay que leerlas despacio, volviendo una y otra vez sobre sus contenidos, de una riqueza teórica sorprendente, que insinúan mucho más de lo que, en su aparente sencillez, dejan entrever a una primera aproximación.

Desde una sólida formación intelectual en la tradición cristiana y católica, Joan Bestard plantea la necesidad de la ética civil, muy en consonancia con el movimiento intelectual que postula el consenso ético como premisa para la «paz perpetua», concepto creado por E. Kant, que mantiene hoy todo su vigor. Sin ética no puede haber paz mundial. Pero en el momento en que han saltado todos los centros que permitían organizar las sociedades y debemos acostumbrarnos a vivir en el fragmento, esta ética debe buscar y hallar su fundamento último en principios asimilables por todos y cada uno de los fragmentos existentes. Ética de mínimos. Respuesta al deseo de felicidad. Construcción del espacio europeo. La fecunda distinción entre el ser y el tener, que halla en E. Fromm y en G. Marcel algunos de sus pioneros. El deseo de unir creyentes y no creyentes en este tiempo de modernidad tardía... He ahí los ejes que sostienen un pensamiento que va desarrollándose impecablemente desde el deseo de proporcionar las coordenadas para la acción en el mundo. El despliegue en forma de diez valores –actitudes,

propuestas de sentido– que conforman el cuerpo del libro obtiene como resultado un muy interesante «manual del buen viajero» por este «desierto que crece» pero que no podemos renunciar a reconvertir en paraíso.

Pienso que debemos agradecer a nuestro amigo y compañero de claustro en el Centro de Estudios Teológicos de Mallorca, Joan Bestard, el esfuerzo que supone el presente texto. Estoy seguro de que el lector lo valorará así. Y este será el mejor premio al esfuerzo y a la voluntad de colaborar en la construcción de «los cielos nuevos y la tierra nueva» que mantiene viva nuestra esperanza.

TEODOR SUAU PUIG  
Director del Centro  
de Estudios Teológicos de Mallorca

Palma de Mallorca, 25 de marzo de 2004

# INTRODUCCIÓN

En esta obra, titulada *Diez valores éticos*, intento presentar una ética elemental. Y por ética elemental entiendo una ética de mínimos, común a creyentes y no creyentes, a jóvenes y a viejos, a gente de nivel intelectual alto y bajo, a personas conservadoras y progresistas. Solamente con esa ética básica podrá construirse una sociedad mejor.

Son muchos los que se encuentran incómodos en la actual sociedad porque carece de valores éticos elementales o porque están muy deteriorados o borrosos. El entorno moral está contaminado. La falta de civismo es alarmante, y esto resulta preocupante y produce desconcierto. «En la era de los ordenadores y las naves espaciales –dijo en cierta ocasión el presidente de Checoslovaquia Václav Havel– hemos aprendido a no creer en nada, a hacer caso omiso de los demás, a preocuparnos solo por nosotros mismos.»

Y el Premio Nobel de Literatura 1990, Octavio Paz, hace esta aguda y atinada descripción de las democracias modernas:

«A las democracias modernas les falta el otro, los otros. Estamos separados de los otros y de nosotros mismos por invisibles paredes de egoísmo, miedo e indiferencia.

A medida que se eleva el nivel material de vida desciende el nivel de la verdadera vida. La marca del conformismo es la sonrisa impersonal que sella todos los rostros.

Debemos recobrar la capacidad de decir “no”, reanudar la crítica de nuestras sociedades satisfechas y adormecidas, despertar las conciencias anestesiadas por la publicidad».

Comentando este lúcido texto de Octavio Paz, podríamos afirmar que a nuestras sociedades occidentales modernas y democráticas les falta sensibilidad ética y capacidad crítica para poder detectar cuáles son sus lacras sociales y sus fallos contra la solidaridad.

Debemos recuperar la capacidad de decir:

- no al «todo vale», como expresión de la carencia más absoluta de normativa ética;
- no a una sociedad apoltronada en la corrupción y en el engaño, a la que solo le interesa «tener más»;
- no a una sociedad sin valores, sin ideales, que se rige por el principio: «El hombre es para el hombre un lobo»;

- no a una sociedad sin horizontes de sentido a la que solo le importa el disfrute diario de los bienes materiales, en el más absoluto conformismo;
- no a una sociedad indiferente, acostumbrada ya a la crueldad.

Es tanta la crueldad que nos transmiten diariamente los medios de comunicación social en su tarea informativa, que nos acostumbramos a todo. Esta saturación, por desgracia, produce indiferencia. El escritor portugués José Saramago ha afirmado: «Los seres humanos nos hemos convertido en monstruos de la indiferencia».

Nos vamos acostumbrando a todo y nos volvemos duros e insensibles. Nada nos maravilla ni espanta. Hemos perdido el sentido de la admiración y de la compasión. El avance más espectacular de la ciencia y de la técnica no nos dice ya nada, porque al día siguiente se producirá uno mayor. Y la desgracia más espantosa nos resbala porque mañana nos desayunaremos con otra más terrible. Cuando esto sucede deberían encenderse las luces rojas de alarma y tendríamos que preguntarnos: ¿qué modelo de hombre y de sociedad estamos construyendo? ¿Qué proyecto de hombre y de sociedad queremos para el futuro?

Somos víctimas y cómplices de una situación difícil que nosotros mismos hemos creado, «somos víctimas y cómplices de nuestra propia miseria», como dice José Saramago.

No pocas veces los mínimos éticos están fallando, y esta situación enrarece y envenena la atmósfera moral que todos respiramos. Nuestro mundo es todavía terriblemente injusto en muchos aspectos. El abismo, por ejemplo, entre los países ricos y pobres es cada vez mayor. Situación esta que representa una amenaza creciente para la paz a que aspira la humanidad. Pero, al mismo tiempo, día tras día surgen en nuestra moderna sociedad nuevas sensibilidades morales, nuevos valores éticos.

Hay que introducir en la cultura moderna y en la convivencia ciudadana principios, valores, actitudes y comportamientos que nos hagan más humanos. Los problemas que acucian nuestro mundo son responsabilidad de todos y las soluciones han de buscarse también entre todos. Atreverse a pensar desde las balsas de los naufragos es uno de los desafíos de nuestro tiempo. Es la llamada urgente para ser constructores de la paz desde la justicia.

Construyamos una sociedad democrática no cerrada ni indiferente ni egoísta, sino abierta a los valores de la verdad, de la justicia y de la solidaridad.

## **Urge reforzar la sociedad civil**

Albert Camus escribió: «Todas las revoluciones modernas han finalizado con un reforzamiento del poder del Estado». Pensemos sobre todo en la Revolución Francesa (1789) y la Revolución Rusa (1917).

Hoy lo que necesitamos es precisamente lo contrario: una revolución que deje de reforzar el poder del Estado y dé relieve y fuerza a la sociedad civil.

Hoy, más que nunca, necesitamos reforzar el principio de subsidiariedad puesto de relieve por Pío XI en su encíclica social *Quadragesimo anno*: que lo que puedan hacer las asociaciones intermedias no lo haga el Estado (cf. QA 79). Lo más importante en una sociedad es el tejido social existente entre el individuo y el Estado. Este es el auténtico fundamento de una sociedad democrática. Ni el individuo aislado y disperso, ni el Estado omnipotente gobernando individuos aislados y dispersos pueden convertirse en el ideal de una sociedad. La verdadera sociedad madura y democrática lo que de verdad necesita es: respeto para cada una de las personas, autonomía y fomento de las asociaciones e instituciones intermedias, y la necesaria autoridad del Estado para que llegue de verdad donde no pueden llegar ni las personas ni las asociaciones civiles intermedias.

Lo que necesita una sociedad adulta y democrática es un sano y dinámico tejido de asociaciones civiles capaces de servir a la persona.

## **Naturaleza y funciones de la ética civil**

La ética civil más que una noción filosófica es un determinado proyecto moral de la sociedad pluralista y democrática. Es el mínimo moral común de una sociedad secular y plural. Es la garantía unificadora y autenticadora de la diversidad de proyectos éticos que puede presentar una sociedad democrática. Es, en definitiva, un proyecto unificador y convergente de valores morales básicos en el cual puedan encontrarse creyentes, no creyentes y personas de distintas ideologías con vistas a fortalecer la democracia participativa. Se trata de aplicar a la vida el imperativo categórico de Emmanuel Kant: «Hay que hacer el bien y se ha de evitar el mal».

Las funciones básicas de la ética civil, según Marciano Vidal, son estas tres:

- a) Mantener el aliento ético (la capacidad de protesta y de utopía) dentro de la sociedad y de la civilización, en las que cada vez imperan más las razones

«instrumentales» y decrecen las preguntas sobre los fines y los significados últimos de la existencia humana.

- b) Unir los diferentes grupos y las distintas opciones, creando un terreno de juego neutral a fin de que, dentro del necesario pluralismo, todos colaboren para elevar la sociedad hacia cotas cada vez más altas de humanización.
- c) Desacreditar éticamente a aquellos grupos y proyectos que no respeten el mínimo moral común postulado por la conciencia ética general.

La ética civil es a la vez «causa» y «efecto», agente y signo de la no confesionalidad, del pluralismo y de la racionalidad ética de la vida social.

Elevar la sociedad hacia cotas cada vez más altas de humanización debería ser el gran objetivo de la ética civil. En este campo pueden y deben colaborar todas aquellas personas que de verdad quieran una sociedad más humana. El auténtico humanismo es la cancha común en la que todos los que apreciamos la democracia podemos colaborar. Ahí hay sitio para todos los demócratas. Nadie sobra. Y cada uno de ellos puede aportar su valioso grano de arena.

Esta ética civil es básica para asegurar la dignidad de todos los hombres y conseguir un clima de respeto mutuo, de comprensión, de tolerancia y de solidaridad que reforzará el tejido social y dará mayor consistencia y seguridad a la democracia.

### **Todos debemos contribuir a la construcción de una ética civil**

En nuestra sociedad española se echa en falta este mínimo ético que le confiera un rostro más humano. Necesitamos urgentemente una ética civil básica en la que creyentes y no creyentes nos pongamos de acuerdo.

El vacío moral que padecemos es preocupante. Y precisamente es este vacío moral el que da lugar a la corrupción. El engaño y la mentira encuentran en él el terreno propicio para crecer.

Si de verdad deseamos una sociedad más justa, más humana, más habitable, todos deberíamos aportar iniciativas concretas para la construcción de una ética civil. Creyentes y no creyentes, hombres y mujeres de distinta ideología, miembros de diferentes partidos políticos, personas de estratos sociales y de niveles de formación diversos, agrupados por un común ideal democrático, deberíamos unirnos en un proyecto ético común de mínimos que nos permitiera

construir una sociedad más justa y humana donde las personas tengan dignidad y no precio.

La ética cristiana podría hacer una valiosa aportación a esta ética civil de la que nuestra sociedad española se encuentra tan necesitada. Si la Iglesia, como decía Pablo VI, es «experta en humanidad», no puede dejar de hacer una específica contribución a esta ética civil.

### **Nada se sostiene sin una ética de mínimos**

Sin una ética de mínimos nada se tiene en pie. Sin una ética de mínimos, nuestras ciudades son una jungla y solo los «sin escrúpulos» se mueven sin cortapisas. La ausencia de conciencia, cada vez mayor en todos los órdenes de la vida, conduce inevitablemente a la proliferación de sinvergüenzas que a su vez rebajan la conciencia moral de la sociedad.

Ulrich Wickert, famoso locutor del primer canal de la Televisión Alemana (ARD), publicó en 1994 un interesante libro titulado: *El honrado es el tonto. Sobre la pérdida de los valores*. La tesis de Wickert es esta: en un mundo sin valores morales, el honrado es el tonto. No le falta razón al periodista alemán. Cuando los grandes valores éticos fallan, las virtudes quedan tergiversadas, lo bueno parece tonto y lo malo campa a sus anchas.

Sin un sólido fundamento de ética civil, la sociedad se derrumba, el egoísmo y la corrupción se apoderan de ella y solo interesa acaparar a costa de cualquier precio. En una sociedad así no se puede vivir, porque lo más elemental falla. Y lo más elemental son los valores de la honradez y de la solidaridad: sin ellas una sociedad, por muy próspera que parezca, pronto o tarde termina derrumbándose.

Sin valores morales no podemos subsistir. José Luis López Aranguren solía afirmar: «Los valores morales se pierden sepultados por los económicos». Este pensamiento del filósofo y ensayista Aranguren refleja en gran manera la situación actual: los valores económicos prevalecen sobre todo, y no pocas veces ahogan a los valores éticos. Y cuando esto sucede, como es el caso, la corrupción es moneda normal de cambio.

Vivimos una explosión de lo económico: «tener» se hace cada vez más importante y «ser» se debilita. El dios dinero lo invade todo y todo el mundo se rinde ante los valores materiales.

Lo económico, el tener, lo material tiene su importancia: son los motores del desarrollo económico que sirve para satisfacer las principales necesidades

humanas. Pero cuando decimos de una cosa que es importante no debe significar que sea única, exclusiva, dominante. Necesitamos de lo económico, pero vamos mal cuando lo económico lo invade todo como si fuera un río de lava que por donde pasa ya no puede crecer nada más.

Sin valores morales, nuestra sociedad no puede subsistir, se asfixia en un mar de corrupción y violencia y la vida humana pierde el sentido.

De lo que se trata es de saber conjugar los valores económicos con los valores morales, para poner el desarrollo material al servicio del progreso humano y social.

### **Ética cristiana y ética civil**

Esta ética elemental de que hablo en este libro es una ética civil. La ética religiosa –en nuestro caso, la ética cristiana– es mucho más exigente que la ética civil, porque supone todos estos valores y todavía exige más. Esta ética elemental debe constituir la base de la ética cristiana y, al no ser confesional, puede ser una importante plataforma de diálogo entre creyentes y no creyentes. Además, si falla esta base fundamental de ética civil, a nuestro comportamiento religioso le falta credibilidad. Si un cristiano no es una persona veraz, justa, responsable, solidaria..., no es creíble. No podemos tener un santo, sin antes tener una persona bien equipada en valores éticos básicos. El santo debe ser a la vez persona y persona dotada de hondos principios y valores morales.

El cristianismo considera posible una ética civil y desea encontrar la base ética de una sociedad pluralista. Los cristianos son capaces y tienen voluntad de cooperar con los no creyentes en el desarrollo y perfeccionamiento de la sociedad. Y han entrado lealmente en el diálogo ético que se ha iniciado, sin reclamar primacía alguna, sin tratar de imponer a los demás sus propias conclusiones, sabiendo que tienen una oferta muy válida, también en el orden puramente humano, para encontrar lo que tan afanosamente se está buscando: un auténtico «rearme moral» de la sociedad. La inmensa mayoría de los cristianos comprometidos, además, está convencida de que la ética civil es una oportunidad magnífica para que la moral cristiana se acredite, incluso ante los no creyentes.

Hoy la ética civil o ciudadana constituye, sin duda, el horizonte común para todas las personas conscientes y responsables, y puede facilitar el diálogo entre todos.

«Cuando la Iglesia –decía el cardenal Tarancón– defiende los valores éticos

desde la fe, reconociendo el pluralismo de la sociedad democrática, está haciendo una labor muy positiva. Acepta, por una parte, los valores de la convivencia, del respeto mutuo, del pluralismo, de la tolerancia y de la solidaridad, cerrando el paso a cualquier intento de monopolio ético en la existencia humana.

El cristianismo debe presentar lealmente su propia oferta pero respetando la de los demás. Debe abrir horizontes de trascendencia que fortalecen los deberes morales, siempre ofreciendo, sin imponer, invitando sin coaccionar, presentando la “utopía” de la moral evangélica, sabiendo que esta no puede conseguirse plenamente en la tierra, pero invitando a todos a mirar a las estrellas. El cristianismo, efectivamente, tiene algo y aun mucho que decir y que hacer en este momento difícil de la humanidad.»

La actitud religiosa y la actitud ética se complementan mutuamente. Según Aranguren, la actitud ética, rectamente entendida, se abre necesariamente a la religión, de la misma manera que la actitud religiosa desemboca en acción moral. Pienso que esta es una línea equilibrada de pensamiento. Ética y religión se complementan mutuamente. No debe existir rivalidad entre actitud ética y actitud religiosa. Una actitud religiosa que no desemboque en acción moral, en buenas obras, es una actitud vacía y hasta hipócrita. Toda religión auténtica exige una ética, una moral, un modo coherente de comportarse. Y toda moral o ética necesita una apertura a lo religioso, en donde encuentra su genuino fundamento. Una ética no abierta a lo religioso cae en una actitud calvinista, en una mera moral de obras, vacía de trascendencia.

Es verdad que el cristianismo no es una simple ética, pero también es cierto que no es una mera religión intimista, desconectada del actuar cotidiano. El cristianismo es a la vez religión y ética. Nos une a Dios Padre a través de Jesucristo y en el Espíritu y, a la vez, nos vincula a los hombres con un compromiso de solidaridad y fraternidad.

No se trata de subordinar la religión a la ética ni viceversa, sino de buscar la complementariedad de la religión y de la ética. La religión sin ética es hipócrita y la ética sin religión se cierra al más allá.

## **Sin valores éticos, Europa será un simple mercado**

Precisamente porque existe un gran vacío ético en nuestra sociedad, crece la estima por una auténtica ética civil. Va en aumento el deseo de promocionar los

valores éticos en los países democráticos. Son muchos hoy los que piensan que, sin valores éticos, Europa será un continente de mercaderes y un simple entramado de contratación de negocios, y donde había antes un telón de acero, se levantará un muro de insolidaridad. Y España se convertirá en una mera sucursal económica de Bruselas y en un atractivo balneario para los europeos del norte que van en busca de sol y playas cuando llegan los meses de verano. Sin una ética civil consolidada, fácilmente aparece la corrupción económica, que rompe el tejido político y social del pueblo, rebaja la dignidad humana y deja sin puntos claros de referencia la conciencia y la conducta de las personas. Sin ética civil, «tener» tiene más importancia que «ser», la cantidad predomina sobre la calidad, y el enriquecimiento fácil y sin escrúpulos se convierte en norma generalizada de conducta. Sin ética civil se degrada muy rápidamente la conciencia ciudadana, queda bloqueada la comunicación interpersonal, y un pueblo carente de ella se encamina a pasos agigantados hacia la barbarie.

Hoy se habla mucho de crisis de valores. Sus manifestaciones son claras. ¿Cómo salir de esta crisis? Esforzándonos por construir, entre todos, una ética civil básica que haga aflorar estos valores y los mantenga vivos.

Nuestro rey Juan Carlos I afirmó: «La Europa de los valores forma parte del ideal europeo». Ojalá sea así. Casi siempre, cuando hablamos de Europa, lo hacemos en términos económicos: cuotas de producción, reducción de la inflación, déficit público, bajada o subida de los intereses bancarios, inversiones, subvenciones, etc. Deberíamos hablar más del ideal europeo, de los valores que Europa desea construir y vivir. Una Europa sin valores éticos será un simple comercio entre pueblos que se han unido para crear más riqueza. Las magnitudes económicas son importantes para el desarrollo material de los pueblos y deben tenerse en cuenta. Pero Europa no puede vivir solo de pan. Una Europa sin valores morales se autodestruirá y no podrá ofrecer nada válido al resto del mundo. Los tres valores que un día propugnó la Revolución Francesa (libertad, igualdad y fraternidad) y que, en su esencia, eran valores cristianos, deben brillar de nuevo en la Unión Europea: deben ser el alma de Europa. Sin ellos tal vez se pueda organizar un buen mercado, pero no el ideal europeo que necesitamos.

El cardenal Jubany afirmó en un lúcido artículo publicado en *La Vanguardia* (23.10.1991): «Europa necesita un alma, no puede ni debe dejarse esclavizar por un materialismo aberrante».

Sería una pena ver convertido el continente europeo en un simple club económico. Se debe avanzar decididamente hacia una unidad política y cultural. Ya Erasmo de Rotterdam, en el siglo XVI, habló de una Europa unida, cristiana

y culta, como una patria común.

Los grandes valores de veracidad, libertad y solidaridad deberían cohesionar a la Europa de hoy que ya no está dividida en dos bloques, Este y Oeste. Una Europa democrática sin valores podría convertirse en un simple y frío mercado, dominado por una especie de totalitarismo egoísta, que olvidaría olímpicamente a los pueblos empobrecidos del Tercer Mundo.

El ideal cristiano puede y debe ofrecer de nuevo a la vieja Europa un alma que la mantenga unida y abierta solidariamente al resto del mundo. Los valores cristianos un día forjaron Europa, y hoy Europa puede redescubrir su más profunda identidad y misión en la vivencia sincera de estos mismos valores.

No olvidemos que el auténtico cristianismo, coherentemente vivido, es una noble oferta gratuita de humanización de la que tan necesitada está Europa.

## **Un libro pensado para creyentes y no creyentes**

Este libro no pretende ser una obra científica, sino de divulgación. No hay notas a pie de página ni aparato bibliográfico, pero sí muchas citas de personajes famosos en los que apoyo mi pensamiento. Durante muchos años he meditado sobre estos valores, y en muchas ocasiones los he comentado en mis reflexiones radiofónicas de la COPE durante catorce años. Ahora, en esta obra, he unido mi reflexión más reciente sobre estos valores éticos con algunas de estas intervenciones en la COPE.

Este libro lo he pensado para creyentes y no creyentes, para todo tipo de mujeres y hombres que quieran ser personas cabales en nuestro mundo de hoy y deseen, a su vez, engancharse a la utopía de construir una sociedad mejor, mediante la vivencia de estos diez valores éticos.

Puede ser que algunas personas den estos valores por supuestos, pero realmente no pueden darse por supuestos, porque por poco que uno observe con realismo el estado moral de nuestra sociedad, verá que su ausencia es muy notable. Falta veracidad; se detectan flagrantes injusticias; hay fallos graves de responsabilidad; la gente es hoy más interdependiente, pero menos solidaria; se notan graves faltas de tolerancia y de respeto hacia los otros; muchos engañan o se sienten engañados en el trabajo; la palabra dada pocas veces se mantiene y se cumple; muchos ciudadanos son apáticos o poco críticos; y la tonalidad general de nuestra sociedad es gris y simplona, porque la gente no es creativa ni ha

apostado por la utopía.

Esta obra quiere ser positiva. No se trata de lamentarnos, sino de edificar un mundo con valores éticos que nos permita encontrar un sentido a la vida.

Invito al lector a vivir ilusionadamente este decálogo de ética elemental. Si fueran muchos los que de verdad se apuntaran a esta empresa, nuestra sociedad cambiaría radicalmente y poco a poco adquiriría un rostro más humano.

Creo que sobre este decálogo sería posible encontrar un amplio consenso. El problema radica en el diverso significado que se da a las palabras. Empleamos, a veces, los mismos vocablos, pero no les atribuimos el mismo significado. Y esta dificultad sociolingüística –que es más bien una dificultad psicológica profunda– representa un grave obstáculo a la hora de construir una ética civil sólida.

### **«No hacer daño a nadie», el principio más elemental de la ética civil**

Un principio moral elemental que sintetiza esta *ética de mínimos* que aquí presento, podría ser este: «No hacer daño a nadie». Este pensamiento del escritor francés Marcel Prevost es fundamental y lúcido: «Por encima de cualquier otra moral, hay una moral esencial que consiste en no hacer daño a nadie».

En una sociedad donde la corrupción es una lacra generalizada, donde los ataques a la dignidad humana son constantes, donde la violencia terrorista siembra por doquier dolor y muerte, no es ocioso recordar el gran principio de moral humana y cristiana de «no hacer daño a nadie». En él deberíamos estar de acuerdo creyentes y no creyentes, gentes de derecha, de centro y de izquierda.

Solo con que este principio básico de ética civil se cumpliera, cuántos problemas se solucionarían inmediatamente en el mundo. A veces vamos en busca de florituras y olvidamos lo más elemental: «No hacer daño a nadie». La educación cívica, tan necesaria en nuestro país, no debería olvidar principios elementales como este.

Urge un consenso ético de mínimos. En un mundo cada vez más científico y técnico, en donde los valores productivos y financieros parecen coparlo todo, necesitamos con urgencia un consenso ético de mínimos. Si de verdad queremos «ser más con los otros» (solidaridad), «ser más para los otros» (fraternidad), y no quedar asfixiados en el círculo materialista del simple «tener», se hace necesaria una «ética mínima» promovida por todas aquellas personas de buena

voluntad que quieren construir una sociedad más justa y humana y, consecuentemente, más habitable.

Esta «ética mínima» de que habla insistentemente la profesora Adela Cortina es muy importante. Sin ella la modernidad se nos vuelve inhumana a pasos agigantados. Los valores de la veracidad y de la justicia deben ser valores apreciados por muchos, de lo contrario el aire moral que respiramos se vuelve insoportable. Sin veracidad y justicia falla el terreno sólido sobre el que construir unas relaciones sociales dignas de seres humanos.

Si solo se piensa en la producción, los bienes materiales y el dinero, podremos alcanzar una sociedad satisfecha, pero no feliz. Sin valores éticos el sentido de la vida se desmorona y uno ya no sabe para qué vivir.

### **La auténtica bondad conduce siempre a la felicidad**

La bondad profunda es la que conduce siempre a la felicidad. Esta máxima de santo Tomás Moro expresa la esencia de la bondad: «A nadie hago daño, de nadie hablo mal, no pienso mal de nadie, a todos les deseo el bien».

La felicidad es siempre el resultado palpable de la generosidad. Quien vive de forma egoísta no es feliz. La genuina felicidad solo puede surgir de la autodonación libre hacia el otro. El egoísmo puede engendrar placer, pero no auténtica felicidad. El egoísmo es lo más diametralmente opuesto a la felicidad.

El que sepa actuar según esta máxima de Tomás Moro experimentará en su vida lo que es la felicidad. Es una consigna de gran realismo, comienza por evitar lo negativo: no pensar ni hablar mal de nadie y, sobre todo, no hacer daño a nadie. Y, finalmente, desear de corazón el bien a todos, sin excepción.

Si esta consigna se hiciera realidad en la conducta de muchos, la sociedad revestiría un rostro más humano y la paz sería una realidad en nuestro mundo.

Estas palabras de Tomás Moro entrañan un profundo valor ético. Sepamos descubrirlo y, sobre todo, vivirlo. Si así lo hacemos, nuestra vida quedará iluminada por la bondad y la bondad humanizará nuestra sociedad, haciéndola más habitable.

Esta categórica frase de Platón me parece muy digna de tenerse en cuenta: «Aprender a amar a las personas es la única y verdadera felicidad». Aprender a amar a las personas es, sin duda, una fuente inagotable de felicidad. Aprender a amar no es nada fácil. Significa salir de uno mismo, olvidarse de sus

planteamientos egoístas y preocuparse de verdad y en primer lugar por las necesidades de los demás.

Aprender a amar implica cosas muy concretas. No es una simple teoría. Amas de verdad:

- si colocas el «tú» antes que el «yo»;
- si apuestas por el diálogo y no por el monólogo;
- si muestras interés por lo que hacen y dicen los demás;
- si prefieres servir a ser servido y, además, servir gratuita y desinteresadamente;
- si te alegras con los éxitos de los otros y te preocupas por sus penas;
- si asumes como propios los problemas de los demás, buscando con interés su solución.

Conviene ser muy concretos con la palabra «amor», de lo contrario se convierte en palabra envejecida, gastada y vacía. Ahora puedo entender por qué el apóstol Pablo en su primera carta a los Corintios, en el capítulo 13, asigna al amor cristiano diversas cualidades muy precisas (paciencia, veracidad, justicia, bondad, servicialidad, humildad, firmeza, aguante) que hacen que este sea creíble.

## **La ética civil nos hará más pacíficos y felices**

Reflexionemos sobre la ética civil y, sobre todo, practiquémosla. Su praxis nos hará más pacíficos y felices y dará un rostro más humano a la sociedad. Seamos lo más felices posible, pero nunca a costa de la felicidad de los demás. Mi felicidad, por tanto, no ha de ser nunca sinónimo de capricho egoísta que molesta y fastidia al otro.

El límite de mi felicidad (como también, y muy acertadamente, lo decimos de la libertad) debe ser la felicidad del otro. Si para ser yo feliz tengo que fastidiar la felicidad de los demás, esta felicidad mía es un robo éticamente reprochable.

Procuremos que nuestra felicidad ayude a la felicidad de los otros o, cuando menos, sea complementaria.

Felicidad única y exclusivamente para mí es sinónimo de egoísmo, y el egoísmo es lo que más frena la felicidad del prójimo. El prójimo no puede ser feliz si mi egoísmo se lo impide.

«La felicidad es lo único que se duplica cuando se reparte» (Albert Schweitzer). Todas las cosas materiales, cuando se reparten, disminuyen. Solo la alegría y la felicidad aumentan, se duplican, cuando uno las reparte. Si nos esforzamos por hacer felices a los otros, duplicaremos en nosotros la felicidad. En la medida en que hagamos felices a los demás, seremos más felices nosotros.

«El que quiera saborear la alegría, la debe compartir: la felicidad nació gemela» (Lord Byron). La alegría solitaria y egoísta no existe. La verdadera alegría es la que se comparte. La auténtica felicidad –como dice poéticamente Lord Byron– nació gemela. La alegría es para ser compartida con los otros. En el mismo compartir radica la alegría. Quien sabe compartir lo que es y lo que tiene con los otros, experimenta la alegría de vivir. La alegría nace de la generosidad y se aleja siempre del egoísmo. La felicidad a solas no existe. Nació gemela. Una felicidad que no se comparte con otros no es verdadera felicidad.

Busquemos al máximo la felicidad, pero sin disminuir nunca la de los demás.

La felicidad radica en la coherencia. Mahatma Gandhi decía: «La felicidad consiste en poner de acuerdo tus pensamientos, tus palabras y tus hechos». Cuando tu pensar, tu hablar y tu actuar están en armonía, experimentas lo que significa ser feliz. La felicidad, en definitiva, es coherencia. La coherencia conduce a la serenidad, y la serenidad interior produce paz y felicidad. Por el contrario, la disociación o enfrentamiento entre pensamiento, palabra y actuación causa malestar y nerviosismo esquizofrénico.

La vida de Gandhi fue una trayectoria coherente. Su paz y felicidad interiores lograron, con la no-violencia, metas difíciles de conseguir. Sus pensamientos, palabras y obras se encaminaron con tenacidad hacia un gran objetivo: alcanzar por medios pacíficos la independencia de la India del Imperio británico, y lo consiguió. Nada hay tan convincente y eficaz como una vida coherente, y la vida de Gandhi lo fue. Su conducta pacífica, que arrancaba de un pensar y de un decir pacíficos, consiguió lo que parecía imposible si no era por métodos violentos o de guerra.

La coherencia es una fuerza irresistible, capaz de conseguir los más difíciles objetivos. Además, la coherencia es una fuente de inagotable felicidad. Quien es capaz de poner de acuerdo su pensar, su hablar y su actuar, experimentará una gran felicidad y en su corazón habitará la paz.

**La auténtica felicidad proviene  
del «ser» y no del «tener»**

¿Dónde radica la genuina felicidad? Es muy destacable la agudeza de este pensamiento de la escritora y poetisa austríaca Marie von Ebner-Eschenbach: «Estar satisfecho con poco es difícil, estar satisfecho con mucho es imposible». En otras palabras: el mucho tener no proporciona la felicidad. La auténtica satisfacción moral no procede básicamente del «tener» sino del «ser», del ser más con los otros (solidaridad) y del ser más para los otros (fraternidad).

El tener lo necesario para una vida digna es muy importante. Cuando escasea este «tener» no estamos satisfechos, pero cuando es superabundante, tampoco. Luego lo que en definitiva da la felicidad, es «ser».

El eterno dilema «tener» - «ser» debe conjugarse equilibradamente, y de este saludable equilibrio surge la genuina felicidad. Tener lo necesario para una vida digna y, a la vez, saber crecer por dentro para ser cada día más persona: esta es la sabia combinación que proporciona la verdadera satisfacción interior.

La felicidad es esencialmente equilibrio entre estos dos factores: «tener» y «ser», dando siempre la preferencia a «ser». «Ser» sin un mínimo de «tener» es pura fantasía, pero solo «tener», sin «ser», es craso materialismo que nunca nos proporcionará la auténtica felicidad.

### **Atrapados entre la «cultura del tener» y la «cultura del ser»**

La actual sociedad de consumo es un desafío paradójico porque en vez de «desafiarnos», nos «adormece», nos instala cómodamente en una escala de valores que nos va integrando sutilmente en un complejo sistema socioeconómico que no nos deja desarrollarnos como sujetos realmente libres. En la sociedad consumista lo que la libertad produce, a menudo, se convierte en negación de esta misma libertad.

La sociedad de consumo nos introduce de lleno en la «cultura del tener», haciéndonos olvidar la «cultura del ser». Las estructuras socioeconómicas de nuestra época nos impulsan a tener, a poseer, llegando a creer que nuestra personalidad está más a salvo en la medida en que tenemos más cosas. Y la obsesión por tener nos lleva a mirar con ojos posesivos no solo los bienes de consumo y las propiedades materiales, sino también a las personas que se relacionan con nosotros. El hombre y la mujer de la actual sociedad de consumo están dominados por el utilitarismo. Todo lo miden con criterio de utilidad. El

valor de la gratuidad se está perdiendo. Urge recuperarlo. De lo contrario, la asfixia moral irá en aumento en nuestra sociedad.

Si nos dejamos guiar por las leyes de la máxima ganancia, de la máxima competitividad y del máximo bienestar –tres leyes básicas de la actual sociedad de consumo– no queda espacio para la «cultura del ser», de ser solidario, y la sociedad se deshumaniza progresivamente.

La sociedad de consumo nos introduce de lleno en la «cultura del tener», de poseer, y este tipo de cultura a la larga esclaviza.

En la «cultura del tener» la tendencia es a las relaciones posesivas. Mi coche, mi casa, mis negocios, mi cuerpo, mis diversiones, mi deporte, mi médico, mis amigos, mis *hobbies*... forman esa amplia gama de «mis propiedades». Y no es una mera cuestión de lenguaje. Esta manera de hablar, subrayando con fuerza el adjetivo posesivo, expresa algo muy profundo. Si yo tengo algo, yo soy en cierta manera lo que tengo y «mis propiedades» se convierten poco a poco en mi ser y en mi identidad. Luego, lo que ocurre en realidad es que no solo tengo yo cosas sino, lo que es más grave, las cosas me «tienen» a mí y por eso me esclavizan. Las cosas, a veces, no nos ayudan a ser más, sino a perdernos en ellas. Por supuesto, cuando nos identificamos con lo que tenemos, como podemos perderlo, vivimos en una angustia constante. Nos volvemos desconfiados, suspicaces, egoístas y solitarios. ¡Siempre impulsados a tener más para estar más protegidos, y siempre angustiados por el temor de perderlo!

Todos sabemos que esta penetrante «cultura del tener» nos envuelve por los cuatro costados. Salir de este contexto consumista que nos rodea es difícilísimo. La única manera de lograrlo es ensayando diariamente nuevas pautas de pensar y de actuar de signo crítico y alternativo que progresivamente nos introduzcan en la «cultura del ser», que resulta más sugestiva y humanizadora que la «cultura del tener».

La «cultura del tener» puede producir placer pero no felicidad, puede ofrecernos el confort pero no la madurez humana, puede proporcionarnos la seguridad económica pero no la serenidad y la paz interiores.

### **Solo las propias convicciones engendran auténtica felicidad**

La fuente de la felicidad son las propias convicciones. El periodista americano Hugh Downs afirma: «No son las circunstancias de la vida las que hacen feliz a

la persona, sino sus convicciones». La auténtica felicidad no es circunstancial, sino que arranca de las convicciones que uno tiene.

Las circunstancias son pasajeras. Sobre ellas no podemos edificar nuestra felicidad. El fundamento de la felicidad son las convicciones que profesamos. En ellas, es decir, en las ideas fuertemente arraigadas en nuestro corazón, encontramos la fuente de la felicidad.

Las convicciones son el motor de nuestra existencia. Sin ellas nuestra vida carece de columna vertebral. Sin ellas la felicidad no es duradera. Las circunstancias y situaciones colorean la vida, pero su sentido profundo únicamente lo podemos encontrar en las convicciones.

En las convicciones palpita la verdadera felicidad. En ellas encontramos la fuente de nuestra alegría. Sin convicciones, la vida carece de sentido y no logramos descubrir el porqué de nuestro existir.

### **Para ser de verdad felices, sepamos enumerar también nuestras alegrías**

Desearía finalizar esta introducción invitándote a enumerar tus alegrías. Ante la preocupante situación ética de nuestra actual sociedad, corremos el peligro de caer en el desánimo, tomando en consideración solo nuestros pesares. El escritor ruso Fiodor Dostoievski decía: «El hombre se complace en enumerar sus pesares, pero no enumera sus alegrías». La tendencia innata del ser humano es al pesimismo. Empleamos más tiempo en contar pesares que en enumerar alegrías.

¿Por qué en un momento dado no nos paramos y hacemos una enumeración de nuestras alegrías?:

- Constituye una alegría poder despertar por la mañana y contemplar el sol, la tierra, el mar.
- Constituye una alegría poseer lo necesario para poder vivir dignamente.
- Constituye una alegría poder tener amigos y gozar de su cariño y amistad.
- Constituye una alegría tener trabajo y podernos realizar en él.
- Constituye una alegría tener salud y poder gozar con moderación de los placeres de la vida.
- Constituye una alegría poder leer, estudiar y profundizar en un tema que nos enriquezca humana y espiritualmente.
- Constituye una alegría poder dialogar con otras personas y colaborar con ellas

para emprender alguna que otra actividad común que promueva y fortalezca estos diez valores éticos.

\* \* \*

Quisiera dejar constancia de mi agradecimiento a la Cadena COPE que durante 14 años (1985-1999) me dio la oportunidad de reflexionar, entre otros temas, sobre estos diez valores éticos, hoy comentados más amplia y profundamente en este libro.

También quiero dar las gracias a mi amigo Joan Darder que me ha ayudado, como en otras ocasiones, en la corrección del texto de este libro.

Finalmente, mi gratitud más sincera a Teodor Suau, director de Centro de Estudios Teológicos de Mallorca, que ha escrito el prólogo de esta obra.

JOAN BESTARD COMAS  
joanbestard@catedraldemallorca.org

Palma de Mallorca, marzo de 2004

# 1

## SER VERAZ

«La verdad es buscar siempre la verdad» (Romain Rolland). Ciertamente, la verdad no es una realidad estática sino dinámica. Nadie la alcanza por completo ni la posee en exclusiva. La verdad consiste –a juicio del escritor francés Rolland– en buscarla. La búsqueda de la verdad es la verdad.

Si queremos llegar a la verdad, seamos en la vida buscadores incansables de la misma. Es una noble y valiosa tarea que puede llenar de sentido toda nuestra existencia.

La verdad, por tanto, es camino más que meta, es búsqueda más que posesión, es anhelo más que logro. Cultivemos en nosotros un deseo de mayor veracidad. No pretendamos poseer la verdad absoluta: esto es integrismo. La verdad también está en los otros y son muchas las personas de buena voluntad que la buscan.

Seamos, juntamente con nuestros hermanos, buscadores incesantes y tenaces de la verdad, y un día, al final de este camino, nos encontraremos con la Verdad en mayúscula: Dios, fuente y fundamento de toda verdad y de todo bien. Solo los que buscan la verdad se aproximan a ella; los que piensan, por el contrario, poseerla, se alejan cada vez más.

Las personas que viven en la verdad y de la verdad poseen la fuerza del prestigio moral. El escritor belga Maurice Maeterlinck lo expresa así: «Hay gentes en presencia de las cuales no es posible decir una cosa que uno no piensa o una cosa inútil. Gente que apaga alrededor de ellos todo lo que no es verdadero. Y el que ha tenido la suerte de llegar a este estado no puede ser engañado nunca, no por su penetración, sino porque los demás le dicen siempre la verdad».

Creo que esta es una espléndida descripción de lo que significa prestigio moral. El prestigio moral crea alrededor de sí mismo una aureola de verdad, de sinceridad y de seriedad que solamente admite este mismo comportamiento. La mentira, la hipocresía, las tonterías quedan desarmadas en presencia de una persona de gran prestigio moral.

El prestigio moral es sinónimo de plena coherencia entre doctrina y conducta, entre teoría y praxis, entre pautas de pensamiento y pautas de comportamiento.

La persona con prestigio moral dice siempre la verdad y exige, sin coacción alguna, que esta misma verdad sea tenida muy en cuenta y respetada en su

presencia; sin pretenderlo, tiene un magnetismo especial y ejerce una seducción fuerte a la vez que afable.

He colocado la verdad como primera piedra de este decálogo de ética elemental porque sin verdad no hay ética, sin verdad los otros puntos del decálogo no se sostienen. Uno de los principales valores de la ética civil es la verdad. Sin verdad, sin veracidad, a la sociedad le falta lo indispensable para poder organizarse y funcionar. La mentira y el engaño continuados hacen imposible la convivencia humana y convierten la sociedad en una jungla donde solo los más fuertes imponen su ley, saliéndose siempre con la suya.

### **Las estadísticas no crean la verdad**

No podemos confundir «la verdad» con «la mayoría». Las estadísticas mayoritarias no crean la verdad. A veces en nuestra actual sociedad se confunde la verdad con lo que piensa la mayoría. Lo que piensa la mayoría ha de tenerse muy en cuenta. El realismo sociológico nos lo exige. Pero no puede convertirse en criterio de moralidad.

Un planteamiento sociológico, si no va acompañado de un planteamiento ético, es incompleto, y precisamente por ello no puede convertirse automáticamente en norma moral de conducta; pero también es verdad que un planteamiento ético, desconectado de un planteamiento sociológico, resulta francamente manco.

La moralidad radica en la verdad, no en «la mayoría». Pero quien sostiene la norma moral ha de examinarse muy profundamente cuando la mayoría no reconoce esa verdad. ¿De dónde proviene esta enorme distancia entre la verdad moral y el pensamiento de la mayoría? ¿Por qué se da este distanciamiento? ¿Qué es lo que lo provoca? Son tres serios interrogantes que deberían invitarnos a la reflexión.

«Una tontería sigue siendo una tontería aunque sea dicha por cincuenta millones de personas» (Anatole France). El número de personas que diga o haga algo no es criterio de moralidad. Los criterios de moralidad no dependen del número de personas que digan o hagan algo. Los auténticos criterios de moralidad se fundamentan sobre la verdad y la justicia, y no sobre los gustos personales de los individuos.

A veces vinculamos los juicios morales a nuestros gustos personales o simplemente a nuestro egoísmo: es bueno lo que nos conviene; es malo lo que nos molesta. Con este criterio de moralidad, no hay ética que pueda mantenerse en

pie.

Los criterios de moralidad deben ser objetivos, veraces y justos. No pueden estar al arbitrio del egoísmo de cada persona. La ley natural y la ley positiva – cuando es justa– son los fundamentos básicos de la moralidad, una moralidad objetiva que debe ser seguida por las personas que quieran ser coherentes.

## **La verdad es lo único que convence**

Me ha impactado esta breve y contundente frase de la actriz y escritora española Ana Diosdado: «La única manera de persuadir es decir la verdad». La verdad es lo que realmente convence. La no-verdad nos deja fríos e indiferentes, y la ficción y la mentira nos irritan.

La verdad es una fuerza irresistible que surge espontánea de la sinceridad del corazón. Es importante que una actriz y escritora como Ana Diosdado descubra la fuerza de la verdad.

Cuando uno escribe y habla desde la verdad, siente y manifiesta una fuerza extraordinaria que surge espontánea del corazón. La expresión de un corazón sincero y veraz tiene un ímpetu irresistible y comunica mucho más que un corazón enredado en la ficción o en la mentira.

Quien quiera convencer con su palabra y sus gestos que lo haga desde la vivencia y la expresión de la verdad. La conformidad de lo que se dice con lo que se siente o se piensa reviste una gran fuerza comunicativa que persuade y seduce. Es la fuerza de la sinceridad del corazón, capaz de entrar como una espada de dos filos en el corazón del otro y seducirlo.

## **La verdad, un valor genuinamente revolucionario**

«Solo la verdad es revolucionaria.» Me parece genial esta frase del actor francés Yves Montand.

Alguien puede pensar que la revolución es producto de la violencia. Generalmente, la violencia no es verdaderamente revolucionaria, porque en lugar de cambiar las cosas, las empeora. ¡Cuántas veces a lo largo de la historia violencias que se decían revolucionarias han resultado ser tremendamente reaccionarias!

La verdadera revolución que cambia en positivo radicalmente las cosas es la verdad. Creo que la intuición de Montand es realmente extraordinaria.

En la fuerza de la verdad y del bien radica la genuina revolución, que es la revolución moral capaz de conseguir un cambio radical del corazón de las personas para que estas a su vez sean capaces de cambiar las estructuras sociales y políticas que son injustas.

Efectivamente, solo la verdad y el bien son fuerzas genuinamente revolucionarias.

### **Instalados en la mentira, ninguna ética es posible**

Sin verdad, sin veracidad, nada se aguanta. La verdad es la coherencia total con la realidad. Es el primero de los valores éticos fundamentales. Si nos instalamos en la mentira, ninguna ética es posible. La mentira es la puerta que conduce a otros muchos vicios. Mentir es falsear la realidad, engañando y/o perjudicando a los otros y a nosotros mismos.

La veracidad es un valor ético elemental y la mentira, un contravalor ético básico. El poeta alemán del siglo XIX Emmanuel Geibel escribió: «La mentira, aunque sea astuta, termina por romperse una pierna. Si no puedes ser verídico por bondad, aprende a serlo por cordura».

El consejo no puede ser más sabio: si no puedes ser veraz por virtud, procura serlo por sentido común, ya que la mentira, por muy lista que parezca, termina por ser cazada.

Sin veracidad todo se viene abajo, nadie puede fiarse de nadie, y entramos en un círculo diabólico de mentira y de desconfianza que lleva a la destrucción de la sociedad.

Una sociedad en la que todos mintiéramos por sistema, terminaría siendo un infierno. El infierno, precisamente, es el reino de la mentira y de la falsedad. Al demonio se le llama con acierto el «padre de la mentira».

Cuando la falsedad y la mentira se instalan en una sociedad, viene la corrupción, y el egoísmo más profundo y refinado hace estragos en ella.

Sin la veracidad, todas las demás virtudes humanas se tambalean. No hay terreno firme para ninguna. Es elemental, por tanto, ser veraz o verídico. Si no logras serlo por bondad, como dice Geibel, al menos aprende a serlo por cordura, o mejor yo diría, por sentido común.

## **La mentira suele cavarse su propia tumba**

Se atribuye al estadista norteamericano Abraham Lincoln esta frase: «Se puede engañar a algunas personas todo el tiempo, se puede engañar a todos durante algún tiempo, pero no se puede engañar a todos en todo momento».

El engaño y la mentira, tarde o temprano, quedan al descubierto. El mentiroso necesita tener una buena memoria para no ser pillado. Suele decirse que «la mentira no tiene pies» y, consecuentemente, con facilidad se le da alcance.

El engaño y la mentira, tarde o temprano, terminan por cavarse su propia tumba. Nada que se fundamente sobre ellos tiene sólida base.

Aparta de ti la mentira. Es mala compañera de camino. En el momento menos pensado te deja al descubierto y te puede llevar al más espantoso de los ridículos. El ensayista francés Michel de Montaigne con irónico sarcasmo afirma: «A menos que un hombre sienta que tiene suficiente buena memoria, no debería nunca aventurarse a mentir».

Tú, aunque tengas una memoria privilegiada, tampoco lo hagas. La mentira siempre degrada a quien la dice y corrompe el clima de la convivencia ciudadana. La manifestación contraria a lo que se sabe, cree o piensa, éticamente no se sostiene. Cuando no puedas o no convenga decir la verdad, cállate, porque la mentira nunca puede tener una justificación ética. No estás obligado a manifestar siempre la verdad. Por el contrario, a no decir nunca mentiras, sí.

## **Las medias verdades**

Las medias verdades son más peligrosas que las mentiras, porque confunden más y deforman la realidad.

A veces no se miente, pero tampoco se dice la verdad. Se cuentan simplemente aquellos aspectos de verdad que en cada momento y a cada grupo interesan. Y así se ponen en circulación las medias verdades que, en definitiva, son grandes mentiras.

La media verdad es una mentira camuflada. Es una parte de la realidad de los hechos pero no toda la realidad y, no obstante, se presenta cínicamente como una globalidad veraz.

El cinismo de la media verdad envenena muchos temas. Uno se queda sin

argumentos al no poder desenmascarar una mentira ni atacar una media verdad, porque aunque «media», es «verdad». Pero esta media verdad es falaz porque oculta la otra media que no interesa mostrar o que uno pretende negar. El refinado método de la media verdad crea un clima insoportable de mentira, y la ética más elemental se resquebraja.

### **Solo la verdad y el amor pueden cambiar el mundo**

Mahatma Gandhi decía: «Mi más profundo convencimiento es que podemos cambiar el mundo con la verdad y con el amor». La verdad y el amor, y por este orden, son los dos grandes impulsos para cambiar y renovar el mundo. La verdad es la profunda coherencia de las cosas y el amor es la generosa solidaridad para con los otros, porque todos nos sentimos responsables de todos.

La mentira y el desamor ensombrecen el mundo y lo degradan. Nada válido puede construirse sobre estos dos contravalores.

La verdad y el amor son los dos más firmes pilares donde puede asentarse la sociedad. Sin verdad y amor no hay ética posible y, al fallar la ética, la sociedad se embrutece y dificulta luego el correcto actuar de las personas que la componen.

El firme convencimiento de Gandhi debe estimularnos a ser difusores de verdad y amor con nuestra conducta diaria. Solo quien siembra verdad y amor podrá ayudar a cambiar y a regenerar el mundo.

En un mundo salpicado por la mentira y el odio, donde la inseguridad global envenena el aire moral que respiramos, la idea-fuerza de Gandhi constituye una genuina fuente de esperanza.

### **La verdad no siempre es agradable**

La novelista sudafricana Nadine Gordimer, Premio Nobel de Literatura 1991, afirma: «La verdad no siempre es bonita, pero el hambre de ella sí».

Hay verdades no siempre bonitas, más aún: feas, repelentes, injustas, como el hambre en el mundo, los crímenes contra la humanidad, las catástrofes ecológicas. Pero querer conocerlas y, sobre todo, encontrar remedio solidario para ellas, sí es bonito y tarea noble y laudable.

Creo que lo que más falla en nuestra sociedad occidental, apoltronada en el bienestar, es la búsqueda de la verdad. La verdad nos da miedo, con frecuencia la arrinconamos y así no inquieta nuestra conciencia. La verdad que no se ve, o no se quiere ver, no se siente y, consecuentemente, no nos interpela.

La cruda verdad de la miseria en la que viven los pueblos del Tercer Mundo, por ejemplo, nos pilla lejos, y llegamos a pensar que no existe, que es una fábula inventada por cabezas extremistas y calenturientas.

La terrible verdad del subdesarrollo en el mundo es real, y solo el hambre de conocer la verdad puede ser el inicio de la solución real del problema.

### **Saber decir la verdad y saberla callar**

Ser veraces, ser fieles a la verdad, no es una actitud fácil. Implica empeño y valentía. No pocas veces nos refugiamos en la mentira por comodidad o para salirnos con la nuestra, caiga quien caiga. La mentira, fundamentalmente, es una poltrona de egoísmo. Ya os habréis fijado en que los egoístas suelen ser mentirosos y los mentirosos, egoístas.

Ahora bien, ser veraces no significa decir descaradamente todas las verdades a todo el mundo. No pocas veces debemos callarnos verdades como puños para no herir susceptibilidades y molestar al prójimo. Hay que saber decir sencillamente «la verdad», sin cantar «las verdades» a todo el mundo. Ser veraz no significa provocar, sino vivir sinceramente en la realidad. Decía Baltasar Gracián: «Sin mentir, no decir todas la verdades. No hay cosa que requiera más tiento que la verdad, que es un sangrarse del corazón. Tanto es menester para saberla decir como para saberla callar».

Creo muy acertada esta definición de sinceridad que nos brinda André Maurois: «Ser sincero no es decir todo lo que se piensa, sino no decir nunca lo contrario de lo que se piensa».

Decir y pregonar todo lo que uno piensa, más que sinceridad es imprudencia. Y la imprudencia siempre acarrea disgustos y sinsabores y, además, puede herir y molestar en gran manera al prójimo. Algunas personas confunden la sinceridad con la desfachatez, y esto es muy grave.

La sinceridad consiste en no decir nunca lo contrario de lo que uno piensa. Decir lo contrario de lo que uno piensa es adulterar el corazón, es un ataque directo contra la verdad que siempre resulta éticamente rechazable. La mentira no puede encontrar nunca justificación moral.

Si en alguna ocasión has de decir lo contrario de lo que piensas, cállate. Mejor es callar que mentir.

Sé sincero contigo mismo y con los demás, pero que tu sinceridad no sea nunca patente de corso para zaherir, para molestar, para insultar.

Se necesita mucho tino tanto para decir como para callar la verdad. La verdadera sabiduría del corazón es la que sabe decir la verdad cuando es necesario decirla y callarla cuando conviene.

La moderación y la prudencia deben ser siempre acompañantes de la verdad. Ellas sabiamente nos indicarán cuándo debemos decirla o callarla. Las dos cosas son necesarias. Si callamos la verdad cuando debemos decirla, somos cobardes. Y si decimos la verdad cuando debemos callarla, somos imprudentes. Dos actitudes incorrectas, desde el punto de vista ético, que debemos evitar o corregir.

Saber guardar un sabio equilibrio respecto a la verdad, tanto para saberla decir como para saberla callar, es un arte, y un arte difícil que solo la sabiduría del corazón nos puede enseñar. La verdad que puede herir u ofender, mejor callarla, y ello, sin necesidad de mentir. La verdad, en cambio, que pueda hacer el bien, aunque a veces duela, hay que decirla.

Habla poco y, cuando hables, que lo que digas esté en consonancia con lo que piensas. La sinceridad es coherencia, no simple expresión incontrolada de todo lo que uno piensa y siente. Sé sincero, no simple parlanchín sin control. Porque decirlo todo puede hacer mucho daño.

La genuina sinceridad es una gran virtud. En cambio la sinceridad sin control puede convertirse en la peor de las imprudencias y hacer mucho daño a terceros.

Hay un proverbio castellano que dice: «Cuando lances la flecha de la verdad, moja la punta en miel». La explicación de este proverbio podría ser esta: si dices la verdad al otro, hazlo a través de una adecuada corrección fraterna. Que nunca la verdad sea un pretexto para atacar u ofender al prójimo. Si dices a alguien la verdad, hazlo con sencillez, sin molestarle, sin herirle. La verdad desgarrada es muy contraproducente y, en vez de curar, puede malherir. Por el contrario, la verdad que llega al otro a través de la corrección fraterna, resulta siempre beneficiosa, porque aunque duela, cura. La forma de decir la verdad al prójimo es muy importante. Si lo haces de forma fraterna, delicadamente, tu acción será curativa y lograrás que tu interlocutor asimile la corrección en paz y serenidad. Si, en cambio, lo haces de forma brusca y amarga, la flecha de la verdad no dará en la diana y hasta podría volverse contra ti.

Respecto a esta cuestión de *saber decir la verdad*, el escritor alemán de origen italiano Romano Guardini, en su famosa obra *Virtudes*, afirma: «Una verdad

dicha en mal momento o de mala manera puede también confundir a una persona de tal modo que le costará trabajo enderezarse otra vez. Esta veracidad no sería viva, sino unilateral, perjudicial, incluso destructora. Ciertamente que hay momentos en que no se debe mirar a derecha ni a izquierda, sino echar adelante con la pura verdad. Pero, por lo regular, importa permanecer en el contexto de la vida, y en este, aparte de la exigencia de verdad, también cuenta la atención a las demás personas. Así, el expresar la verdad, para que adquiera su pleno valor humano, también está determinado por el tacto y la bondad. La verdad no se dice en el espacio vacío, sino hacia el otro; por eso el que habla debe sentir también lo que causa con eso. [...] Para que la verdad se haga viviente, debe añadirse el amor. [...] La veracidad es la más sutil de todas las virtudes. Pero hay gentes que la manejan como una estaca».

### **Necesitamos una catarsis de veracidad**

La veracidad es sinceridad con nosotros mismos y con los demás. El que busca honestamente la verdad es sincero consigo mismo y con los otros.

En una sociedad donde el engaño y la mentira son monedas corrientes, vivir en la verdad y decir la verdad no es tarea fácil, más bien es casi una actitud heroica.

Todos necesitamos una catarsis de veracidad. Nos hará bien y hará de nuestra sociedad un lugar habitable.

Instalados en la mentira y en el engaño, no hay posibilidad de aportar nada válido a nuestra sociedad. Solo la veracidad nos puede hacer verdaderamente libres y felices. La mentira y el engaño son fuentes de frustración y desdicha, aunque momentáneamente puedan producir placer y brindar ventajas materiales.

Ser veraz, vivir en la verdad y decir la verdad, es la tarea básica de la persona que quiere vivir éticamente. El decálogo de ética civil elemental debe comenzar por la verdad. Si esta falla, la moralidad se viene abajo.

Los que se engañan a sí mismos y a los demás viven de espaldas a la ética y construyen una sociedad falsa que a la larga resultará inhabitable.

Los instalados en la mentira no pueden construir nada válido para la sociedad. Ellos medran, pero la sociedad se hunde. Ellos «ganan», pero la sociedad pierde.

**La hipocresía es un desprecio a la verdad,**

## **sirviéndose de esta como cobertura**

La hipocresía es el encubrimiento de la verdad con ropajes de veracidad. El hipócrita es el que dice y hace lo contrario de lo que realmente piensa. La hipocresía es un desprecio a la verdad, sirviéndose de esta como cobertura.

Sé veraz. Afirma con sencillez y sinceridad la realidad que detectas. No huyas de ella ni la contradigas. La realidad es tozuda. No la tergiverses en favor propio para fastidiar o engañar al prójimo y salirte con la tuya. Rechaza la mentira que daña al otro, el engaño que perjudica a la persona con la que tratas, y busca siempre la verdad aunque te duela y duela al prójimo. En definitiva, la verdad es la medicina más saludable, que a veces duele, pero siempre cura.

Si la veracidad no te acompaña, tu vida es una farsa, y la farsa tergiversa la comunicación y la enrarece. El auténtico diálogo enriquecedor solo puede avanzar por la senda de la verdad. El primer fundamento del diálogo es la verdad. Sin el fundamento de la verdad, el diálogo queda bloqueado. Andar en verdad es la condición indispensable para conseguir un diálogo fructífero. Cuando falla la verdad y se instala la hipocresía, comienzan las maniobras, y el diálogo se convierte en una simple argucia para conseguir algo. Solo desde la verdad es posible una buena comunicación.

El filósofo inglés Francis Bacon decía: «El malo, cuando se finge bueno, es pésimo». La hipocresía, el fingimiento, es uno de los peores defectos del ser humano. Querer ocultar la maldad con la bondad es una de las actitudes más viles, porque así se desprestigia la esencia de la misma bondad.

Que la persona humana a veces obre mal, es comprensible, porque es libre y está dañada por un pecado de origen, pero que quiera fingirse buena cuando en realidad actúa incorrectamente, es menos comprensible, y dicha actitud debería encontrar siempre un claro rechazo.

Hoy los jóvenes no siempre son sinceros, pero el defecto que más aborrecen es la hipocresía y la cualidad que más aprecian, la sinceridad. La veracidad, la sinceridad, la honradez con uno mismo, es una de las virtudes más apreciadas por las generaciones jóvenes. Es imposible llevar a cabo un diálogo constructivo entre generaciones sin la base previa de la sinceridad.

No hay cosa que más moleste a los jóvenes que una palabra hipócrita en los mayores, es decir, una palabra que aconseje lo contrario de como normalmente se actúa.

Sin sinceridad por ambas partes, el diálogo generacional queda bloqueado y la incomprensión mutua aumenta. Los fallos son tolerables, pero pretender que

aparezcan como virtudes es un tremendo absurdo que en modo alguno se puede admitir.

Francisco de Quevedo y Villegas, en su obra *El mundo por de dentro*, formula esta terrible descripción del hipócrita: «El hipócrita finge lo que no tiene. Primero se burla de sí mismo que de los otros. Siempre está más lejos de aquella virtud que más se muestra en su trato. Introduce lo falso, mancha la integridad, corrompe los juicios, daña los ejemplos, no obedece a la virtud, porque solo se hace esclavo de la opinión. Lo más ridículo en semejante gente es pensar el pesado sacrificio que están haciendo de sí mismos».

Y en otro pasaje de esta obra, Quevedo remata el retrato del hipócrita con estas durísimas palabras: «Todos los pecadores tienen menos atrevimiento que el hipócrita, pues ellos pecan contra Dios, pero no con Dios ni en Dios; mas el hipócrita peca contra Dios y con Dios, pues lo toma como instrumento para pecar».

Poco cabe añadir, para hablar de la hipocresía, a este singular texto de uno de los mejores clásicos de la literatura castellana. Tal vez solo unas palabras de san Agustín, escritas doce siglos antes que, refiriéndose al hipócrita, tampoco se muerde la lengua y afirma: «El peor de los hombres es el que siendo malo quiere pasar por bueno; siendo infame habla de virtud y pundonor».

## **A solas nadie dice mentiras**

A solas, el hombre no dice mentiras. Don Miguel de Unamuno escribió: «Abrigo la cada vez en mí más arraigada convicción de que cuando el hombre se encuentra a solas, cara a cara consigo mismo, suele juzgarse con severidad, reconociendo sus propias faltas, aunque luego se arredre de reconocerlas ante los demás, y se disculpe y justifique a sí mismo».

Este pensamiento del famoso profesor de Salamanca viene a decirnos: a solas, frente a nosotros mismos, no mentimos. Más aún, solemos juzgarnos seriamente, reconociendo nuestros propios fallos.

Nos cuesta reconocer nuestras faltas ante los demás, por eso nos disculpamos y nos autojustificamos, pero ante nosotros mismos solemos ser sinceros. No serlo significa un suicidio absurdo.

El campo de la mentira y del engaño es siempre el de las relaciones con los demás. Con nosotros mismos, estas dos armas (mentira y engaño) no sirven absolutamente para nada. Nadie quiere engañarse a sí mismo. A solas nadie dice

mentiras.

En el fondo del corazón humano laten la verdad y la sinceridad. La mentira y el engaño solo los empleamos como defensa y autojustificación ante los demás, nunca como autojustificación ante nosotros mismos, porque, además, no sirven para nada.

A solas, cara a cara con nosotros mismos, siempre encontraremos la verdad. Empleemos con más frecuencia este recurso psicológico. Es muy saludable.

## **La adulación, un atentado contra la verdad**

Un grave atentado contra la verdad es la adulación. «La adulación no es sino un comercio de mentiras que por un lado se funda en la vanidad y por el otro en el interés» (Charles Rollin).

Hasta la fecha esta es la mejor definición de adulación que he encontrado. Adulación, igual a «comercio de mentiras», apoyado en la vanidad de quien la recibe y en el interés de quien la da.

La alabanza justa, sincera y moderada es digna de todo aprecio; por el contrario, la adulación es siempre rechazable. La adulación es la alabanza interesada sin fundamento que «pavonea» a quien la recibe y denigra a quien la da.

La adulación es un montaje mentiroso apoyado sobre la vanidad y el interés. Huyamos de la adulación como de la peste. Cuando no puedas alabar, cállate. Cuando alguien es digno de elogio, no dudemos ni un momento en brindárselo: es un gesto noble que manifiesta grandeza de espíritu. Pero adular, nunca. Es una mentira que excita la vanidad de quien es adulado y manifiesta el interés egoísta del adulator.

## **¿Dónde radica la verdad?**

El problema de la verdad consiste en que cada uno piensa poseer la suya y esta, con frecuencia, no coincide con la de los demás. Consecuentemente, ¿dónde radica la verdad? ¿Existe la verdad última y objetiva? Sin duda. La verdad por antonomasia, al menos para los creyentes, radica en Dios. Él es la personalización de la verdad. Él es la verdad misma. Ahora bien, todos, desde la sinceridad, podemos subrayar diferentes dimensiones de la verdad y estas son

complementarias. «Mi verdad» sumada a «la verdad del otro», y siempre desde la sinceridad de ambos, se acerca a la verdad última y objetiva que radica en Dios, que es Dios mismo.

Todos debemos ser constantes y humildes buscadores de la verdad, de una verdad que no es estática sino dinámica y abierta al infinito. La búsqueda de la verdad, en cooperación con los otros, nos hará libres. En la mentira y el engaño solo hay esclavitud. En la verdad, liberación.

Nadie posee en exclusiva la verdad. El escritor francés André Maurois ha dicho: «Es una verdad absoluta que la verdad es relativa». Este es un juego de palabras que invita a la reflexión. La única verdad absoluta es Dios. Él personaliza todo el bien y toda la verdad. Las demás verdades son relativas. Ninguna institución, ninguna persona humana posee la verdad en exclusiva. La verdad está diseminada y late por doquier. Nadie posee la verdad absoluta.

La ingeniosa frase de André Maurois es un buen remedio contra el orgullo del fundamentalismo. El fundamentalismo fanático cree que solo existe su verdad y que esta es absoluta. Consecuentemente, adopta una postura intransigente.

Seamos buscadores incansables de la verdad dondequiera que esté y hagámoslo con un talante abierto y tolerante, sabedores de que se halla enormemente repartida y de que solo aquellos que la buscan afanosamente con los demás podrán aproximarse a ella.

Busquemos la verdad en los otros y con los otros, sobre todo, mediante el diálogo. Es la única manera de enriquecernos moralmente y de madurar humanamente. Y la persona adulta, madura:

- posee una *personalidad unificada*, es decir, se conoce a sí misma en sus propias limitaciones y cualidades, y procura actuar siempre coherentemente, siguiendo unas opciones básicas que previamente se ha marcado;
- tiene *convicciones firmes* y vive de ellas, no dejándose llevar por «el qué dirán» ni por la última moda;
- se sabe *responsable* de la totalidad de sus actos;
- es *sociable y solidaria*, se siente miembro de diversos núcleos comunitarios, con los deberes y derechos que le son propios;
- es *realista*: ve y juzga la realidad desde una óptica crítica, no amarga, y actúa en ella con sentido transformador;
- *acepta y vive el sano pluralismo*; y
- *sabe escuchar a los otros y aprender de ellos*.

## **La duda puede ser un camino hacia la verdad**

La verdad no está reñida con la duda. Antes al contrario, la duda es el camino humilde hacia la verdad. Diego Saavedra y Fajardo, escritor y político español del siglo XVII, afirmaba: «Quien no duda no puede conocer la verdad». La duda no es un ataque a la verdad, sino una ayuda para encontrarla y profundizar en ella.

El hallazgo de la verdad comienza con la duda. Quien sabe dudar, busca, y busca modesta y tenazmente hasta que encuentra la luz de lo verdadero.

«Para investigar la verdad –decía Descartes– es preciso dudar, en cuanto sea posible, de todas las cosas, una vez en la vida.» La duda, pues, no bloquea la verdad, sino que nos ayuda a encontrarla. La verdad solo comienza con la duda. Esta no es más que la inquietud del que quiere buscar. Quien nada duda todo lo ignora. Solo el que es capaz de dudar encontrará la certeza. El escritor polaco Stanislaw J. Lec sostiene que «la primera obligación de la inteligencia es desconfiar de ella misma».

La vida es duda, que es lo mismo que decir búsqueda incesante de la verdad. Las personas incapaces de dudar envejecen pero no maduran. La madurez humana y espiritual proviene de una ajustada dosificación de la duda, que es la que nos hace rastrear constantemente la verdad.

La verdad está más cerca de la pregunta que de la respuesta. Chuang-tsu, un sabio chino, solía decir: «Nadie está más lejos de la verdad que aquel que sabe todas las respuestas». Hay gente autosuficiente que tiene respuestas para todo y, no obstante, anda lejos de la verdad, porque la genuina verdad no pivota en la respuesta autosuficiente, sino en la pregunta humilde. Quien sabe preguntar, quien permanece en búsqueda constante se acerca a la luz de la verdad. Aquel, en cambio, que sobre todas las cosas posee respuestas seguras, se encuentra muy lejos de ella.

Las respuestas solo reflejan algo de verdad, y siempre que hayan ido precedidas de muchas preguntas. Las preguntas son el camino certero hacia la verdad. Las respuestas, por el contrario, pueden reflejar «mi verdad», pero no la verdad. La verdad se encuentra más allá de nuestras respuestas y solo nuestras incisivas, sabias y humildes preguntas la pueden desvelar.

## **La amistad no está reñida con la verdad**

El sabio Aristóteles decía: «Se puede amar a los amigos y a la verdad, pero lo más honesto es dar preferencia a la verdad».

La amistad no está reñida con la verdad, pero cuando en alguna circunstancia difícil se impone la elección entre amistad y verdad, hay que elegir esta última. Preferir la amistad a la verdad, significa traicionar a aquella. El mejor servicio que podemos prestar a un amigo es decirle siempre la verdad. La amistad sin verdad es cobardía, es regalo envenenado. La amistad basada sobre la mentira y el engaño no tiene futuro, y al cimentarse sobre un fundamento falso, en cualquier momento puede venirse abajo.

El mejor regalo que puedes hacer a un amigo es decirle siempre la verdad. Y la verdad es lo que es. Negarla –como dice muy gráficamente san Agustín– es un adulterio del corazón. Fundamentar una amistad sobre la mentira o sobre el encubrimiento de la verdad es una traición, aunque se haga con buena voluntad. El obsequio más delicado que podemos ofrecer a un amigo es quererle desde la verdad, una verdad que puede agradar o disgustar.

Paul Debesse escribe: «Desconfía de un amor no exigente; de un amor que no se atreve a decir la verdad; de un amor incapaz de corregir. No es amor auténtico; a lo sumo es complicidad». El verdadero amor no puede estar reñido con la verdad, con la recia valentía de saber corregir. El auténtico amor se fundamenta sobre la verdad y la libertad. Amor sin verdad es complicidad. Amor sin libertad es sumisión.

Quien ama sinceramente a alguien es exigente con él, sabe corregirle y le dice siempre la verdad. El amor sólido y recio siempre se fundamenta sobre la verdad y la libertad. Todos necesitamos de amigos que, desde la libertad y la verdad, nos quieran sinceramente. El amor que no es libre para corregirnos ni es capaz de decirnos las verdades, no es auténtico amor. Los amores cómplices y sumisos esclavizan, no liberan; nos hacen un gran daño aunque nos halaguen. En el miedo a la verdad y a la libertad hay también una evidente falta de amor.

Busquemos amigos que se atrevan a decirnos las verdades y sepan corregirnos sinceramente siempre que sea necesario. Los amigos «cómplices» son nefastos. Lo que necesitamos son amigos libres y veraces que sepan aconsejarnos.

Aconsejar es difícil. Y el consejo rara vez es bien recibido, porque el que más lo necesita es el que menos lo desea. Puede sucedernos que cuanto más precisemos de un consejo más nos cueste recibirlo. No es fácil aceptar una verdad que nos duele. Y los consejos a veces son verdades que nos molestan, pero que imperiosamente necesitamos para corregir un defecto, superar una limitación o

solucionar un problema.

No temamos a la persona amiga que tiene el valor de decirnos las verdades. La verdad duele pero nunca es nociva. Lo que sí es nocivo, aunque grato a corto plazo, es vivir en la mentira y en el engaño.

Decía Quevedo en un tono sarcástico pero cierto: «El consejo bueno es; pero creo que es de las medicinas que menos se gastan y se gustan». Preferimos el caramelo del halago a la medicina del consejo, sin pararnos a pensar que el caramelo simplemente nos entretiene y solo la medicina nos puede curar. El caramelo es dulce, pero su dulzura es veneno. Por el contrario, la medicina es amarga, pero su amargura es salud.

Solía decir el padre Santiago Alberione, fundador de la «Familia Paulina»: «Hagan a todos la caridad de decirles la verdad». Decir siempre la verdad y a todos es muy difícil, y a veces muy doloroso, pero es sumamente útil. Ya Aristóteles afirmaba: «Soy amigo de Platón, pero más amigo de la verdad». La verdad no pocas veces puede resultar dura, pero siempre es medicinal, terapéutica. Lo mejor que podemos ofrecer a cualquiera es la verdad, una verdad ofrecida siempre desde una actitud humilde y cordial. No se trata de «cantar las verdades» a los demás desde una postura arrogante o paternalista, sino de ofrecerles con naturalidad lo mejor, lo que a la larga les puede ser más útil: la verdad.

Servir a la verdad y decir la verdad es tarea muy difícil. Solo puede llevarse a cabo desde el amor y con amor. No se trata de juzgar, ni mucho menos de meternos con la vida de los demás, sino de decirles siempre la verdad, precisamente porque deseamos lo mejor para ellos. La palabra no está hecha para ocultar la verdad sino para decirla. Con la mentira nunca beneficiaremos a nadie. Solo la verdad nos puede hacer libres y liberar a quien se la decimos; si bien somos plenamente conscientes de lo que ya afirmaba Terencio dos siglos antes de Jesucristo: «La condescendencia crea amigos, y la verdad crea enemigos».

## **Saber conciliar verdad y perdón**

Me parece muy importante la máxima de Voltaire: «Ama la verdad, pero perdona el error». La verdad y el perdón no están reñidos. Debemos estar siempre al lado de la verdad, pero debemos comprender que el error (la falta involuntaria de verdad) es posible. Seamos intransigentes en la defensa de la verdad, pero tolerantes ante un posible error humano.

Creo que se trata de saber buscar y encontrar una sabia armonía entre la verdad ideal y la equivocación en la verdad concreta, que es el error. Amemos la verdad, pero comprendamos que esta a veces puede faltar o fallar. Sepamos luego comprender y perdonar el error. La sana tolerancia no está reñida con el amor a la verdad. La sana tolerancia sabe alinearse decididamente en las filas de la verdad y, al mismo tiempo, se muestra comprensiva ante un posible error humano.

El equilibrio radica en la frase de Voltaire: «Ama la verdad, pero perdona el error». Es un pensamiento lleno de humanidad. En el ideal no se puede transigir; en cambio, en la realidad cotidiana, sí. Es propio del ser humano errar y fallar; no obstante, el ideal de la verdad nunca debe traicionarse.

### **La verdad puede molestarnos y darnos miedo, pero nunca nos hará daño**

El arzobispo Hélder Câmara es el autor de este bello texto sobre la verdad: «No le tengas miedo a la verdad porque por dura que pueda parecerte y por hondo que hiera, sigue siendo auténtica. Naciste para ella. Sal a su encuentro, dialoga con ella, ámala, que no hay mejor amigo, ni mejor hermana».

La verdad puede molestarnos, pero nunca nos hará daño. Toda nuestra vida debería ser un diálogo sincero con la verdad. Sin verdad, nuestra vida carece de rumbo y navega a la deriva por el mar de la existencia. La mentira destruye al sujeto y a la comunidad y envenena la convivencia. La verdad, en cambio, es la base de la convivencia en paz.

Durante toda la vida deberíamos ir en busca de la verdad. Y esta es tarea harto difícil, porque como dice Annie Cagiati:

«La verdad da siempre miedo: la mía que debo aceptar y la del otro que tendría que comunicarle y no lo hago por cobardía. Nadie de nosotros quiere desnudarse, y la verdad nos desnuda: nos pone desnudos frente al otro.

Debemos ayudar a las personas a aceptar la verdad. Porque quien no acepta la verdad es una persona pequeña, mezquina, miedosa, cerrada. Y entonces nosotros debemos ayudarla no solo a aceptar la verdad, sino a buscarla».

### **La verdad, patrimonio de la colectividad**

«La verdad, en cuyas filas debemos estar siempre alineados, no pertenece a uno, sino que es patrimonio de la colectividad.» Este relevante pensamiento de Juan Luis Vives es la reafirmación de aquella idea democrática fundamental que afirma que la verdad no la posee en exclusiva ninguna persona humana.

La verdad es siempre patrimonio de la colectividad, del conjunto. Dios ha repartido sabiamente entre todos la verdad humana. Nadie, por muy importante que sea, puede ser monopolizador de la verdad. La verdad, la belleza, la justicia son grandes valores que entre todos construimos, pero que nadie puede acaparar totalmente.

Concebir la verdad humana como una tarea común es una bella idea que debemos realizar diariamente. La verdad es un patrimonio colectivo que todos debemos cultivar, primero alineándonos en sus filas, luego buscándola afanosamente, porque la verdad no es un bien estático, sino dinámico, que requiere dedicación constante y tenaz.

Todos podemos aportar algo a la verdad y únicamente entre todos la podemos hacer posible. Ella, como dice Vives, «es patrimonio de la colectividad».

### **Ojalá no estemos ausentes cuando la verdad nos visite**

Oí un día esta terrible frase y quedó grabada para siempre en mi interior: «Vendrá a verle la verdad, y usted, hecho de mentiras, no la reconocerá».

No pocas veces nos visita la verdad, pero no la sabemos reconocer. Estamos tan envueltos en la mentira que aquella nos resbala. Para poder captar la verdad, debemos despojarnos de la mentira que pueda haber en nuestro corazón. La verdad, el bien, la luz con frecuencia se acercan a nosotros. Lo que importa es tener un radar sensible y limpio para saber detectar sus manifestaciones.

Solo una profunda cura de sinceridad puede atraer la verdad sobre nosotros. Convirtamos nuestro corazón a la verdad y esta podrá entrar en nosotros y producir sus frutos.

A veces la verdad pasa muy cerca de nosotros y no la reconocemos, porque nuestro corazón está bloqueado por la mentira.

Eliminar la mentira que hay en nosotros es una condición indispensable para poder reconocer la verdad que pasa a nuestro lado.

## **La verdad se corrompe con la mentira y con el silencio**

Esta profunda sentencia de Cicerón nos invita a un sincero examen de conciencia. Dice así: «La verdad se corrompe con la mentira y con el silencio».

No pocas veces pensamos que el único ataque posible contra la verdad es la mentira, que consiste en decir lo contrario de lo que uno sabe, cree o piensa, y, no obstante, el silencio puede también corromper la verdad. O dicho de otra manera: no podemos callar cuando se agreden verdades fundamentales.

Cuando la vida humana es violada, cuando los derechos fundamentales de las personas no son respetados, cuando los valores éticos y ecológicos son pisoteados, cuando los más necesitados son dejados de lado, no podemos callar. Un silencio cómplice no pocas veces puede ser sinónimo de mentira y de cobardía.

No corrompamos nunca la verdad de la dignidad humana con el silencio. Hay momentos en la vida en los que la denuncia profética se hace necesaria. Callar en estas circunstancias es sinónimo de mentir. Y mentir es corromper la verdad, que constituye el fundamento básico de toda ética. El escritor valenciano, nacido en Sueca, Joan Fuster, afirma: «Muy a menudo, casi siempre, callar es también mentir».

Ciertamente, la mentira a veces puede revestir el fino y cobarde ropaje del silencio. Mentir es no solo decir lo contrario a la realidad, sino que también puede consistir en callar la realidad que nos compromete. Hay silencios cómplices que son sinónimos de mentiras:

- El silencio ante el ataque injusto a una persona que sabemos inocente, es una mentira.
- El silencio ante la miseria del Tercer Mundo que en cierta manera podríamos aliviar, es una mentira.
- El silencio ante los desastres ecológicos que con nuestra conducta coherente podríamos en parte aminorar, es una mentira.
- El silencio ante las agresiones a la vida que podríamos en parte evitar, es una mentira.

La mentira no es solo atacar la verdad, sino también silenciarla. Mientes cuando callas y deberías hablar. Mientes cuando el miedo y la cobardía se apoderan de tu corazón y no te atreves a profesar la verdad, aunque te traiga complicaciones. Igual de hipócrita es decir una mentira que callar una verdad

cuando debes decirla.

El silencio ante la tiranía es culpable. El poeta y novelista nigeriano Wole Soyinka ha dicho: «El hombre muere en todos aquellos que mantienen silencio ante la tiranía». A veces el silencio es una manifestación de terrible cobardía que mata. Cuando no protestamos ante la tiranía de la conculcación de los derechos humanos, del hambre, de la miseria, la dignidad humana muere en nosotros.

El silencio cómplice es pecado porque atenta contra la vida del hombre mismo. El silencio, sinónimo de cobardía moral, es una lacra que envilece a la sociedad y la hace más vulnerable.

Callar, cuando deberíamos hablar, es cobardía y cobardía culpable porque es un atentado contra la dignidad humana.

El ser humano muere en el corazón de todos aquellos que mantienen silencio ante la tiranía, ante las injusticias flagrantes, ante la tortura. Hay silencios que matan, y estos son culpables. No siempre el silencio es prudencia, puede ser también cobardía.

## 2

# SER JUSTO

El segundo mandamiento de este decálogo de ética elemental es la justicia. Cuando lo justo preside nuestra conducta no hacemos acepción de personas y actuamos con moderación, acierto y bondad.

Una persona justa es una persona ecuánime que no se deja llevar ni por la moda, ni por «el que dirán», ni por veleidades caprichosas. Ser justo hoy significa vivir radicalmente a favor de la dignidad de la persona humana, buscando su bien.

Seamos iconos de personas justas y así nuestro mundo cambiará radicalmente. La sociedad justa será una mera quimera sin personas justas. No podemos soñar un mundo justo sin hombres y mujeres que luchen enérgicamente por la justicia.

El valor ético de la justicia es un valor fundamental y, juntamente con la verdad, constituyen la piedra angular del edificio de la ética civil. Sin justicia y verdad no hay ética y, cuando la ética elemental falla, el incivismo se apodera de nuestras sociedades y estas resultan inhabitables.

Nos jugamos muchísimo en los dos primeros puntos de este decálogo: «Ser veraz», «ser justo». Sin veracidad y justicia, ¿qué podemos construir? Sin veracidad y justicia una sociedad no puede ser humana, no respeta ni puede respetar la dignidad del ser humano.

Sé justo y, sobre todo, rebélate contra la injusticia que oprime a los débiles y explota a los pobres. Es más realista luchar contra la injusticia que hacer proclamas en favor de la justicia. Lo justo es con frecuencia etéreo y abstracto; en cambio, la lucha contra la injusticia es una tarea concreta que podemos realizar cada día y en cada momento. Trabaja constantemente por erradicar injusticias concretas, aunque sean pequeñas: así construirás una sociedad mejor. A veces, en el campo de la justicia, lo mejor es enemigo de lo bueno. Sobran grandes declaraciones de principio y faltan concretas realizaciones que hagan posible que nuestro mundo sea realmente más justo. Es más difícil erradicar injusticias concretas que surgen a nuestro alrededor, que proclamar a bombo y platillo el valor de la justicia universal.

**Un sabio y sensato consejo: ser justo antes**

## **de ser generoso y ser humano antes de ser justo**

Es sabio y sensato este consejo de Fernán Caballero. Dice así: «Sé justo antes de ser generoso; sé humano antes de ser justo».

La generosidad que va por delante de la justicia es peligrosa, porque puede encubrir injusticias. No tapes nunca con generosidad lo que debes hacer por justicia. La generosidad es una virtud nobilísima cuando se sabe situar en su debido lugar, pero es un engaño cuando quiere sustituir a la justicia. Por eso: sé justo antes de ser generoso.

Aplicar fríamente la justicia puede resultar a veces terrible. La justicia, si no va precedida por una gran dosis de humanidad, puede tornarse cruel. Ser humano antes de ser justo significa tener una gran capacidad de comprensión para saber aplicar adecuadamente en cada circunstancia la justicia. Sin humanidad, la justicia puede resultar una espantosa injusticia.

Sé humano, justo y generoso. Sigue diligentemente en tu vida este consejo y por este mismo orden: primero humanidad, luego justicia, finalmente generosidad.

## **Justicia y libertad, dos valores que deben caminar juntos**

Sepamos conciliar justicia y libertad. El escritor francés Albert Camus escribió: «Si un hombre fracasa en conciliar la justicia y la libertad, fracasa en todo».

El famoso autor de *La peste*, defensor en toda su obra de importantes valores éticos, desde una perspectiva laica, invoca la conciliación de la justicia y la libertad.

Justicia sin libertad puede significar severidad extrema, tiranía. Y libertad sin justicia puede ser sinónimo de egoísmo cerrado y caduco que desprecia los principales valores éticos.

Ser justos y libres a la vez, es la meta. Justicia y libertad constituyen el ideal. Sin justicia, la libertad es un escarnio. Y sin libertad, la justicia de poco sirve: es una palabra rimbombante que nos consuela para continuar siendo esclavos.

He ahí dos valores éticos que siempre deben caminar juntos: justicia y libertad. Si fracasamos en conciliarlos, fracasamos en todo. No hay situaciones intermedias: la justicia sin libertad es tiranía y la libertad sin justicia es egoísmo. Y con la tiranía y el egoísmo no se puede edificar nada válido en el terreno ético.

Actualmente, en los países de la Unión Europea, se habla mucho de libertad y poco de justicia. ¡Es peligroso! Ante el manifiesto fracaso de los países socialistas del Este de Europa, el tema de la libertad se ha puesto de moda, porque su falta en estos países ha sido la causa principal de su fracaso económico y social.

Sin libertad, una sociedad no funciona; simplemente se arrastra. Pero la libertad tan necesaria para el pleno desarrollo de la persona y de la sociedad, no puede prescindir de la justicia. Justicia y libertad constituyen un binomio inseparable.

*Libertad con justicia y justicia con libertad:* esta es la fórmula correcta. Si a la libertad le falta la justicia, se convierte en privilegio de poderosos. Y si a la justicia le falta la libertad, degenera en un triste y monótono igualitarismo sin vida y sin iniciativa.

Una sociedad libre y justa a la vez es el ideal que todavía no han sabido construir ni el socialismo marxista ni el capitalismo liberal. El primero ha sacrificado la libertad para defender la justicia. Y el segundo ha minusvalorado la justicia al resaltar la libertad. Sería deseable un orden económico internacional nuevo que defendiera decididamente la dignidad de la persona humana, promoviendo a la vez la justicia y la libertad: son dos elementos básicos que exige la dignidad de la persona humana.

### **La persona justa se esfuerza por ser coherente**

Ser justo no significa actuar con severidad y dureza, sino comportarse serena, correcta y coherentemente con todos. Evitemos la dureza de la justicia a secas. Ni la rigidez ni la debilidad ni la arbitrariedad son buenas consejeras de la justicia.

El que es justo se esfuerza por ser coherente. Me parece de una agudeza extraordinaria este pensamiento del neurólogo austríaco Alfred Adler: «Es más fácil luchar por unos principios que vivir de acuerdo con ellos».

La coherencia es una de las virtudes humanas más importantes. A simple vista, parece que quien lucha por unos principios, vive de acuerdo con ellos. Y, no obstante, en realidad no siempre sucede así.

- Hay quienes defienden el principio básico de la solidaridad, y no viven solidariamente.

- Hay quienes pregonan principios ecológicos, y luego en su vida privada y pública ensucian y destruyen su entorno.
- Hay quienes tienen siempre en su boca la palabra «justicia», y en sus relaciones familiares son injustos con los que viven con ellos.
- Hay quienes invocan constantemente la palabra «democracia», y cuando tratan con los suyos son unos pequeños dictadores.
- Hay quienes dicen apreciar y promover la cultura, y llevan años sin leer un libro.

Que los principios por los que luchamos coincidan con los que vivimos. Esta coherencia es elemental. Si no la practicamos, seguro que pronto padeceremos un ataque de esquizofrenia.

### **La persona justa no es codiciosa**

La persona codiciosa está dispuesta a cualquier cosa con tal de conseguir su objetivo. Para el codicioso no hay barreras: la mentira, el engaño, la injusticia y el robo a veces se convierten en sus métodos de trabajo. Para el codicioso, las personas son secundarias. Lo importante son las cosas que quiere alcanzar o las riquezas que quiere acumular. Si le interesan las personas es en cuanto pueden servirle de instrumento para llegar a poseer más cosas.

El corazón del codicioso es un corazón metalizado: no comparte, solo acapara. Acaparar es la acción que más practica. Es su ejercicio habitual, un ejercicio que materialmente le enriquece, pero que moralmente le empobrece hasta el extremo, porque no hay mayor pobreza psicológica que la incapacidad de amar.

Con gracejo e ironía, como era habitual en él, escribió Francisco de Quevedo: «(Para el codicioso) lo mucho se vuelve poco con solo desear otro poco más».

A las personas codiciosas les pasa lo que dice Quevedo: lo mucho se les vuelve poco porque siempre desean más. Este desear siempre más en el campo material se llama codicia. Y la codicia es el origen de muchos males: provoca injusticias, bloquea el compartir, paraliza el diálogo y endurece el corazón a la hora de amar gratuitamente.

El filósofo hispano-latino Séneca, autor de múltiples sentencias llenas de sabiduría, afirmó: «Grandes riquezas, gran esclavitud». Los bienes materiales en sí son buenos y necesarios para lograr el desarrollo de la persona humana. Y el dinero es un invento muy funcional que premia nuestro trabajo y nos da acceso fácil y cómodo a lo que en un determinado momento necesitamos. Dicho esto, no

obstante, la afirmación de Séneca entraña una profunda verdad: acaparar grandes riquezas conlleva gran esclavitud. La codicia insensibiliza a las personas para compartir y, en definitiva, las bloquea para el bien. El mismo Séneca en otra ocasión había dicho: «Nunca hizo rico al hombre el dinero, porque solamente le sirve para aumentar su codicia».

Quienes acumulan riquezas se suelen hacer esclavos de ellas. Es tal la atracción que ejercen sobre quienes las poseen, que estos se hacen radicalmente dependientes de ellas. Y la dependencia extrema es siempre esclavitud. Una «dorada esclavitud», dirá alguien ironizando, ya que la riqueza proporciona múltiples placeres materiales. Es verdad, pero también es cierto que estos no son generadores de auténtica felicidad. La genuina felicidad creo que está más cerca de aquellos que con su trabajo justo y honrado alcanzan un modesto nivel de vida digno y se conforman con él, a la vez que saben compartir sus facultades, su tiempo y sus bienes con los demás.

Y, finalmente, otro pensamiento de Séneca sobre este tema que muestra su profunda sabiduría. Dice así: «La verdadera medida de la riqueza es el no estar demasiado cerca ni demasiado lejos de la pobreza».

### **Justicia no significa testarudez**

Ser justo tampoco significa ser testarudo. Saber cambiar de opinión es una expresión de calidad mental. «El que no cambia nunca de opinión, en vez de demostrar la buena calidad de la opinión sostenida, demuestra la escasa calidad mental de sí mismo» (Marcel Achard).

Tener opinión propia y saberla defender, es actitud muy positiva, pero no querer nunca cambiar de opinión demuestra escasa calidad mental.

Las convicciones deben mantenerse inalterables. Las opiniones, por el contrario, es normal que cambien cuando las circunstancias cambian. Aferrarse a las propias opiniones como si fueran dogmas, es señal de terquedad y, no pocas veces, de poca inteligencia y de egoísmo. «Los que nunca varían de opinión –dice Joseph Joubert– se aman más a sí mismos que a la verdad.»

Cambia de opinión cuando sea necesario, cuando detectes el cambio de circunstancias y veas y comprendas la fuerza de los argumentos de los demás. Esta flexibilidad en la opinión es señal de buena salud mental. Y la salud mental es básica para poder caminar por la vida y crecer y madurar como persona humana. La cerrazón en la propia opinión es propia de personas tozudas y, por lo

general, poco inteligentes.

## **Justicia y veracidad van siempre muy unidas**

Ser justo y veraz son dos actitudes éticas que van siempre muy unidas. La persona veraz suele buscar con ahínco la justicia, dando a cada uno lo que le corresponde.

No es fácil hoy vivir veraz y justamente en una sociedad donde la mentira, el engaño y la injusticia están tan arraigados y se manifiestan por doquier. Mentira, engaño e injusticia son tres fallos éticos garrafales sobre los cuales no se puede construir nada.

La justicia es la veracidad en acción. Cuando la verdad se refleja en la realidad, florece la justicia.

Ser justo también significa ser radicalmente bueno. Una persona justa es aquella que desde la veracidad obra el bien.

## **Lo justo, lo honrado, supera lo legal**

Lo legal no siempre es lo honrado y lo justo. El filósofo hispano-latino Lucio Anneo Séneca escribió: «Lo que las leyes no prohíben, puede prohibirlo la honestidad». Es decir, lo legal no siempre es lo honrado. La honestidad y la honradez muchas veces están por encima de la legalidad.

Albert Camus decía: «La integridad no está sujeta a reglas». Ciertamente, debe colocarse sobre ellas. Ser honrado no es sinónimo de ser cumplidor de la legislación vigente.

Ser honesto, honrado, íntegro, significa saber seguir fielmente la voz de la conciencia y actuar coherentemente según unos principios éticos objetivos.

La brújula que guía la honradez es la conciencia debidamente formada.

Ser una persona honrada no es nada fácil. Supone esfuerzo y sacrificio y, sobre todo, coherencia. La honestidad, la honradez, la integridad (para mí, tres palabras sinónimas), nos exige decir lo que sentimos, sentir lo que decimos y concordar las palabras con la vida.

Una persona honrada, justa, es, sobre todo, una persona que manifiesta coherencia entre lo que dice y piensa, y lo que realmente hace.

El justo no es una persona adusta y antipática que actúa implacablemente,

sino una persona equilibrada, honrada y serena que, desde la verdad, busca el bien y la equidad.

Concepción Arenal dice: «Si la honradez no fuera un deber, debería ser un cálculo». Es tan elemental la honradez que sin ella toda la vida social se desmorona. Honradez, que aquí es sinónimo de ser justo, significa proceder con rectitud, con veracidad. Si este proceder falla, la vida en sociedad se convierte en un caos. En este sentido, por tanto, podemos afirmar que si la honradez no fuera un deber, debería ser un cálculo. La honradez la necesitamos imperiosamente. Sin la honradez no pueden funcionar ni las empresas, ni los negocios, ni los sindicatos, ni los tribunales, ni las asociaciones ciudadanas, ni las instituciones, ni las familias, ni el mismo Estado. Incluso desde una perspectiva egoísta deberíamos ser honrados.

Cuando el engaño, la mentira y la corrupción se apoderan de una sociedad, deberían encenderse todas las luces rojas de alarma. Sin honradez es imposible conseguir el bien común, que es aquel conjunto de condiciones humanas, sociales, políticas y morales que ayudan a la plena realización de toda la persona y de todas las personas de una comunidad.

La honradez es un cálculo necesario para la propia subsistencia social. Si este cálculo falla, ni nuestras más elementales necesidades pueden ser satisfechas. La honradez, por tanto, además de una virtud y de un deber, es un sabio cálculo para poder subsistir como personas.

Todos los que queremos actuar desde planteamientos éticos nos rebelamos contra la injusticia. No siempre acertamos a definir lo que es justo, pero sí sabemos lo que es realmente injusto. La injusticia que atenta contra la dignidad humana la detectamos en seguida y la combatimos decididamente. Y así debe ser. La indignación contra la injusticia es una de las actitudes éticas más saludables. Si tanto nos da la justicia como la injusticia, nuestra sociedad no tiene remedio. Solo la sana rebeldía contra la injusticia puede representar una luz de esperanza para nuestro mundo. Ante las injusticias flagrantes debe alzarse una protesta enérgica, de lo contrario nuestro mundo morirá de asfixia moral.

John Ruskin, escritor británico y crítico de arte, afirmó: «Hacer a tus hijos capaces de ser honestos es el comienzo de la educación». Sin duda, el fundamento de toda buena educación es la honestidad, la honradez. Sin honestidad, sin honradez, la auténtica educación se hace inviable. Y honesto, honrado (justo), es aquel que procede con rectitud y probidad.

La honradez es uno de los pilares fundamentales de la ética civil. Si no se procede con rectitud y probidad, la ética civil se hace imposible. Sin honradez, la

ética civil no se sostiene y no pasa de ser una expresión bonita. La honradez debería ser el estilo fundamental y más característico de dicha ética.

En una sociedad como la nuestra, donde la corrupción abunda, solamente la honradez posee credibilidad y puede representar un verdadero grito profético.

Corrupto es aquel que procede con falsedad. Honrado, en cambio, es aquel que actúa verazmente. La honradez es la premisa básica de toda ética civil. Educar para la honradez es una tarea de capital importancia y significa colocar los cimientos para la construcción de una sólida moral cívica.

Eduquemos para la honestidad y la honradez. En ello nos jugamos el futuro de nuestra sociedad.

### **No adoptemos una postura pasiva ante la injusticia**

Quien permanece impasible ante la injusticia es su cómplice. Quien no trabaja por un mundo más justo es un apático al que no le interesa la dignidad de la persona humana.

No adoptemos una postura pasiva ante la injusticia, ante la corrupción. La cantante y activista norteamericana Joan Baez ha dicho: «Si no peleas contra la corrupción, acabarás formando parte de ella». Es una verdad incuestionable. Ante la corrupción no podemos adoptar una postura neutra. O luchamos contra ella o terminamos implicados en ella.

Todas las injusticias nos afectan. Martin Luther King en cierta ocasión escribió: «La injusticia en cualquier parte es una amenaza a la justicia dondequiera». Esta lapidaria frase de King expresa una gran verdad: la injusticia, dondequiera que se lleve a cabo nos disminuye como personas, ofende nuestra dignidad humana y es una amenaza a la justicia.

La injusticia cometida en cualquier lugar del mundo no nos puede dejar indiferentes, afecta a todo el cuerpo social, y en el cuerpo social global que es la humanidad, nos movemos todos. Las injusticias que quedan impunes representan una gangrena para el conjunto del cuerpo social. Debemos luchar contra ellas, denunciándolas y luego poniéndoles remedio en la medida de nuestras posibilidades.

La injusticia del hambre, del analfabetismo, de la tortura, de la segregación racial, de la emigración forzosa, del desempleo... sufrida en cualquier parte de la tierra es una injusticia, en cierta manera, cometida contra cada uno de nosotros.

Si así la sintiéramos, lucharíamos con más ahínco por su erradicación.

Todas las injusticias nos afectan. No podemos quedar indiferentes ante ninguna de ellas. Dondequiera que se cometan, repercuten negativamente sobre el conjunto de la humanidad, creando unas estructuras de pecado que inciden muy negativamente en las personas, porque luego estas se convierten en actores de nuevos pecados sociales.

### **La miseria no es una fatalidad, sino una terrible injusticia**

El arzobispo Hélder Câmara afirma: «La violencia número uno, la raíz de todas las violencias, es la miseria que, cada año, mata más que las guerras más sangrientas y reduce a una situación infrahumana a más de dos tercios de la población mundial».

Las palabras de monseñor Câmara son de una lógica aplastante. En efecto, la principal de las violencias es la miseria. No debemos considerarla como una fatalidad ante la cual podamos resignarnos, sino como una terrible injusticia ante la que debemos reaccionar eficazmente.

Muchas otras violencias tienen, sin duda, su origen en esta primera y fundamental violencia: la miseria. Muchas otras violencias se evitarían si esta fuera erradicada. Por consiguiente, todo cuanto hagamos por desterrar la miseria en el mundo constituye un trabajo muy valioso en favor de la paz. Toda iniciativa para luchar contra la miseria y su más directa consecuencia (el hambre) es una iniciativa importante en favor de la paz. Y al revés: nuestra pasividad ante la miseria y el hambre significa hacernos cómplices de violencias sangrientas que pueden derivarse de ellas como respuestas incontrolables a la primera violencia que es la miseria.

El primer paso, pues, hacia una paz sólida será siempre la lucha tenaz y eficaz de las personas justas contra la miseria.

### **Las personas justas no pueden estar contentas de todo**

«No hay señal más segura de ánimo pequeño que el estar contento de todo.» Esta sarcástica frase del gran escritor italiano Giovanni Papini refleja una gran

verdad: la persona justa que posee un mínimo de sentido crítico no puede estar contenta de todo, no puede ser conformista.

Las personas justas son sanamente inconformistas y no están contentas de todo. No pueden estar contentas cuando contemplan con realismo las múltiples injusticias hoy existentes en el mundo:

- pueblos enfrentados por guerras absurdas;
- regiones maltratadas ecológicamente, por causa del egoísmo de los hombres;
- millones de hombres y mujeres sin trabajo, o con un trabajo precario;
- multitudes esclavizadas todavía por el analfabetismo;
- gente huyendo despavorida de su tierra, porque les falta lo más indispensable para subsistir;
- países atormentados por epidemias crónicas como, por ejemplo, la malaria y el sida;
- naciones donde los derechos humanos son despreciados sistemáticamente.

Y un largo etcétera que podríamos añadir nos impide estar contentos de todo. Si nuestro ánimo es justo, grande y abierto no puede quedar impasible ante estas múltiples tragedias que diariamente afectan a millones de seres humanos. Solamente un ánimo pequeño –como decía Papini– puede estar contento de todo.

### **Los justos están con los pobres, luchando contra la pobreza**

Esta idea de Paul Ricoeur es a mi modo de ver muy sugerente: «No se está realmente con los pobres sino luchando contra la pobreza».

El trabajo de las personas justas en favor de los más necesitados no debe consistir en contemplarlos de forma masoquista ni en ayudarles para que todo continúe igual, sino en luchar contra las causas que les tienen postrados, que es la misma pobreza. Lo mejor que podemos hacer por los pobres quienes creemos en el valor de la justicia, consiste en ayudarles a salir de su pobreza, a que ellos mismos se conviertan en los artífices de su propio desarrollo integral.

Una institución eclesial tan lúcida y eficiente en nuestro país como es Cáritas, desde hace muchos años se viene moviendo en esta línea: una línea de promoción más que de beneficencia.

Lo que importa, siguiendo el sabio consejo del conocido proverbio oriental, no es el «pescado», sino la «caña de pescar». El «pescado» sería la beneficencia. La «caña de pescar», la promoción social. Y la promoción social es, sin duda, el elemento más fundamental y decisivo en la lucha contra la pobreza.

### **Sin justicia no puede haber felicidad**

No hay felicidad humana sin justicia. Carlos Díaz lo expresa con toda nitidez y valentía en este texto: «Como el ser humano convive con otros, no puede buscar su propia felicidad a expensas de la ajena, pues de este modo introduciría sufrimiento en el otro y a su vez el sufrimiento del otro se traduciría en malestar que a la larga le afectaría. Por eso no hay felicidad humana sin justicia. Los hombres podemos querer ser felices sin ser justos, pero no lo seremos, o si creemos serlo o sentimos que somos felices a costa de los demás, entonces no somos dignos de la felicidad».

Estoy plenamente de acuerdo con estas categóricas palabras del escritor y filósofo Carlos Díaz. Sin justicia no puede haber felicidad. Y si la hay no somos dignos de esta felicidad. No cabe felicidad cimentada sobre la indignidad, ni sobre el mero afirmarse a costa de los otros.

No seremos felices si no compartimos la suerte de los pobres, de los últimos. Felicidad y solidaridad caminan unidas. Más aún, solo seremos felices si somos de verdad solidarios. La felicidad no la encontraremos, dice Carlos Díaz, «ni en el poseer ni en el dominar, ni en el triunfar, sino lisa y llanamente en el amar y ser amado de forma gratuita, en querer a Dios y ser querido por Él, y en Él y desde Él quererse a sí mismo y querer a los hermanos».

### **La corrupción, una injusticia que no puede dejarnos indiferentes**

La corrupción no nos puede dejar indiferentes. Sobre todo la corrupción económica y política están haciendo un gran daño a la sociedad porque atentan contra el bien común.

A veces nuestra postura ante la corrupción consiste simplemente en mantenernos a distancia y en no querer saber nada de ella: es una actitud pasiva, no pocas veces cobarde e hipócrita, que no arregla nada y que al final puede

convertirnos en cómplices.

La corrupción es un cáncer que corroe el tejido social de un pueblo, y ante ella se impone una actitud combativa, de denuncia activa.

No es nada fácil luchar contra la corrupción porque es como un pulpo sinuoso que tiene muchas ramificaciones y que se escurre con gran facilidad. Para combatir eficazmente la corrupción hay que detectarla con precisión, definirla con exactitud y luego luchar decididamente contra ella para hacerla desaparecer. Solo así no nos contaminará ni nos atrapará con sus fauces. Además, luchar contra la corrupción también nos exige pensar y actuar honradamente.

### **Seamos radicales ante la injusticia**

Vive la justicia en el ritmo normal de la vida diaria. Primero evitando las injusticias, luego, comportándote justamente. No invoques la justicia, practícala.

¡Desgraciados los injustos! El profeta Mahoma, fundador del islam, decía: «Desgraciados los que miden mal; los que cuando otros miden, exigen medida llena, y cuando miden ellos, disminuyen la medida y el peso de los otros».

La injusticia es ante todo desigualdad, empleo sistemático de dos varas de medir, acaparamiento de derechos y olvido de deberes. Justicia, por el contrario, es igualdad, valoración equitativa, reconocimiento y práctica de derechos y deberes.

Seamos radicales contra la injusticia. El canciller alemán Willy Brandt afirmó: «Permitir una injusticia significa abrir el camino a todas las que siguen». Este pensamiento de Brandt es de un realismo extraordinario. Con las injusticias no se puede jugar, cuando se abre la puerta a una, se cuelan todas las demás. Así sucede sobre todo con la injusticia de la corrupción. Cuando se permite una corrupción, resulta muy difícil parar las otras.

No permitir una injusticia no es sinónimo de intransigencia o de intolerancia, sino de firmeza. Se trata de saber mantenernos firmes ante la injusticia y de no permitirla nunca, aunque a veces por debilidad caigamos en ella.

La injusticia consentida es un cáncer moral que poco a poco invade todo el cuerpo social, emponzoñándolo todo. Seamos radicales en no permitir nunca la injusticia.

Las injusticias sociales y, sobre todo, la injusticia de la corrupción económica es un terreno enormemente resbaladizo: cuando se empieza a transitar por él no se pueden prever las consecuencias.

Seamos radicales contra la injusticia, porque de lo contrario invadirá el cuerpo social, pervirtiéndolo y creando unas estructuras de pecado que a la vez generarán nuevas injusticias.

No seas injusto ni cometas injusticias. Este es el fundamento básico de la ética. La ética sin la justicia es un concepto vacío. Si valoras la ética, empieza por ser justo.

Y «si sufres injusticias, consuélate –como afirmaba el filósofo y matemático griego Pitágoras–, porque la verdadera desgracia es cometerlas».

La injusticia debe combatirse siempre, pero vale más sufrirla que cometerla. Montesquieu escribió: «Los más desgraciados no son los que sufren las injusticias, sino los que las cometen».

### **La justicia estricta puede ser una terrible injusticia**

A veces la justicia puede ser una gran «injusticia». François Mauriac escribió: «Lo más horrible de este mundo es la justicia separada de la caridad». Y Voltaire dijo: «Quien no es más que justo es duro».

La caridad nunca debe ser la tapadera de la injusticia, pero la justicia estricta, a palo seco, puede ser también una terrible injusticia. El poeta italiano del siglo XVIII Pietro Metastasio, afirma: «Si la justicia empleara todo su rigor, la tierra pronto sería un desierto... Sin la piedad, la justicia degenera en crueldad, y la piedad sin justicia es debilidad».

Es manifestación de gran sabiduría del corazón saber combinar justicia con caridad, piedad, misericordia, benignidad.

La justicia, como dice Cicerón, «es reina y señora de todas las virtudes». Todas las virtudes están comprendidas en la justicia, pero la justicia llevada demasiado lejos puede transformarse en la más espantosa de las injusticias.

Saber dosificar convenientemente justicia y caridad es un arte, un arte muy difícil que ayuda en gran manera a la humanización de la sociedad.

### **Saber conjugar debidamente fuerza y justicia**

Considero muy interesante este pensamiento de Pascal: «La justicia sin fuerza es impotente; la fuerza sin justicia, tiránica. Hay que conjugar, pues, fuerza y

justicia para lograr que todo lo fuerte sea justo, y lo justo, fuerte».

La justicia sin fuerza se queda en mero deseo, y al no cristalizar en realidad, no es capaz de transformar nada; su impotencia es manifiesta. Se hace necesaria una justicia fuerte, eficaz, que sea capaz de realizar aquello que es recto, dando a cada uno lo que le pertenece. El problema del hambre en el mundo, por ejemplo, clama justicia, pero, por desgracia, esta justicia no se realiza porque no hay ninguna organización ni institución internacional que logre erradicar de raíz esta cruel plaga.

La fuerza sin justicia, por el contrario, es arbitraria y con facilidad degenera en tiranía. La fuerza sin justicia no arregla nada, más bien estropea y degrada todo cuanto encuentra a su paso: es ciega, va a la deriva y desemboca en el caos.

Lo que importa de verdad –como dice Pascal– es «que todo lo fuerte sea justo, y lo justo, fuerte», porque si la fuerza es injusta es mero despotismo, y si la justicia es débil es simplemente un buen deseo. Y con buenos deseos no pueden solucionarse los graves problemas que hoy tiene planteados el mundo. El voluntarismo de la justicia sin fuerza no arregla nada. Sepamos ser fuertes y justos a la vez y en la adecuada medida.

## **La justicia y la paz, dos valores éticos complementarios**

La paz y la justicia son dos realidades inseparables. Pertenece al arzobispo brasileño monseñor Hélder Câmara el siguiente pensamiento lleno de realismo y sentido común: «No hay verdadera paz donde hay un hombre sin pan y sin techo». Cuando los derechos humanos más elementales no son respetados, la paz es una simple palabra, no una realidad. Esto nos descubre que la justicia es previa a la paz. O dicho de otra manera: la paz es el fruto de la justicia. Cuando los hombres y las mujeres pueden comer, disponer de un techo, vestir dignamente y adquirir una formación humana y profesional adecuada, se han colocado los sólidos fundamentos de la paz. Y cuando nosotros nos empeñamos de verdad para que esto sea posible, somos justos.

Una de las mejores definiciones de paz es, sin duda, esta del político mejicano del siglo XIX Benito Juárez: «La paz es el respeto al derecho ajeno». Cuando los derechos de los otros son respetados se consigue la verdadera paz. La paz es el fruto maduro de la justicia, y la justicia se logra cuando los derechos de los que conviven contigo son respetados. Si solo buscamos los derechos propios,

olvidando los ajenos, se crea una situación de injusto egoísmo que nos aleja cada vez más de la paz.

Si todos nos preocupáramos por los derechos de los demás, cumpliendo consecuentemente con nuestros deberes, se produciría en el mundo un clima de paz que cambiaría radicalmente su rostro.

La paz, por tanto, no es una situación estática y egoísta que fomenta mi bienestar individual, sino un trabajo constante que se esfuerza por respetar el derecho ajeno, lo que exige que yo cumpla con mis obligaciones, requiere de mí esfuerzo y lucha. La paz, por consiguiente, tiene un precio y si este precio no se paga, podrá haber quietud egoísta, pero no auténtica paz que siempre debe ser sinónimo de respeto al derecho de los otros.

Son constructores de la paz, por tanto, todos aquellos que luchan por la consecución de un mundo más justo y humano, los que trabajan por crear las condiciones socioeconómicas que la hacen posible. La auténtica paz más que una premisa es un resultado. La paz se obtiene cuando la persona humana es respetada, cuando sus derechos fundamentales se tienen en cuenta, cuando su promoción integral resulta posible.

Contemplemos la paz más como una meta difícil hacia la que debemos avanzar que como una realidad triunfalista ya poseída. Lo que de verdad importa es ser justos, preparando las condiciones que nos llevan a la paz.

Todo cuanto hagamos por un mundo más justo, solidario y humano representa una valiosa contribución a la paz. Y viceversa: la injusticia, la insolidaridad y los ataques a los derechos humanos alejan todavía más de nosotros la paz.

### **Sin justicia y sin libertad no hay paz**

En estas palabras de Juan Pablo II late todo un programa de actuación: «No hay paz sin justicia y sin libertad, sin un compromiso valiente para promover una y otra». El camino para llegar a la meta de la paz es la promoción de la justicia y de la libertad. Sin justicia y libertad, la paz es una caricatura.

Para que la paz sea sólida debe cimentarse sobre la justicia y la libertad. Son dos premisas ineludibles para llegar a la meta de la paz.

Hablar de paz en situaciones injustas y de esclavitud constituye un terrible sarcasmo. Por consiguiente, todo cuanto hagamos por una sociedad más justa y libre contribuye decididamente a la obra de la paz. Promover la justicia y la libertad es ya promover la paz, porque esta es el resultado lógico de las dos

primeras. Quien es de verdad justo y libre ya es un constructor de la paz.

La paz es el resultado lógico de una noble lucha por la justicia, la verdad, la libertad y la fraternidad, fundamentos del bien común. Donde reinan la injusticia, la mentira, la esclavitud y el odio no puede haber paz porque fallan las condiciones básicas para el desarrollo de la persona. La paz rechaza radicalmente todo lo que comporta discriminación y marginación del ser humano. Nunca puede ser sinónimo de cobardía o pasividad ante la defensa de la dignidad de la persona, cuyos derechos fundamentales son inviolables.

La paz exige el progreso integral de toda la persona y de todas las personas de la comunidad. Luchar, pues, por la paz significa optar decididamente por el bien común, es decir, trabajar para crear un conjunto significativo de condiciones humanas, económicas, culturales, morales y sociales que hagan posible que la persona humana pueda desarrollarse en plenitud.

Aisladamente es muy difícil conseguir la paz. Debe ser una conquista comunitaria, porque más que un bien individual es un bien estructural que beneficia a todos los miembros de la sociedad.

Nuestro rey, Juan Carlos I, en cierta ocasión afirmó: «La paz sin justicia es violencia silenciosa». Efectivamente, la paz sin justicia es una farsa. Puede aparentar tranquilidad, pero en realidad es un silencio violento o una violencia silenciosa. La paz genuina será siempre el fruto de la justicia: su efecto, no su premisa. El resultado de la justicia es, precisamente, la paz.

Con frecuencia se abusa de esta palabra y ya resulta gastada. Todo el mundo habla de paz y pocos la procuran sinceramente, trabajando por un mundo más justo, veraz, libre y fraterno. Soy partidario de hablar poco de la paz y de realizarla diariamente mediante el ejercicio de la justicia, la verdad, la libertad y la fraternidad. La paz no es un eslogan bonito, sino una realidad muy positiva que deriva de un trabajo constante y tenaz.

La violencia silenciosa (la falsa paz sin justicia) es un polvorín que en cualquier momento puede explotar.

Solo la lucha contra la pobreza conduce a la paz. Pensando en el Tercer Mundo, siempre he creído que la mejor manera de terminar con los conflictos es luchar contra la pobreza, porque la pobreza misma es ya un conflicto generador de muchos otros. La pobreza, sinónimo de miseria, es un flagrante atentado contra la dignidad humana. Quien no posee lo indispensable para vivir, es comprensible que estalle en reacciones de violencia, porque todos sus caminos están bloqueados.

Cuando en el Tercer Mundo se desencadena la violencia, la causa suele ser la

injusticia: desigualdades abismales entre ricos y pobres, falta de oportunidades para poder salir de la miseria, recursos escasos para alcanzar un nivel de vida digno. La violencia, sobre todo en los países empobrecidos, no se para predicando paz, sino con medidas socioeconómicas y políticas concretas que erradiquen la miseria y fomenten el desarrollo integral de las personas y de los pueblos.

La paz genuina, por tanto, siempre será el resultado de la lucha constante y tenaz contra la pobreza que esclaviza a las personas y humilla a los pueblos.

## **Cómo preparar y vivir la paz**

Si queremos la paz, preparémonos para la paz, abriendo el camino que a ella conduce. Si sesteamos, soñando con la paz, nunca la alcanzaremos. Para conseguirla, pongamos en marcha una adecuada pedagogía que nos ayude a cubrir gradualmente las etapas necesarias para llegar a ella.

La expresión clásica «si quieres la paz, prepara la guerra» va cayendo progresivamente en desprestigio, porque se fundamenta en un peligroso equilibrio que en cualquier momento puede romperse.

Hoy se hace necesario afirmar abiertamente: «Si quieres la paz, prepara la paz». Y preparar la paz no significa hablar mucho de paz, sino crear aquellas condiciones sociales y aquellas actitudes personales que la hagan posible. Preparar la paz nos exigirá luchar contra la mentira, la injusticia, el egoísmo y el espíritu agresivamente competitivo que alimenta continuamente el afán de «tener más», caiga quien caiga.

La paz corre el peligro de ser un vocablo demasiado amplio, genérico y grandilocuente, y lo que importa es que sea una realidad concreta, cotidiana y palpable.

Lo será:

- si contra el individualismo, damos en todo momento un testimonio de solidaridad con los que más sufren;
- si en vez de acaparar, compartimos;
- si contra la esclavitud del «tener egoísta», vivimos la libertad de «ser más» con los otros y para los otros;
- si contra la intolerancia, somos respetuosos para con todos, aunque no aceptemos sus ideas;
- si contra la venganza por una ofensa recibida, optamos por el perdón y la

reconciliación;

- si contra el abuso de la técnica, apreciamos los valores ecológicos y los bienes de la naturaleza;
- si contra la cobardía, nos comprometemos fielmente en la defensa de toda causa justa;
- si contra la mentira, damos ejemplo de amor a la verdad;
- si ante la conculcación de los derechos humanos, hacemos una denuncia profética coherente, respetándolos al máximo;
- si contra la pasividad, la inercia y la rutina, ejercemos la reflexión crítica y la creatividad;
- si contra el gregarismo de «todo el mundo lo hace», nos comportamos con sentido de responsabilidad;
- si contra el monólogo egoísta o el diálogo interesado, nos abrimos a la comunicación sincera con los demás.

Sin la vivencia diaria de estas actitudes, la paz será una realidad ficticia.

La paz es una palabra en busca de contenido, de un contenido sólido de verdad, justicia, libertad y fraternidad que debe reflejarse en la conducta de las personas que sinceramente la quieren construir. No olvidemos que la paz grande del mundo se apoya en los pequeños gestos de paz que cada uno de nosotros podemos diariamente llevar a cabo en la familia, en el grupo de amistad, en el trabajo, en el pueblo o en la ciudad.

La paz sin un sólido contenido de verdad, justicia, libertad y fraternidad es una palabra vacía y desprestigiada.

La paz, más que un punto fácil de partida es una meta difícil a la que solo se llega después de haber trabajado por una sociedad más veraz, justa, libre y fraterna.

La paz es una realidad exigente: implica un esfuerzo constante por la fraternidad universal y quiere que esta sea un hecho y no un simple deseo.

Ahora bien, la paz universal solo será una realidad tangible si la construimos personalmente y día a día, sin desfallecer.

### **Gandhi y King: dos hombres justos, no-violentos, que lucharon por la paz**

Mahatma Gandhi y Martin Luther King son dos paradigmas de la no-violencia

activa. Fueron dos hombres no-violentos que lucharon por la paz. Digo «lucharon» porque la paz es un objetivo difícil que solo se alcanza después de duras batallas contra la enfermedad, el analfabetismo, la miseria, la esclavitud, la injusticia, la mentira, el egoísmo...

Los dos mantuvieron una estrecha solidaridad con su pueblo y, desde el pueblo y con el pueblo, intentaron construir una convivencia pacífica basada sobre la verdad y la justicia, los dos primeros valores éticos.

Dedicaron toda su vida a la no-violencia activa y, paradójicamente, ambos acabaron sus días bajo el peso de la violencia.

Fueron dos líderes carismáticos que salieron en defensa de unos derechos humanos conculcados, y su lucha fue constante, tenaz, organizada y pacífica. Los dos, profundamente penetrados por un hondo sentido de la ética civil, estaban plenamente convencidos de que la violencia es una fuerza ciega e irracional que no arregla nada y que lo puede echar todo a perder.

Gandhi se propuso lograr la independencia de la India y unir a hindúes y musulmanes. Y King tuvo como principal objetivo despertar la conciencia política de la comunidad negra norteamericana y conseguir para los hombres y mujeres de color unos derechos civiles fundamentales.

Tanto Gandhi como King hicieron de la no-violencia activa una mística. No devolvieron a nadie mal por mal y vencieron al mal con el bien.

Gandhi (de religión hindú) y King (cristiano baptista) vivieron consecuentemente aquellas dos bienaventuranzas que dicen: «Dichosos los no violentos, porque heredarán la tierra» y «dichosos los que trabajan por la paz, porque se llamarán hijos de Dios» (Mt 5,5-9).

Ellos captaron plenamente el difícil mensaje de aquellas palabras de Jesús a sus discípulos: «No hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; al que quiere ponerte pleito para quitarte la túnica, déjale también la capa; a quien te fuerza a caminar una milla, acompáñalo dos; al que te pide, dale; y al que quiere que le prestes, no le vuelvas la espalda» (Mt 5,39-42).

El pensamiento y la actuación de Mahatma Gandhi fueron el principio de todo el movimiento no-violento del siglo XX. Místico, profeta, filósofo y político a la vez, hizo de la no-violencia activa la razón de su existencia. El papa Juan Pablo II, en su visita a la India, destacó su grandeza de alma y sus principales valores morales.

La no-violencia de Gandhi no es cobardía ni pasividad ante situaciones injustas, sino un medio pacífico de lucha eficaz. Los elementos esenciales de esta

lucha son: el dominio de sí mismo, la purificación interior y el sacrificio, que solía llevar a la práctica mediante el ayuno y la contemplación.

Gandhi, al explicar el significado de la no-violencia, decía estas palabras que reflejan fortaleza y a la vez exquisita finura de espíritu: «El principio de la no-violencia se infringe con los malos pensamientos, con todo apresuramiento injustificado, con la mentira en todas sus manifestaciones, el odio, deseando males al prójimo. Se la viola igualmente al retener para sí lo que necesitan los demás hombres. La no-violencia, en su forma activa, es buena voluntad hacia todo lo que vive. Es perfecto amor. Es dar al prójimo el mayor número de ventajas a cambio de inconvenientes, aunque arriesguemos nuestra vida. No es solo no matar, sino el no causar sufrimiento o destruir la vida, ya sea por cólera, bajo el imperio del egoísmo o por el deseo de hacer el mal».

Y en cierta ocasión se propuso este programa de vida:

«Me esforzaré con toda humildad:  
en amar, ser veraz, honesto y puro;  
en no poseer nada de lo que no tenga necesidad;  
en merecer mi salario por mi trabajo;  
en estar siempre alerta sobre lo que bebo y como;  
en ser siempre audaz;  
en respetar las otras religiones como la mía.

Y siempre procuraré ver lo bueno en mi prójimo. Seguir fielmente la liberación. Y ser un hermano para todos mis hermanos».

Mahatma Gandhi, desde 1893 hasta 1914, trabajó en Sudáfrica, y el objetivo principal de su lucha fue la defensa de los derechos de la minoría hindú. El resto de su vida, hasta el 30 de enero de 1948 en que fue asesinado, lo pasó en la India, trabajando tenazmente para conseguir la independencia de su país. El último mensaje de Gandhi fueron estas poéticas palabras llenas de fuerza y esperanza, fiel reflejo de lo que fue su vida:

«Ya te sientas fatigado o no, ¡oh hombre!, no descanses;  
no ceses en tu lucha solitaria,  
sigue adelante y no descanses.  
Caminarás por senderos confusos y enmarañados  
y solo salvarás unas cuantas vidas tristes.  
¡Oh hombre!, soporta todas esas cargas, no descanses.  
Salta sobre tus dificultades  
aunque sean más altas que las montañas,  
y aunque más allá solo haya campos secos y desnudos.

¡Oh hombre!, no descanses hasta llegar a esos campos.  
El mundo se oscurecerá y tú verterás luz sobre él  
y disiparás tinieblas.  
¡Oh hombre!, aunque la vida se aleje de ti, no descanses.  
¡Oh hombre!, no descanses;  
procura descanso a los demás».

La vida y la obra de Martin Luther King puede sintetizarse en esta frase: «Porque amó, luchó y luchó de una forma no violenta». Luchó contra la injusticia –llámese esta segregación, incultura o miseria económica– desde el principio de la no-violencia, como única forma de lograr amar al mismo tiempo a los que aceptan y mantienen la injusticia, y a los que la sufren.

El 10 de diciembre de 1964, King, en su discurso de aceptación del Premio Nobel de la Paz, decía: «Acepto este premio ya que representa un profundo reconocimiento de que la no-violencia es la respuesta a las cruciales cuestiones políticas y raciales de nuestro tiempo».

King, a medida que iba leyendo las obras de Gandhi, se iba sintiendo profundamente fascinado por sus campañas de resistencia pacífica. A medida que penetraba en la filosofía de Gandhi, su escepticismo respecto al poder del amor decrecía gradualmente, al percibir que la doctrina cristiana del amor, actuando a través del método gandhiano de la no-violencia, es una de las armas más potentes de las que dispone un pueblo oprimido en la lucha por la libertad. Cristo le proporcionó el espíritu y la motivación. Gandhi, la estrategia.

El amor es la base del método revolucionario de King. El amor no solo hacia el negro, sino también hacia el blanco. El sistema que ha desterrado la personalidad y herido el alma del negro, ha perjudicado también la personalidad del blanco, dándole un falso sentido de superioridad, del mismo modo que da al negro otro de inferioridad. Ambos, por tanto, necesitan ser liberados.

El pastor baptista King en uno de sus sermones predicados en la ciudad de Montgomery (Alabama/USA), con motivo del famoso boicot a los autobuses, dirigiéndose a la población de color afirmaba: «Debemos trabajar infatigablemente para conseguir nuestra plenitud como ciudadanos, pero que nunca pueda decirse, amigos míos, que para ganarla tuvimos que utilizar procedimientos despreciables como la falsedad, la malicia, el odio o la violencia. Devolver odio por odio multiplica el odio y contribuye a que la oscuridad de una noche que ya no tiene estrellas sea más intensa todavía».

Martin Luther King nunca intentó resolver los graves problemas sociales de sus hermanos de color por medio de la violencia vengativa, viviendo

coherentemente las bienaventuranzas y el capítulo 25 del evangelio según san Mateo. Poco antes de ser asesinado, nos dejó en herencia esta admirable página que es como la síntesis de toda su vida:

«Me gustaría que alguien contase,  
en el día de mi muerte,  
que Martin Luther King trató de vivir  
en el servicio al prójimo.  
Me gustaría que alguien dijera aquel día  
que Martin Luther King trató de amar a alguien.  
Ese día quiero que podáis decir que  
traté de ser justo y que quise caminar junto a  
los que actuaban en justicia,  
que mi empeño lo puse en dar de comer al hambriento,  
que siempre traté de vestir al desnudo.  
Quiero que digáis ese día que  
dediqué mi vida a visitar a los que sufren en las cárceles.  
Y quiero que digáis que  
intenté amar y servir a los hombres.  
Sí,  
y, si queréis,  
decid también que fui un heraldo,  
decid que fui un heraldo de la justicia,  
decid que fui un heraldo de la paz,  
decid que fui un heraldo de la equidad.  
Y todas las otras cosas superficiales  
(Premio Nobel de la Paz)  
no tendrán importancia.  
No tendré dinero para dejar cuando me vaya.  
No dejaré tampoco las comodidades y los lujos de la vida,  
porque todo lo que quiero dejar a mi partida es  
una vida de entrega.  
Y eso es lo que tengo que decir:  
si a alguien pude ayudar al encontrarnos a lo largo del sendero,  
si a alguien pude hacerle ver que había escogido el mal camino,  
entonces  
mi vida no habrá sido en vano.  
Si consigo cumplir mis deberes  
tal como debe cumplirlos un cristiano,  
si consigo llevar la salvación al mundo,  
si consigo difundir el mensaje que difundió el Maestro,  
entonces  
mi vida no habrá sido en vano».

**Un interrogante que debe inquietar a los cristianos**

Hace tiempo que me planteo este serio interrogante: ¿por qué la lucha más intrépida por la justicia en el mundo, aunque a veces de forma violenta, ha estado casi siempre ligada a la ideología y al programa de una radical negación de Dios? O formulada esta misma pregunta de otra manera: ¿por qué los creyentes en Dios no hemos estado siempre en primera línea a la hora de defender los grandes valores de la justicia, la igualdad, la libertad, la fraternidad?

La Iglesia y cada uno de sus miembros no podemos ser neutrales en la defensa de la justicia. No olvidemos las clarividentes palabras del Sínodo Mundial de los Obispos, del año 1971: «La acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presentan claramente como una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio, es decir, de la misión de la Iglesia...».

La Iglesia, por encima de toda dialéctica partidista y respetando la sana autonomía de las realidades políticas, sociales y económicas, ha de salir siempre en defensa de la justicia y especialmente de los más marginados de nuestra sociedad.

### 3

## SER RESPONSABLE

Sin responsabilidad no hay ética. El médico y teólogo protestante alemán Albert Schweitzer, Premio Nobel de la Paz en 1952, escribió: «La ética significa ensanchar sin límites la responsabilidad frente a todo lo que existe». Pienso que es muy acertado definir la ética como «responsabilidad». Sin responsabilidad no hay ética.

El hombre ético es el que se sabe responsable frente a todo lo creado. Ninguna cuestión le es extraña. Se interesa por todos los grandes temas de la humanidad y procura darles una respuesta adecuada.

El hombre ético se identifica con aquella famosa expresión del comediógrafo latino, de origen africano, Publio Terencio: «Soy hombre. Nada humano me es indiferente».

Hoy, más de veinte siglos después, ojalá supiésemos asumir plenamente esta misma expresión: «Nada humano me es indiferente». Ojalá sintiésemos como propias las alegrías y las miserias de la humanidad.

No permanezcamos indiferentes ante las grandes conquistas ni ante las lacras humanas. Alegrémonos del enorme desarrollo científico-técnico que ha experimentado la sociedad, de las grandes obras artísticas y culturales que han producido los hombres, de las proezas humanas realizadas a lo largo de la historia, del gran progreso que se ha producido en el campo de los derechos humanos. Pero a su vez rechazamos la plaga del hambre que todavía diezma extensas zonas del Tercer Mundo; que millones de personas en el mundo todavía no sepan leer ni escribir; que los países ricos del mundo occidental permanezcan insensibles ante la miseria radical de los pueblos del hemisferio sur; que todavía no sean suficientemente respetados los derechos fundamentales de las personas y de los pueblos.

Lo más distante de un serio planteamiento ético es precisamente la irresponsabilidad, que lo hace inviable. La irresponsabilidad no respeta los valores éticos y simplemente se deja llevar por el instinto egoísta. El irresponsable no se formula nunca la pregunta: ¿qué debo hacer?, simplemente vive. Por el contrario, el hombre responsable y ético vive de la pregunta: ¿qué debo hacer?, y procura darle una respuesta coherente.

Saber responder a la tarea que se me ha encargado o al deber que he asumido

libremente significa ser responsable. Responsabilidad es un vocablo cargado de valor ético e irresponsabilidad es una de las taras morales que más ensombrecen la sociedad actual. Vivimos en el mundo de la chapuza. Los fallos contra la responsabilidad son, por desgracia, frecuentes. La ligereza, la desidia y la poca seriedad profesional son manifestaciones patentes de irresponsabilidad. Cuando la irresponsabilidad se instala en la sociedad, esta resulta insegura y carece de estabilidad. Sin sentido de responsabilidad resulta muy difícil poder organizar adecuadamente nuestra sociedad: la cohesión social queda bloqueada y prevalecen el egoísmo y el capricho.

Además de veraces y justos debemos esforzarnos por ser responsables. Sin responsabilidad, la verdad y la justicia se desvanecen.

La responsabilidad es la conducta coherente con los valores de la verdad y la justicia. Y la irresponsabilidad, un grosero egoísmo que fastidia la vida del prójimo. Si actúo irresponsablemente, el primer perjudicado es el otro. Si no respondo a lo que me he comprometido, soy un irresponsable y contribuyo al desorden de la sociedad, que a su vez influye en el incumplimiento de mis responsabilidades.

Si al iniciar la jornada, nos preguntásemos cuáles son nuestras principales responsabilidades y las cumpliésemos, nuestra sociedad cambiaría radicalmente.

Si la responsabilidad personal falla, nada se sostiene; la sociedad resulta ingobernable y la autoridad democrática queda desbordada.

### **También somos responsables de lo que dejamos de hacer**

La responsabilidad se extiende no solo a lo hecho, sino también a lo que se debería hacer. Nosotros no solo somos responsables de lo que hacemos, sino también de los compromisos que hemos asumido libremente. La responsabilidad no debemos extenderla simplemente a nuestros actos, sino también a las tareas que en un momento dado hemos asumido libremente.

La responsabilidad no solo debe recaer en nuestra profesión, sino también en la vocación que con libertad hemos decidido seguir.

Debemos ser también responsables, es decir, responder, rendir cuentas de las decisiones que un día libremente tomamos. De los proyectos aceptados con libertad también debemos responder. No basta examinarnos sobre lo hecho, también debemos hacerlo sobre lo que nos propusimos hacer y todavía no hemos

hecho.

Hay responsabilidades que no examinamos y, no obstante, tienen mucha importancia. Los padres de familia, por ejemplo, no son responsables solamente de lo que hacen en casa, de sus actos en familia, sino también y, sobre todo, de la labor que deberían hacer en el campo educativo y todavía, por pereza o desgana, no han realizado.

Sobre lo que dejamos de hacer también recae nuestra responsabilidad. A veces aceptamos sin protestar dichos o hechos ante los cuales no podemos quedar impasibles. Quedarnos de brazos cruzados ante ellos significa contradecirnos. Ante la mentira y la injusticia no podemos callar. Nuestra responsabilidad no se extiende solamente a lo que hacemos, sino también a lo que deberíamos hacer y no hacemos por pereza o cobardía.

¡Cuántas veces callamos y deberíamos hablar! ¡Cuántas veces nos quedamos pasivos y deberíamos actuar! Y de esto no solemos sentirnos responsables, de esto no solemos rendir cuentas.

La omisión también es antiética. Sobre la omisión también recae la responsabilidad.

### **Verdad, justicia y responsabilidad, una trilogía inseparable**

La responsabilidad es una pieza clave de la ética civil. La veracidad y la justicia se hacen realidad a través de la responsabilidad. Una persona responsable es la que se esfuerza por vivir veraz y justamente. Verdad, justicia y responsabilidad forman una trilogía ética inseparable. Se complementan mutuamente. Sin verdad y justicia, la responsabilidad resulta vacía. Y la verdad y la justicia, sin la responsabilidad, son simples principios abstractos, mera teoría que no encuentra un aterrizaje práctico.

La responsabilidad es una posición radicalmente ética que actúa de quicio en todo este decálogo. La persona veraz y justa suele actuar responsablemente. Y quien de verdad es responsable, actúa solidariamente, es tolerante, sabe respetar a los demás, trabaja honradamente, mantiene la palabra dada, sabe ser crítico, sin ser amargo, y está abierto a la utopía, una utopía que se esfuerza por construir un mundo mejor. Ser responsable es una virtud eminentemente ética que favorece y dinamiza todas las demás acciones éticas. La responsabilidad es la puerta que nos introduce en las demás dimensiones éticas.

Todos podemos tener excelentes principios morales e ideas nobles y generosas, pero lo que importa es que nuestra conducta esté en consonancia con estos principios y con estas ideas.

La coherencia es la piedra de toque de nuestra actuación ética. Sin coherencia entre pensamiento y conducta, nuestra vida no es auténtica: es una mentira ambulante que no conduce a nada. Sin coherencia, nuestra manera de ser y de actuar no convence.

### **Porque somos libres se nos puede pedir responsabilidad**

«Somos responsables, porque somos libres.» Es muy importante este pensamiento del filósofo Jaume Balmes. Gracias a la libertad se nos puede pedir responsabilidad. Sin libertad seríamos simples robots a los que no se nos podría exigir nada. La libertad, a la vez que es un gran don de Dios, es también una gran exigencia. Debido a ella se nos puede pedir responsabilidad.

Si queremos personas responsables, primero debemos educarlas en la libertad. El que no es verdaderamente libre no puede ser responsable.

Hay padres que quisieran que sus hijos fueran muy responsables, pero no se han preocupado por educarlos en la libertad. Sin genuina libertad, la responsabilidad no se da. Una persona permanentemente dependiente no puede ser responsable. Si los padres quieren que sus hijos actúen corresponsablemente, deben perder el miedo a educarlos en un margen amplio de libertad. Ello entraña un riesgo, pero si no se corre, sus hijos nunca madurarán ni podrán ser realmente libres.

Educar en libertad es educar para la corresponsabilidad. No hay otra alternativa: solo se llega a la responsabilidad por la libertad.

La libertad implica responsabilidad. George Bernard Shaw, escritor irlandés, Premio Nobel de Literatura en 1925, al final de su vida se convirtió en una especie de mito universal del inconformismo, y en cierta ocasión escribió: «La libertad significa responsabilidad, por eso le tienen tanto miedo los hombres».

Sin duda son muchos los que temen a la libertad porque, en definitiva, implica responsabilidad y la responsabilidad da miedo. Cuando eres verdaderamente libre es cuando tienes capacidad de elegir, y la elección exige siempre responsabilidad. Hay personas a quienes asusta la libertad y prefieren ser súbditos y que alguien decida por ellos. Es una posición cómoda, pero cobarde, propia de espíritus

apocados.

No temamos a la libertad y usémosla responsablemente. Solo siendo libres podemos crecer y madurar como personas responsables. Sin libertad, la persona humana queda gravemente mutilada.

La libertad nos engrandece pero a la vez nos responsabiliza. Somos libres, pero debemos responder de esta libertad y ser gestores fieles y diligentes de la creación, preservándola y perfeccionándola. En esta libertad radica la dignidad de la persona humana, una dignidad que nada ni nadie puede agredir.

Ahora bien, también la causa del mal del hombre es el hombre libre. Plinio el Viejo, escritor romano, es el autor de esta sabia y concisa sentencia: «El mayor número de males que padece el hombre provienen del hombre mismo».

Cuando pienso en las grandes lacras que padece hoy la humanidad a lo largo y ancho del mundo: guerras, terrorismo, hambre, analfabetismo, explotación, racismo, drogadicción, delincuencia, etc., caigo en la cuenta de que las causas que las han provocado no son la naturaleza ni la fatalidad. No, estos males provienen del hombre mismo. El hombre y la mujer, con su inteligencia y voluntad libres, son los causantes principales de los males que padece la humanidad.

Para remediar los males que hoy padece el mundo, la pieza clave es el hombre y la mujer, radicalmente convertidos, capaces de vencer el mal con el bien. ¡Cuántos problemas podrían solucionarse en la sociedad de hoy si el bien que todos llevamos dentro venciera al mal que también anida en nuestro corazón!

El mal del mundo no está desvinculado de la responsabilidad humana. «Toda mala palabra que decimos envenena el aire. Toda mentira, toda violencia penetra en la existencia y produce más honda confusión. Los hombres mismos somos los que hemos convertido la vida en lo que es, de modo que no es honrado que luego nos levantemos a decir que Dios no puede ser bueno si todo va así.» De este pensamiento de Romano Guardini me han llamado poderosamente la atención estas palabras: «Los hombres mismos somos los que hemos convertido la vida en lo que es». Ciertamente, la mayoría de los males que existen en el mundo son atribuibles a la libre responsabilidad del ser humano. Los gravísimos problemas que hoy tiene planteados la humanidad: hambre, enfermedades endémicas, analfabetismo, niveles infrahumanos de miseria, violencia, guerras, terrorismo..., no son fruto de la fatalidad ni simples resultados de una naturaleza indomable.

Lo que de negativo hemos producido los hombres y mujeres no debemos echárselo en cara a Dios. Nosotros somos los únicos responsables y solo una consecuente y realista conversión o cambio radical (personal y comunitario) puede cambiar la injusta situación de la actual sociedad.

## **La responsabilidad es connatural a la autoridad**

El político británico Winston Churchill solía decir: «La responsabilidad es el precio de la grandeza».

A veces he visto a personas importantes que ocupan puestos destacados de autoridad quejarse de la gran responsabilidad que recae sobre ellos. Recordar las palabras de Churchill no les vendría mal: «La responsabilidad es el precio de la grandeza».

Si la responsabilidad no fuera el precio de la grandeza, esto sería la sopa boba. Grandeza, honores, prestigio, privilegios, y ninguna responsabilidad. ¡No! Tiene razón Churchill. Y a los que ocupan puestos destacados hay que exigirles responsabilidad. Y «responsabilidad» proviene del verbo «responder». Sí, deben «responder», rendir cuentas, arrimar el hombro. No pueden disfrutar de «las maduras» sin estar en «las duras».

La responsabilidad es connatural al mando, a la autoridad, a la grandeza. Autoridad sin responsabilidad sería arbitrariedad, despotismo, capricho. Y esto en una sociedad democrática no se puede tolerar.

## **El que cumple responsablemente con su deber ayuda a construir un mundo mejor**

El que cumple responsablemente con su deber, ayuda a mejorar el mundo. Charles Kingsley afirma: «La única forma de regenerar el mundo es que cada uno cumpla con el deber que le corresponda». La responsabilidad en el cumplimiento del propio deber es un camino certero para regenerar el mundo.

Si somos responsables en el cumplimiento del propio deber, contribuiremos eficazmente a la construcción de un mundo mejor. El mundo no puede mejorar si cada uno de los que lo formamos no mejora, si no cumple con su deber en las diferentes esferas en las que vive y trabaja.

El mundo, la sociedad son abstracciones. Los sujetos reales son las personas concretas que lo/la componen. Son las personas que con inteligencia autónoma y voluntad libre hacen bueno o malo el contexto en el que viven y trabajan. Y luego este contexto influye sobre las personas facilitando u obstaculizando su actuación ética.

La mejora del mundo no es viable si no cambian las personas que lo componen. Es verdad que también debemos luchar por cambiar las estructuras, pero no olvidemos que estas no son más que cristalizaciones de actuaciones humanas.

Cuentan que un soldado alemán, ante el absurdo de la segunda guerra mundial, dijo: «Que se pare el mundo, que yo me apeo». Fue tal el horror de aquella guerra que no me extraña que un soldado inocente, ante semejante barbarie, fruto del fanatismo absurdo, reaccionara de forma tan sinceramente radical.

Cuando uno contempla la sociedad actual y detecta tantas lacras e injusticias, provocadas en gran parte por el egoísmo de los hombres, corre el peligro de caer en la tentación del desánimo y de pronunciar aquella misma frase del soldado alemán: «Que se pare el mundo, que yo me apeo».

Pero no podemos apearnos del tren del mundo. Todos somos en cierta manera causa y efecto de sus males, y debemos sentirnos corresponsables de sus problemas y darnos cuenta –como dice Juan Pablo II en su encíclica social *Sollicitudo rei socialis*– de que tenemos «un destino común que construir juntos si se quiere evitar la catástrofe para todos» (SRS 26).

Si nos bajamos del tren del mundo, abdicamos de nuestra responsabilidad ciudadana y de nuestra esperanza cristiana, que es la que nos asegura que, al final de la historia, el bien triunfará sobre el mal, el amor sobre el odio y la vida sobre la muerte.

### **La corresponsabilidad significa ser responsable juntamente con otros en una tarea común**

Hablando de responsabilidad, debemos abordar también, finalmente, el tema de la «corresponsabilidad». Ser corresponsable significa ser responsable, juntamente con otros, en una tarea común.

La corresponsabilidad no significa transferencia de responsabilidades, sino adecuada repartición de las mismas en un clima de unidad. Solo desde la unidad puede conseguirse la corresponsabilidad.

Ser corresponsable supone la capacitación y la tarea, la obligación y el derecho de compartir con otros aquellas funciones, decisiones y acciones que se refieren, afectándolo, a un determinado orden de la realidad.

La realización de la corresponsabilidad implica asumir, aceptar y coordinar

armónica y eficazmente la propia responsabilidad con la de los demás, de modo que, ordenando y distribuyendo las acciones entre los diversos corresponsables, se realice el objetivo o la finalidad sobre la que se actúa responsablemente.

La corresponsabilidad se opone, sobre todo, a la indiferencia, a la pasividad, al absentismo, a la pereza, a la indolencia, pero también al acaparamiento, a la marginación, al «orden y mando», a la imposición, al exclusivismo; y a la vez exige interés por colaborar, actividad comunitaria y solidaria, capacidad para el diálogo, compartir, unión armónica, compromiso grupal con los trabajos comunes.

Corresponsabilidad significa responsabilidad compartida, y responsabilidad quiere decir dar respuesta, arrimar el hombro. El que de verdad arrima el hombro y sabe ofrecer un servicio sincero y diligente, ejerce la verdadera corresponsabilidad.

Sin un mínimo de institucionalización, la corresponsabilidad es simplemente una palabra que suena muy bien o una moda pasajera. Solo cuando comencemos a actuar corresponsablemente en nuestras instituciones, tendremos una sociedad más corresponsable.

La corresponsabilidad, además, exige disciplina y eficaz colaboración. Solo son corresponsables los que saben actuar responsablemente en su ámbito personal. La colaboración con los otros (la corresponsabilidad) no resulta viable si uno no posee el sentido de la responsabilidad personal. El que no sabe «responder» ante sí mismo, difícilmente sabrá «responder» ante los otros. No hay «corresponsabilidad» sin «responsabilidad». Solo las personas responsables saben actuar con los otros de forma corresponsable.

## SER TOLERANTE

La tolerancia no es simple transigencia, indiferencia o indolencia. Por tolerancia entiendo lo contrario de intransigencia. La persona intransigente es dura y antidemocrática, piensa poseer la verdad sin los otros, y no pocas veces la impone. La persona tolerante, en cambio, desde una posición humilde, respeta a los demás y, juntamente con ellos, busca la verdad.

La tolerancia y el respeto no son actitudes éticas pasivas, sino activas y dinámicas. Tolerar no es transigir sino respetar, respetar a los otros porque tienen la dignidad de personas, porque poseen valores que me pueden enriquecer y complementar, porque buscan objetivos solidarios con los que yo también puedo colaborar.

La tolerancia y el respeto no son sinónimo de cobardía, sino de talante abierto y acogedor que valora al otro por el mero hecho de ser persona.

Tolerancia es ante todo respeto hacia el otro. Respetar las ideas de los demás es la única manera de conseguir que se respeten las nuestras. La verdadera tolerancia precisamente es esto: respeto por las ideas de los otros, aunque no las compartamos.

El valor ético de la tolerancia no es una actitud pasiva, ni mucho menos cobarde, que consista en renunciar a las propias ideas. Tampoco quiere decir debilidad, falta de carácter o escasa firmeza en los planteamientos; tolerancia no es permisividad, no es derrota camuflada, no es abulia moral, no es pasotismo. Es ante todo respeto. El valor de la tolerancia no impide en ningún momento la manifestación clara y decidida de las propias convicciones. La persona tolerante sabe afirmar sus puntos de vista sin arrasar los ajenos. Tolerancia significa considerar que una parte del bien y de la verdad también está en el otro, aunque piense de distinta manera a la mía.

La tolerancia es una elegante y noble actitud que reconoce y acepta de buen grado el bien y la verdad que pueda haber en el otro, que precisamente no es mi amigo, sino una persona distinta y distante respecto a mi manera de ser y de pensar.

La tolerancia es la base fundamental de la convivencia en paz. El fomento de la intransigencia, en cambio, es el inicio del fanatismo y de la guerra absurda. Las guerras no son más que la ruptura violenta del principio de la tolerancia y la

puesta en marcha de la intransigencia y del fanatismo.

Seamos tolerantes con los que discrepan de nosotros en estilo de vida, ideología y religión; también en ellos hay elementos de bien y de verdad que vale la pena respetar y valorar; y, más aún, si logramos entablar con ellos un fructífero diálogo, podemos salir humana y moralmente muy enriquecidos.

Hoy en día la intolerancia o la intransigencia y la falta de respeto hacia los otros constituyen defectos graves de la sociedad actual. Las manifestaciones de intolerancia o intransigencia son múltiples y variadas: orgullo, imposición, «orden y mando», conculcación de derechos, violencia, terrorismo.

### **Cántico a la tolerancia y rechazo de la intransigencia**

El pluralismo existencialmente vivido y aceptado, nos lleva a la tolerancia. La tolerancia es una cualidad cívica muy importante que en una sociedad democrática se hace cada vez más necesaria.

Ser tolerante significa saber respetar todas las actitudes, las ideas y los programas que intentan construir el bien común.

En el campo político, tolerancia quiere decir auténtico espíritu democrático. Y en el campo religioso, significa profundo respeto por todas las creencias.

Un hombre tolerante, en política, es un demócrata que sabe que tiene adversarios pero no enemigos; que es plenamente consciente de que «partido» proviene de «parte», y que una parte no lo puede monopolizar todo. A la ciencia política nadie la posee en exclusiva. Una persona de verdad tolerante, por tanto, es siempre una persona básicamente humilde y sanamente relativizadora.

Y un hombre tolerante, en religión, admite de buen grado el pluralismo y quisiera que siempre fuese respetado el principio fundamental de la libertad religiosa, que consiste en que nadie sea coaccionado a creer, pero que toda persona pueda creer. El tolerante de verdad, también comprende que el Estado sea aconfesional y rechaza todo planteamiento que conduzca a un nacionalcatolicismo, es decir, a una identificación entre la esencia de la nacionalidad española y el catolicismo. Hoy, las diversas fuerzas políticas de España, en términos generales, desean la laicidad (no confesionalidad) del Estado, sin actitudes ni gestos agresivos en el terreno religioso; desean, además, un respeto mutuo entre la Iglesia y el Estado, dentro del marco de un verdadero Estado de derecho; y quieren, finalmente, que se aplique de forma adecuada el

principio de la libertad civil en materia religiosa.

Lo contrario de la tolerancia es la intransigencia. Un intransigente es un hombre herméticamente cerrado en sus razonamientos y, a veces, en sus prejuicios, que piensa poseer en exclusiva la verdad y por eso la impone a todos. El absolutismo es la torre de marfil donde se refugia el intransigente.

Esta tipología sociológica, *tolerancia-intransigencia*, no la encontramos en estado químicamente puro en la realidad cotidiana, pero su uso nos ayuda a estudiar con más precisión sus concretas manifestaciones. Veamos, seguidamente, la multiplicidad de matices que pueden revestir. Las líneas que siguen a continuación vienen a ser un *cántico a la tolerancia y un rechazo a la intransigencia*:

- La tolerancia admite y quiere positivamente la diversidad. La intransigencia impone la uniformidad.
- La tolerancia respeta todas las ideas, aunque no siempre las comparta. La intransigencia se cierra en su dogmatismo, sin admitir los planteamientos de los demás, más aún, teniendo por enemigo a todo aquel que no piense igual.
- La tolerancia se mueve en una atmósfera de libertad. La intransigencia le tiene miedo.
- La tolerancia es sanamente relativizadora ante todas las realidades humanas. La intransigencia dogmatiza su postura como la única válida.
- La tolerancia hace lo que puede en cada momento. La intransigencia se aferra al maximalismo del «todo o nada».
- La tolerancia sabe perder. La intransigencia hace de la derrota una tragedia.
- La tolerancia admite la crítica. La intransigencia no la soporta.
- La tolerancia está abierta al cambio. La intransigencia piensa que toda época pasada fue mejor.
- La tolerancia busca la verdad con los otros. La intransigencia piensa poseer la verdad sin los demás.
- La tolerancia se abre a todos y a todo; el diálogo no le da miedo, más aún, es su cauce normal de conducta. La intransigencia se cierra dentro del monólogo o dentro del diálogo interesado con los que piensan igual.
- La tolerancia es humilde y nunca exhibe su autosuficiencia. La intransigencia es orgullosa e impone su prepotencia.
- La tolerancia posibilita la convivencia democrática. La intransigencia es esencialmente revanchista.
- La tolerancia quiere la paz, fundamentada sobre la justicia y la verdad. La

intransigencia fomenta la guerra, porque cree que sus argumentos son tan válidos y contundentes que pueden imponerse por la fuerza de la violencia verbal o de las armas.

- La tolerancia tiene como «evangelio secular» la Declaración Universal de Derechos Humanos. La intransigencia se rige todavía por la ley del Talión.
- La tolerancia se mueve elegantemente en un contorno secular y pluralista. La intransigencia prefiere el ámbito sectario «dogmatista».
- La tolerancia es acogedora. La intransigencia rechaza a todos los que no comulgan con sus ideas.
- La tolerancia adopta una respetuosa postura crítica ante el pasado y está abierta a las realidades presentes y futuras. La intransigencia canoniza «su» pasado y se cierra ante las realidades actuales y ante la líneas de futuro que no coinciden con sus puntos de vista.

Con estos binomios tipológicos he pretendido tan solo señalar hacia dónde se dirige nuestra sociedad, cada vez más pluralista y tolerante. Soy plenamente consciente de que el cuadro sociológico real de nuestro país no es tan simple ni está tan bien delimitado. España no está estructurada en dos bloques: los tolerantes y los intransigentes. La realidad española es mucho más compleja. Ahora bien, lo que es cierto es que la fisonomía del futuro será siempre más pluralista y tolerante. Ahora ya podemos afirmar que tenemos un pluralismo de hecho y, a medida que pase el tiempo, será cada vez más reconocido oficialmente. Poco a poco nos iremos dando cuenta de que no todas las personas son iguales, ni todas piensan de la misma manera.

### **La tolerancia considera la democracia como un régimen de opiniones relativas**

La tolerancia nos invita a considerar la democracia como el régimen de las opiniones relativas. Se ha hecho famosa esta frase del escritor mejicano, premio Nobel de Literatura, Octavio Paz: «La democracia es el régimen de las opiniones relativas». Ciertamente, en una democracia sobran los dogmatismos y las opiniones absolutas no encuentran sitio.

En una democracia nadie puede imponer su opinión sobre la de los demás. Las opiniones son libres y relativas, y esto resulta enormemente saludable.

En una democracia nadie tiene la exclusiva de la verdad. Las opiniones son

múltiples y diversas y, consecuentemente, relativas. En una dictadura, en cambio, muchas opiniones se imponen por la fuerza porque se consideran absolutas e indiscutibles.

Es saludable la democracia porque nos brinda una cura de humildad: nuestra opinión debe ser contrastada con la de los demás y, por ser relativa, tiene necesidad de ser enriquecida por la de los otros.

La democracia no es un régimen político perfecto, sin defectos, pero éticamente es muy superior a la dictadura porque las opiniones se pueden expresar con libertad y en ningún momento pretenden ser absolutas.

### **La culpa de los problemas que padecemos no la tiene la democracia**

En estos últimos años (1977-2004), España ha protagonizado uno de los cambios más espectaculares de su historia. Ha optado con firmeza por la democracia, es decir, por una convivencia cívica en paz y en libertad.

Y la democracia es aquella forma de gobierno en la que el pueblo no solo es el sujeto pasivo (gobernado), sino también el sujeto activo (quien gobierna), mediante sus representantes libremente elegidos, y procurando siempre el bien de todo el pueblo.

Las instituciones jurídicas básicas que garantizan la democracia son las siguientes:

- a) elecciones libres: sufragio universal, directo y secreto;
- b) la existencia de una Constitución que defina y delimite la autoridad del poder legislativo, ejecutivo y judicial, y al mismo tiempo garantice los derechos de los ciudadanos y de las instituciones sociales;
- c) el Tribunal Constitucional o de garantías constitucionales;
- d) la división de poderes: legislativo, ejecutivo y judicial;
- e) los partidos políticos; y
- f) una oposición política institucionalizada.

A la vista de lo que es la democracia, nadie puede afirmar que tenga la culpa de los problemas que padecemos.

La culpa, por ejemplo, del paro, de las desigualdades económicas y del

terrorismo no tenemos que buscarla en la democracia. Sería un grave error. Con un régimen dictatorial, estos tres problemas todavía se agravarían más y la situación política general se haría insostenible. Las causas de los problemas antes citados las encontramos, entre otras, en las injusticias estructurales que todavía sufre España, así como en el egoísmo, la insolidaridad y el fanatismo de ciertos grupos y personas.

### **No basta una simple democracia formal**

La democracia es un importante valor ético que hemos de hacer más profundo día a día. Hablo de «profundización» de la democracia porque no nos podemos quedar satisfechos con una simple democracia formal que, siendo muy importante, es insuficiente.

La democracia formal –que es aquella que garantiza los derechos fundamentales de reunión, expresión y voto libres– resulta incompleta si no va acompañada de una democracia real en lo social y en lo económico.

La democracia real pone el acento en las cuestiones socioeconómicas, en una más justa repartición de la riqueza. No son pocos los marginados que se preguntan: ¿de qué me sirve ser libre y formar parte de un sistema democrático si no tengo lo necesario para vivir?, ¿de qué me sirve votar, si no tengo ni trabajo ni vivienda?

Como ciudadanos hemos de buscar con todo empeño y constancia la democracia integral, que es aquella que aprecia la libertad y al mismo tiempo tiene una gran sensibilidad social y, consecuentemente, intenta encontrar trabajo adecuado y vivienda digna para todos los miembros de la sociedad. La democracia integral no es más que la suma de la democracia formal y la real.

La democracia integral no queda asegurada con la abstracta afirmación: «Una persona, un voto». Hay que sopesar hasta qué punto este voto libre ayuda a la concreta promoción humana y socioeconómica de la persona que lo emite.

### **La democracia no puede funcionar sin demócratas**

Otro punto muy importante a tener en cuenta respecto a la democracia: no puede funcionar sin demócratas. La democracia es un sistema de participación

colectiva en la resolución de los problemas que nos afectan a todos. Su punto medular es la participación efectiva de los ciudadanos en la vida sociopolítica, y esto implica una responsabilidad solidaria y un compromiso serio en la consecución del bien común.

El papa Pablo VI, en un importante documento social titulado *Octogesima adveniens*, nos advierte que para profundizar la democracia hemos de encontrar nuevas formas de participación del pueblo en la esfera pública (cf. OA 47). Promover la participación de la gente es la cuestión básica de la democracia.

Las democracias no pueden funcionar sin ciudadanos y ciudadanas que de verdad participen, con profundo sentido ético y no como simples administradores técnicos, en la solución de los principales problemas que afectan a nuestra sociedad.

La democracia es un valor que si no crece en participación, muere. Es un ideal en continuo e inacabable proceso de realización al cual hay que aspirar si queremos conseguir una sociedad más justa y humana. Una democracia no se construye solo con fríos elementos de política administrativa, sino también y, sobre todo, con moral y responsabilidad cívicas.

El absentismo, la apatía, el desencanto, la pereza a la hora del voto –actitudes bastante frecuentes de los españoles ante la política– pueden echar a perder nuestra todavía joven democracia.

Conviene insistir, por tanto, una vez más, en la necesidad de la participación ciudadana para que la definitiva consolidación de nuestra democracia sea un hecho irreversible.

## **La tolerancia, un valor ético difícil**

La tolerancia es una virtud difícil. El escritor francés Jules Lemaître afirma: «La tolerancia es una virtud difícil; nuestro primer impulso y aun el segundo es odiar a todos los que no piensan como nosotros».

En efecto, la tolerancia entendida como respeto elegante y cordial hacia los otros no es nada fácil, porque nuestra primera reacción natural es la de rechazar a todos los que no piensan igual o nos contradicen.

La sana tolerancia implica humildad, porque solo los humildes saben reconocer lo que de valioso y bueno hay en los otros, aunque piensen de distinta manera y tengan un credo y una filosofía diferentes. La intolerancia o intransigencia, en cambio, va unida al orgullo, a creernos que solo nosotros poseemos en exclusiva

la verdad y el bien.

### **La tolerancia no emplea dos varas de medir**

La tolerancia auténtica nunca emplea dos varas de medir. Harold Nicholson afirma: «Todos tendemos a juzgarnos por nuestros ideales, y a los demás por sus actos». Empleamos dos varas de medir. La que usamos para juzgarnos a nosotros mismos siempre saca sobresaliente. Nunca nos condena. Los ideales son siempre elevados y nobles y el juicio resultante es siempre positivo, muy positivo. ¡Somos los mejores del mundo! Esta viene a ser la conclusión, aunque pueda parecer un poco exagerada. En cambio, a la hora de juzgar a los demás, sacamos la vara prosaica e implacable que juzga los actos, que por norma general, suelen estar muy por debajo de los ideales. Los actos, en comparación con los ideales, suelen ser siempre muy pobres y raquíticos. Lo sabemos por propia experiencia y nos cuesta reconocerlo.

A la hora de juzgar nuestra conducta y la de los demás, coloquémonos al mismo nivel y tengamos en cuenta simplemente los actos. Si así lo hiciéramos seríamos más comprensivos y tolerantes y, sobre todo, esta actitud nos haría mucho más humildes. No confundamos ideales con actos. O nos juzgamos a nosotros mismos y a los demás por los ideales o lo hacemos por los actos, pero nunca debemos emplear dos varas distintas de medir, porque esta manera de actuar además de una hipocresía es una injusticia.

### **La tolerancia rechaza toda forma de violencia**

La genuina tolerancia exige también rechazar toda forma de violencia. «Elegir la vida implica rechazar toda forma de violencia: la violencia de la pobreza y el hambre, que oprime a tantos seres humanos; la violencia de conflictos armados, que no resuelve nada, sino que solo aumenta divisiones y tensiones» (Juan Pablo II). Creo que este texto reviste una importancia excepcional. Son palabras pronunciadas por el Papa en la visita que realizó a la ciudad de San Luis (USA) en enero de 1999.

Llamar «violencia» a la pobreza y al hambre resulta muy clarificador. Muchos piensan que solo el uso de las armas y de las bombas es violencia, que solo los conflictos armados son violentos. Y el Papa en esta ocasión habla con toda

valentía de la «violencia de la pobreza y el hambre». Efectivamente, la pobreza y el hambre constituyen una violencia institucionalizada que deriva no pocas veces en conflictos armados que no resuelven nada y crean nuevas divisiones y tensiones.

Podríamos afirmar que la violencia radical y primera es la terrible injusticia de la miseria y el hambre que padecen tantos millones de personas en el mundo. Si no se resuelven serán imparables otros tipos de violencia armada que empeorarán la situación en lugar de resolverla.

Todo cuanto se haga para acabar con la lacra de la miseria y el hambre en el mundo, poniendo en marcha medidas eficaces de justicia social, significa abrir caminos de solidaridad que, en definitiva, son caminos de paz. Solo globalizando la solidaridad, tendremos un mundo en paz.

## **La intolerancia es una indignación ciega**

El escritor inglés Chesterton dice: «La intolerancia puede ser definida aproximadamente como la indignación de los hombres que no tienen opiniones». La intolerancia es una indignación ciega, es una furia guiada por prejuicios, es un furor disfrazado de virtud. El intolerante piensa que su causa es la única y, por consiguiente, la puede imponer violentamente a los demás.

La intolerancia es una reacción fanática que lo arrasa todo con tal de imponerse. No admite razones, piensa que «su razón» es la única válida y, por tanto, la única que puede implantarse por la fuerza. Solo entiende el «trágala». Desconoce la opinión y la razón. La intolerancia es, además, cobarde; no tolera los argumentos de los otros ni admite el diálogo. Le asusta la confrontación amistosa porque carece de explicaciones para convencer. Solo dispone de la violencia verbal o de las armas para exponer su planteamiento. No tiene otro bagaje y este es muy pobre. Y porque no convence a nadie, solo sabe emplear la violencia, la ira. La postura del intolerante nos recuerda aquellos famosos versos de Pedro Calderón de la Barca:

«Aunque te aconsejes tarde,  
mira, oh joven imprudente,  
que ser con ira valiente  
no es dejar de ser cobarde».

## **La tolerancia hace posible la convivencia ciudadana**

La ética civil debe comenzar por presentar la tolerancia y el respeto como una actitud básica que todos deberíamos asumir para fomentar la convivencia ciudadana. Sin tolerancia y respeto no hay convivencia posible en ningún ámbito humano. La educación cívica debe comenzar por aquí: tolerar al otro, respetar al otro siempre que no atente contra el bien común.

La tolerancia y el respeto es la elemental urbanidad cívica que hace posible la convivencia humana. Sin tolerancia y respeto, la sociedad se convierte en una jungla donde solo impera la ley del más fuerte.

La educación en tolerancia y respeto no es tarea fácil, aunque sea elemental. El primer principio de la genuina educación familiar debería ser precisamente este: tolerar al otro, respetar al otro. Y, desde esta base, sí se puede educar luego en la solidaridad. Quien no tolera y respeta no está en disposición de ser solidario.

La ética civil comienza por tolerar y respetar al otro. Quien no tolera y respeta se cierra a la convivencia y al diálogo. Se queda terriblemente solo, aislado, porque no posee la elemental humildad de colocarse a la altura de los demás, sin pretensiones ni superioridades banales. La tolerancia y el respeto exigen humildad y esta, siendo tan importante, es virtud poco común. Sin humildad no hay tolerancia ni respeto, porque ya uno previamente se ha situado en una postura de autosuficiencia que no le permite tolerar y respetar al otro. La soberbia bloquea esta actitud ética elemental de la tolerancia y el respeto. ¿Cómo puede ser tolerante y respetuosa una persona que, ya de entrada, se sitúa muy por encima de las demás con una actitud arrogante y altiva? La tolerancia y el respeto nacen de la humildad. La humildad tiene un valor ético extraordinario, todavía no suficientemente descubierto. Alguien puede pensar, erróneamente, que es una virtud ñoña. ¡Todo lo contrario! Debidamente entendida, es la verdad, y la verdad de nosotros mismos, debidamente reconocida, tiene una extraordinaria dimensión ética.

**La tolerancia es sinónimo de comprensión,  
respeto y moderación**

La sabia tolerancia, sinónimo de sabia comprensión y delicado respeto, es un valor ético muy importante para la correcta convivencia.

Una persona tolerante, además de respetuosa y comprensiva, es moderada. Charles de Secondat, barón de Montesquieu, define así la moderación: «Entiendo por moderación, no la flojedad de espíritu o la cobardía, sino la templanza fundada en la virtud». Una definición magistral de moderación.

La moderación es una virtud humana muy importante. Ofrece sensatez y equilibrio a todas las demás virtudes. Es sinónimo de cordura. Nunca debe confundirse con la flojedad de espíritu, y mucho menos con la cobardía. La moderación es temple, es firmeza suave, es, en definitiva, templanza fundada en la virtud. Lo contrario de la moderación es la exageración, el desequilibrio, la extralimitación que todo lo desbarata y descoloca.

Moderación no se opone a firmeza. Uno puede ser moderado y firme a la vez porque, como dice Montesquieu, la genuina moderación no es flojedad de espíritu o cobardía. Las personas moderadas no son cobardes, antes al contrario, suelen manifestar firmeza en sus planteamientos, una firmeza templada, nunca estridente.

La persona tolerante, además, sabe cuidar el estilo de hacer las cosas, que siempre es muy importante. Hay gente que no tiene en cuenta los modos y estropea miserablemente la obra o el proyecto que intenta llevar a cabo. Hay estilos de actuar bruscos, airados o irónicos que malogran una acción que en sí es buena y laudable.

A veces cuidar los modos puede significar asegurar en más del cincuenta por ciento el éxito de una empresa. No basta con hacer cosas buenas. Es también muy importante la manera y el estilo de hacerlas. Pablo VI solía decir: «Haced bien el bien».

¡Cuántas conductas resultan inaguantables por *cómo* se actúa! El mal genio, la brusquedad, la ironía cínica o hiriente con frecuencia echan a perder acciones que de por sí son correctas, y hasta pueden llegar a malograr la actuación global de la vida de una persona.

Hay gente que no da importancia al «envoltorio» de los modos, y no obstante la tiene. No perder la corrección y la serenidad, por ejemplo, a la hora de tener que hacer una seria advertencia a alguien puede conseguir más que si esta se hace de forma airada y con los nervios crispados. No hay ninguna cosa seria que no pueda decirse con una sonrisa.

Procura estar muy atento a lo que haces, pero sin olvidar nunca el cómo, el

estilo y la manera de hacerlo. No es cosa banal. Compruébalo en la vida diaria y te asombrarás del resultado.

## **El insulto nunca es un argumento y se opone frontalmente a la tolerancia**

El insulto no es un argumento, sino la demostración más clara de la falta de argumentos.

Hay personas intolerantes que en una discusión no saben perder, y al carecer de argumentos para sostener su posición, recurren al insulto o a la descalificación. Las hay también que ante un pronunciamiento que no está de acuerdo con sus ideas, recurren, como respuesta, a la injuria o a la ofensa.

Con el gracejo irónico que le es peculiar, Francisco de Quevedo afirma: «El insulto es la razón del que razón no tiene».

Recurrir al insulto porque uno ha agotado las razones es una sinrazón lamentable. No es más que la pobre razón del que no la tiene.

Nunca el insulto puede ser justificado. No es más que una rabieta orgullosa del que se ha quedado sin argumentos. Cuando carezcas de razones no insultes, simplemente cállate. El silencio en estos casos es valentía. El insulto, por el contrario, no es sino un escape agresivo del orgullo incontrolado.

Pueden decirse verdades, por muy duras que sean, sin recurrir al insulto; cuando este se emplea, la confianza desaparece y el diálogo queda roto por completo.

En una sana democracia lo que importa es saber defender las ideas propias sin arrasar las contrarias y saber presentar los argumentos propios sin rechazar a priori los del adversario. El talante democrático valora lo que hay de positivo en la posición del contrario y sabe criticar sin miedo ni complejos, pero con respeto, lo que a su modo de ver es negativo. En la democracia, el diálogo entre posiciones diversas ha de ser posible y la discusión o debate no ha de ser sinónimo de enfrentamiento ni ha de provocar ira o crispación. Quien argumenta con la injuria está incapacitado para la convivencia civilizada. Todos tenemos «nuestra verdad», pero en una democracia la verdad de cada uno debe ser contrastada con la verdad de los demás.

El otro día observé cómo una persona gritaba a otra desaforadamente, con la pretensión de imponerle sus ideas. Ante aquel lamentable «espectáculo», hilvané la siguiente reflexión y me dije a mí mismo: aprende a argumentar desde la

tolerancia, con serenidad. No levantes la voz, refuerza el argumento. Los hay que por gritar más, piensan que les asiste más la razón. Y no es así. Lo que importa es saber afinar y reforzar los argumentos. Los argumentos sólidos constituyen la seriedad y profundidad del razonamiento. Saber argumentar es discurrir adecuadamente. Los argumentos no tienen por finalidad asustar, sino convencer. Cuando quieras persuadir a alguien no grites: razona; expón tus argumentos con sencillez y naturalidad, porque el enfado, por norma general, no suele ser otra cosa que la prueba más fehaciente de la carencia de argumentos. Además, cuando la razón no te asiste no cometes nunca la gravísima equivocación de recurrir al insulto para imponer tu criterio.

Expón tus ideas, no las impongas. Y que tu exposición sea serena, razonada, afianzada sobre argumentos sólidos capaces de convencer por la fuerza intrínseca que poseen.

### **El fanatismo, lo radicalmente opuesto a la tolerancia**

Lo contrario a la tolerancia, a la moderación, al respeto es el fanatismo. Es la intolerancia llevada al extremo, y siempre conduce a los mayores desastres.

A lo largo de la historia el fanatismo ha sembrado horror y muerte en la vida de los pueblos, y la mayoría de las guerras que han destrozado la humanidad han sido consecuencia del fanatismo.

El fanatismo es la radical absolutidad de una idea que se impone a los demás a través de una acción violenta que no respeta nada ni a nadie.

El fanático es ciego, impetuoso e incontrolado. Piensa poseer toda la verdad sin los otros y contra los otros, y se ve obligado a imponerla a los demás con la única «razón» de la fuerza. Además, es orgulloso. No admite ninguna razón que no concuerde con la suya: los que no piensan como él están equivocados y se han desviado del recto camino que él piensa poseer en exclusiva. El fanático, también, es un iluminado que se cree el centro del mundo y de la historia, y desde esta aureola de predominio imparte órdenes y da consignas para que sean cumplidas ciegamente. Por último, el fanático, según Winston Churchill, es «alguien que no puede cambiar de mentalidad y no quiere cambiar de tema».

El humor irónico de Churchill era admirable. Con pocas y precisas palabras sabía retratar con maestría personajes y situaciones de la vida diaria.

Creo que no se puede decir en menos palabras lo que es un fanático: una

persona anquilosada en sus ideas y siempre obsesiva con el mismo tema. Está tan cerrado en sí mismo que ya le resulta imposible poder cambiar de mentalidad, pero es que, además, siempre martillea sobre la misma temática y a todo le brinda el mismo color. Es un pelmazo que aburre y molesta. Para él solo hay un tema: el suyo. Quien no entra en este estrecho círculo es un enemigo que batir o, en el mejor de los casos, un infiel que convertir.

El fanatismo, de cualquier signo, es una terrible plaga que solo se puede combatir con la tolerancia, que es la postura diametralmente opuesta. La tolerancia sabe cambiar de ideas cuando las circunstancias lo requieren y, además, no se cierra al estudio de ningún tema.

El físico y químico inglés del siglo XVIII William Henry escribió: «Quien no quiere razonar es un fanático; quien no sabe razonar es un tonto, y quien no se atreve a razonar es un esclavo». Fanatismo, necedad y esclavitud son tres graves defectos que sobrevienen cuando falla el razonamiento.

Quien no quiere emplear la razón, más aún, quien se enfrenta a la razón es un fanático. Y el fanatismo siempre es nefasto porque es voluntariamente ciego. El fanático desprecia la razón e impone su sentimiento pasional sin querer pensar, porque si pensase ya no podría ser fanático.

Quien no sabe razonar cae en la necedad, en la idiotez de no saber emplear sus facultades mentales.

Quien no se atreve a razonar es un cobarde y un esclavo. Tiene facultades para razonar, pero tiene miedo a emplearlas, porque prefiere vivir aletargado en la comodidad de su cobardía o esclavitud. Prefiere no razonar porque no quiere ser libre. La libertad le da miedo.

De los tres tipos, el primero y el tercero son culpables, porque pudiendo emplear la razón no lo hacen; el primero porque está cegado por la pasión y el tercero porque tiene miedo a la libertad.

No razonar es siempre peligroso, pero lo es, sobre todo, cuando uno no quiere o no se atreve.

Ciertamente, saber razonar nos libera del fanatismo, de la insensatez y de la esclavitud. El fanático huye del razonamiento porque este puede echar abajo el castillo amurallado en el que se ha refugiado. El insensato es incapaz de razonar; sus pocas luces se lo impiden. Y el esclavo no se atreve porque no puede o porque prefiere vivir cómodamente en su «dulce esclavitud».

Atrevámonos a razonar. Es una actitud muy saludable. Nos hace personas responsables y maduras. Sin razonamiento equilibrado y profundo nos acechan tres peligros graves: el fanatismo, la insensatez y la esclavitud.

El fanatismo nunca es inteligente. Enrique Solari escribe: «Los fanáticos nunca son inteligentes, porque los inteligentes nunca son fanáticos». Fanatismo e inteligencia no se soportan. La inteligencia asume siempre un estilo tolerante y dialogal. El fanatismo, en cambio, es propio de mentes obtusas y raquílicas que se aferran a sus ideas, despreciando por sistema las de los demás.

El fanatismo es un ataque frontal a la inteligencia que busca la comprensión y el diálogo. Los fanáticos canonizan su postura como la única válida. Quien no entra en sus coordenadas es un enemigo. Quien no piensa como ellos está en el error. Quien no actúa según sus principios anda equivocado.

Para los fanáticos el término medio no existe. Su lema es «todo o nada». Para ellos no hay matices; solo existe el blanco o el negro. Las tonalidades grises no las tienen en cuenta.

El fanático es un ciego voluntario que no quiere ver ni escuchar las razones que puedan aportar los demás. Es un solitario que voluntariamente se aísla de todos los que no piensan igual.

La inteligencia y el fanatismo se repelen mutuamente. Donde hay inteligencia no cabe el fanatismo y donde hay fanatismo, la inteligencia no encuentra lugar.

## **El terrorismo es el fanatismo extremo**

El terrorismo constituye el sùmmum de la intransigencia: es el desprecio máximo de la dignidad del otro. El terrorismo nunca tiene justificación porque es el ataque radical a la vida del otro, cuya dignidad no puede ser conculcada. El terrorista destruye y mata por una idea. Ante la terrible lacra del terrorismo, que constantemente siega vidas humanas en una carrera alocada de odio, pienso que se puede morir por una idea, pero nunca matar por ella. Y el terrorista mata.

Comprendo que alguien entregue toda su vida por una idea y que hasta llegue a morir por ella, pero lo que nunca tendrá sentido es que uno mate por defender unas ideas. Ninguna idea, ningún planteamiento político, ningún argumento reivindicativo, ningún «ideal» de ningún terrorista vale una sola vida humana. La vida humana es sagrada y pertenece solo a Dios. Quien atenta contra lo más valioso, que es la vida, pierde por completo la dignidad humana y se degenera como persona.

El terrorista es un fanático extremo que da más valor a sus ideas fijas y obsesivas que a la vida de los demás. Es incapaz de defender sus ideas en el

campo democrático y, consecuentemente, el único lenguaje que sabe emplear es el lenguaje del terror: la bomba o el tiro en la nuca. El terrorista impone dictatorialmente y por la fuerza lo que no puede conseguir por la vía de la razón. Es, en definitiva, un dictador que lo único que sabe hacer es destruir y matar.

El sinsentido de la violencia, sobre todo de la violencia terrorista, es manifiesto. Thomas Carlyle afirma: «Es un error esencial considerar la violencia como una fuerza». La violencia es destrucción, no fuerza capaz de edificar algo. La violencia y, sobre todo, el terrorismo, que es su más brutal expresión, destruyen lo que pretenden conseguir: son caminos dictatoriales, sin salida. Desde la violencia y el terror nunca se construirá nada positivo.

Las verdaderas fuerzas constructivas son la democracia, la tolerancia y el diálogo. Solo a través de estos cauces la sociedad avanza y madura. Emplear la violencia y el terror para conseguir unos objetivos, por muy nobles que estos sean, es un absurdo: lo bloquean todo porque las víctimas que producen nunca podrán ser olvidadas.

Cualquier idea, éticamente válida, puede ser expresada, defendida y propugnada, pero nunca con violencia. La violencia es un poder destructor que desautoriza ipso facto lo que pretende.

La violencia y el terror bloquean el camino que pretenden abrir. Son una ceguera total que no conduce a nada. Acaban con la vida del otro que constituye el más fundamental de los derechos humanos. Son la negación absurda de la ética más elemental.

## **Unas palabras de Voltaire que nos invitan a la tolerancia**

Voltaire decía: «Estamos todos amasados de debilidades y de errores; perdonémonos recíprocamente nuestras tonterías; esta es la primera ley de la naturaleza».

Estas reflexivas palabras de Voltaire nos invitan a la humildad, a la comprensión, a la sana tolerancia. En el profundo y sincero conocimiento de uno mismo radica el origen de estas tres importantes virtudes cívicas. Conocerse bien a ti mismo es, por tanto, el principio de toda sabiduría. No conocerte bien a ti mismo, por el contrario, es la causa de muchas necesidades. Quien no se conoce bien a sí mismo puede caer, y suele hacerlo, en errores garrafales, errores que, sobre todo, dificultan la convivencia.

Mi ruego es el mismo que el de Voltaire: «Perdonémonos recíprocamente nuestras tonterías». ¡Cuánto avanzaríamos en la tolerancia, en la interrelación personal y en el diálogo si de verdad tuviéramos muy en cuenta este sensato consejo del filósofo francés.

## SER DIALOGANTE

Ser dialogante es una de las actitudes que más enriquecen al ser humano. Dialogar significa saber escuchar al otro con atención y ganas de aprender, y decir lo justo en el momento más oportuno. Implica saber compartir, es decir, saber dar y recibir. Dialogar es palabra compartida que se da y se recibe, y que siempre resulta enriquecedora porque no es impositiva.

En la vida nos afanamos por aprender muchas cosas y a veces olvidamos una que es fundamental: el diálogo. Aprender a dialogar es una asignatura básica. La genuina comunicación con los demás es la esencia del ser humano. La persona es, ante todo, radical comunicación. La comunicación con los otros nos realiza como personas. Y el diálogo es el que hace posible la maravilla de la intercomunicación.

Dialogar es abrirse sinceramente al otro desde la escucha y desde la palabra. El que solo habla no dialoga y el que solo escucha, tampoco. Dialogar es saber compartir una palabra (un *logos*) que enriquece siempre a los interlocutores. El monólogo, en cambio, es una palabra que se queda pobre porque no logra ser fecundada por una respuesta.

Y ¿cómo aprender a dialogar? El diálogo es una asignatura que se aprende dialogando. En la medida en que acrecentamos nuestra capacidad de escucha atenta y de palabra ajustada, el diálogo brotará espontáneo y la intercomunicación personal se verá progresivamente enriquecida. El diálogo es un arte que no se improvisa. Necesita de un cultivo continuo y esmerado. No nace por arte de magia, sino que es fruto siempre de la sincera apertura hacia el otro y del esfuerzo por responder adecuadamente a la llamada del interlocutor.

Dialogar exige claridad, bondad, confianza y prudencia pedagógica, es decir, capacidad de tener en cuenta las condiciones psicológicas y morales del que escucha. «En el diálogo así ejercitado –decía el papa Pablo VI en su encíclica *Ecclesiam suam*– se realiza la unión de la verdad y de la caridad, de la inteligencia y del amor» (ES 76).

Hoy la auténtica intercomunicación personal está empobrecida porque escasea el diálogo: no cultivamos suficientemente el arte de la escucha atenta y de la palabra ajustada.

El ser humano es un ser esencialmente comunicativo que crece, madura y se

realiza en la comunicación y por la comunicación. Cuando uno se encuentra aislado de los demás y en una amarga situación de soledad no querida, suele ser porque en lugar de tender puentes de comunicación con los otros, ha levantado muros de separación.

Si queremos gozar de la amistad de los otros, construyamos puentes de diálogo y espacios gratuitos para compartir. Dialogar y compartir son vehículos de aproximación que nos enriquecen y enriquecen a los demás.

## **El diálogo ayuda a construir la ética civil**

Saber dialogar ayuda a construir una sólida ética civil. El diálogo es la puerta que nos conduce a otras dimensiones éticas de capital importancia. Quien sabe dialogar se enriquece humanamente porque se abre a la verdad del otro. Quien no dialoga, en cambio, se queda encerrado en «su verdad» que no suele ser la verdad, sino una pequeña parte de ella que, si no busca «otras verdades», se queda muy raquítica.

Ser dialogante significa un paso más respecto a ser tolerante y respetuoso. El diálogo implica un dinamismo especial, busca sinceramente la verdad con el otro y desde el otro. Tolerar y respetar al otro es previo al diálogo con él. Ahora bien, tolerar, respetar y dialogar son tres verbos que se complementan mutuamente. No hay diálogo si no hay tolerancia y respeto, pero, a su vez, la tolerancia y el respeto crecen con el diálogo. Lo mismo podemos decir de la confianza, que es causa y efecto del diálogo.

Dialogar es una actitud eminentemente humana y de capital importancia. El diálogo ayuda a construir una sólida ética civil. Y esta es una adecuada plataforma de encuentro y de mutuo enriquecimiento. Sin diálogo, la ética civil queda bloqueada porque cada uno solo respira desde su ética confesional, no logrando establecer una única y compacta *ética de mínimos* que sea común a todos. Desde éticas cerradas y separadas no lograremos una ética civil básica; en cambio, desde éticas abiertas (confesionales o no) sí que podemos enriquecer y dinamizar la plataforma común de la ética civil, tan necesaria para la actual sociedad. Es una tarea que vale la pena.

El escritor alemán Martin Buber escribe: «Solo en el encuentro continuo con otras personas llega la persona a ser persona y sigue siéndolo».

El encuentro dialogal con otros es lo que nos hace personas. En el aislamiento

no hay posibilidad ni de crecimiento ni de maduración personal. Si uno evita por sistema el encuentro continuo con otras personas, se empobrece psicológicamente y hasta se desencuentra consigo mismo.

No hay manera de llegar a ser persona y de continuar siéndolo más que procurando un encuentro continuo con otras personas. Y la expresión más completa y perfecta del encuentro es el diálogo. Es la expresión humana más enriquecedora que existe desde el punto de vista psicológico y moral: el yo se enriquece con el tú y viceversa. La escucha atenta y el habla adecuada, al ritmo de oportunos silencios, nos van moldeando y transformando.

### **La esencia del diálogo: escucha, palabra y silencios**

El milagro del diálogo lo produce la acertada combinación de estos tres elementos: escucha atenta, habla adecuada, oportunos silencios. En un diálogo equilibrado y maduro, ninguno de estos tres elementos es más importante que el otro y los tres son igualmente necesarios.

Hay una máxima oriental que dice: «Nadie pone más en evidencia su torpeza y mala crianza, que el que empieza a hablar antes de que su interlocutor haya concluido».

Saber hablar es un arte que implica, a su vez, saber escuchar. Saber articular adecuadamente la palabra y estar atento a la que el interlocutor pronuncia, es un ejercicio que exige esfuerzo, sensibilidad y sabiduría del corazón.

### **El arte de saber escuchar**

Escuchar no es lo mismo que oír. Al cabo del día se oyen muchas cosas, pero se escucha poco, apenas prestamos atención a lo que dicen los demás, olvidando que la atenta y amable escucha es la base del genuino diálogo. Sin capacidad de escucha, de atención al otro, el diálogo queda bloqueado. Si todos queremos hablar a la vez y nadie escucha las razones del otro, no hay diálogo, solamente «monólogos yuxtapuestos» estériles y hasta ridículos.

Únicamente cuando uno es capaz de escuchar al otro, abre la puerta para que el interlocutor pueda comunicarse con él. Y precisamente esta intercomunicación, hecha de escucha respetuosa y de habla adecuada, es la esencia del diálogo.

El justo equilibrio entre saber escuchar y saber hablar produce el milagro del diálogo. Y de verdad el diálogo es un milagro de armonía, de respeto y de sinceridad que posibilita la convivencia pacífica.

Si dialogáramos más y mejor, nuestra sociedad cambiaría radicalmente y poco a poco iría adquiriendo un rostro más humano.

Nuestra sociedad, hoy, presenta un aspecto hosco y crispado porque en ella falla el diálogo. El problema generacional, por ejemplo, se agudiza porque en ambas partes (padres, hijos) hay poca capacidad de escucha.

Creceremos en humanidad en la medida en que sepamos dialogar y convivir en paz, trabajando juntos en la construcción del bien común.

Es cierto que a veces hay personas que no hablan porque no saben qué decir o porque resulta más cómodo no decir nada. Pero hoy día el defecto más generalizado es precisamente el contrario: la inflación de palabras, la «incontinencia verbal» de las personas que siempre hablan y nunca escuchan. Extraña enfermedad que consiste en no escuchar y solo hablar, hablar por vicio, sin atender por dónde va la conversación e interrumpiendo no pocas veces la palabra del otro. Es una especie de patología psicológica que pone muy nervioso al interlocutor.

El diálogo exige una actitud silenciosa de escucha atenta. El escritor francés Joseph Joubert afirma: «Si queréis hablar a alguien, empezad por abrir los oídos». Solo una actitud de escucha atenta hace fecunda la palabra que podemos brindar a nuestro interlocutor. Es difícil poder decir algo válido al que dialoga con nosotros si antes no abrimos de par en par nuestros oídos para escucharle.

Saber escuchar, hoy, es más importante que saber hablar. Exige dominio de uno mismo. Es un arte y un gesto de sabiduría. Es verdad que el diálogo está hecho de palabra y de escucha, pero lo que más suele fallar es la escucha. Escuchar es una actitud difícil porque implica atención al interlocutor, esfuerzo por captar su mensaje y comprensión del mismo.

Los que solo hablan sin escuchar entorpecen el diálogo y se empobrecen en un monólogo egoísta y fastidioso que no conduce a nada.

Aprende a escuchar. Escucha mucho y habla lo necesario. Si escuchas atentamente, siempre aprenderás y nunca te arrepentirás de ello. La escucha es una exquisita deferencia para el que habla contigo.

Si no escuchas y solamente hablas, te conviertes injustamente en el único centro de la conversación, mutilas el diálogo, no respetas a tu interlocutor y le impones un sacrificio innecesario.

El filósofo griego Zenón de Citium, que sentó los principios básicos del

estoicismo según los cuales la mejor vida es la que se halla acorde con la naturaleza y con el culto de la virtud por la virtud misma, solía decir a sus discípulos: «Recordad que la naturaleza nos ha dado dos oídos y una sola boca, para enseñarnos que vale más escuchar que hablar».

En la vida diaria no solemos seguir la sabia enseñanza de Zenón. Más bien actuamos en sentido contrario: hablamos mucho y escuchamos poco. Hoy, en la sociedad de la prisa, de la hiperactividad y del estrés, existe un gran déficit de escucha atenta y serena. La gente habla y habla, incesantemente. Falla la capacidad de escucha, la capacidad de atender al otro.

La escucha es una actitud psicológica difícil porque exige olvido de uno mismo y apertura atenta y gratuita hacia el otro. Escuchar significa dirigir mi atención hacia el prójimo y entrar en su ámbito de interés y en su marco de referencia. La escucha, diligentemente practicada, supone una acumulación progresiva de sabiduría y de enriquecimiento psicológico. Escuchar quiere decir recibir del otro, después de haberle dado lo mejor de uno mismo: la atención afectuosa.

El arte de dialogar es difícil porque todos tendemos al monólogo, todos pretendemos hablar sin escuchar al otro, decir nuestras razones sin importarnos las de los demás. ¡Cuántos diálogos son monólogos sucesivos, con alguna que otra tolerada intervención del interlocutor, simplemente para poder tomar aire y, luego, continuar con nuestro pesado e inoportuno monólogo! Hay personas que no saben escuchar. Solo hablan. Y cuando parecen escuchar, en realidad están tomando un respiro para intervenir de nuevo, sin importarles nada lo que pueda decir su interlocutor. La palabra del otro no interesa, solo la suya.

Saber escuchar paciente e inteligentemente es un arte e implica un gesto de gran sabiduría. Además es la mejor manera de colaborar a la felicidad del otro.

En la civilización de la prisa y del estrés no es frecuente encontrar personas serenas que sepan escuchar, que sepan recibir y ofrecer comunicación, que sirvan de puente a la intercomunicación. En el mundo de las comunicaciones, la auténtica comunicación se ha empobrecido. Es una gran paradoja. Quien intenta comunicar lo personal, lo íntimo, con frecuencia se encuentra desasistido.

La sabia escucha implica humildad, paciencia y deseo de aprender. Quien piensa poseerlo todo, saberlo todo, no escucha al otro y solo habla porque cree que los demás son incapaces de aportarle nada. La persona engreída, orgullosa, no escucha o escucha con desdén o con aires de superioridad. Y, en definitiva, lo que hace es empobrecerse porque solo «aporta» (habla) y nunca recibe (escucha), quedándose finalmente vacía de tanto hablar.

La escucha es un arte muy difícil. Dice Anthony de Mello: «La escucha es la

cosa más difícil de hacer. Para escuchar de verdad, las dos partes en el diálogo han de estar abiertas, sin prejuicios, en entera disposición de comprender».

La escucha es una habilidad psicológica que exige apertura, transparencia y ganas de comprender. Sin estas tres actitudes el diálogo queda truncado. Donde hay cerrazón, prejuicios y orgullo no busquéis diálogo.

Escuchar es una actitud verdaderamente terapéutica. El humanista Juan Luis Vives escribió: «Nada tan fácil ni tan útil como escuchar mucho». La utilidad de la escucha sapiencial es grande. Saber escuchar al otro con atención es una actitud sumamente enriquecedora para el que habla y para el que escucha.

En el mundo de la prisa y la dispersión no puede haber mejor recomendación que escuchar mucho. Saber escuchar al otro con interés es el mejor regalo psicológico que le podemos hacer. La escucha serena y generosa es un bien de incalculable valor que no se aprecia debidamente.

Feliz aquel que sabe escuchar mucho y sabe decir lo justo en el momento más oportuno. Las personas que sepan de verdad escuchar escasean y, no obstante, son más necesarias que nunca.

Ejercitémonos en el gesto sabio y sereno de saber escuchar. Es un ejercicio muy saludable y enriquecedor. Significa ejercer la solidaridad en una sociedad donde hay tantos hombres y mujeres que necesitan ansiosamente que alguien les preste atención. Saber escuchar es también un acto de humildad porque en él das preferencia al otro y tú quedas en un modesto segundo plano. Es, finalmente, la mejor manera de asegurar la eficacia de tu palabra; esta será siempre bien recibida si va acompañada de una paciente escucha.

## **El valor de la palabra**

La palabra es lo más precioso, peligroso o banal que posee el ser humano. A través de la palabra nos intercomunicamos y nos autoenriquecemos psicológicamente, pero también podemos destruir en un momento lo que ha costado tanto edificar, e incluso a veces nos dispersamos de manera intrascendente y nos sumergimos en la más anodina banalidad.

Aprendamos el arte de dosificar las palabras y los silencios. Digamos las palabras precisas en el momento más oportuno y cuidemos los silencios, siempre atentos para que la palabra del interlocutor pueda llegar hasta nosotros y resulte beneficiosa.

Sin los otros, sin diálogo con ellos, no hay realización humana posible. El

individualismo es siempre empobrecedor. «El ser humano es social y el individualismo es una ilusión de niño o adolescente inmaduro que acaba destruyendo al individuo y le arrebatada su gozo» (Álvaro de Silva).

La dimensión social del hombre es innegable. El hombre es un ser hecho para la comunicación, más aún, es comunicación en sí mismo. Sin los otros el ser humano es una total nulidad: no puede conseguir nada y su realización personal queda bloqueada. El individualismo –lo diametralmente opuesto a la dimensión social del hombre– destruye a la persona y, sobre todo, le roba la alegría, el gozo de vivir. Sin dimensión social, el hombre es un ser errático que no encuentra su lugar ni consigue autorrealizarse ni es feliz.

Necesitamos imperativamente de los demás para ser personas. Sin los otros, nos quedamos a mitad de camino en nuestra realización personal y, sobre todo, no logramos la verdadera felicidad, que consiste esencialmente en compartir lo que somos y tenemos con los demás. Los otros son parte esencial de mi yo, y sin ellos, mi yo no encuentra autorrealización posible.

Con personas veraces, justas, responsables, tolerantes, respetuosas y dialogantes, tenemos el camino abierto para lograr de verdad personas solidarias que quieran construir juntas el bien común. La solidaridad, que explicaremos en el capítulo siguiente, es la derivación lógica de todas estas actitudes éticas previamente analizadas. No puede darse la genuina solidaridad sin la verdad, la justicia, la responsabilidad, la tolerancia, el respeto y el diálogo.

## **El diálogo también necesita silencios**

No te precipites a hablar. La precipitación desbarata la conversación y no pocas veces se convierte en monólogo que lo esteriliza todo.

Saber conjugar sabiamente silencios y palabras es el arte del diálogo sincero que nos permite madurar como personas y crecer psicológicamente.

En el diálogo es tan importante el silencio como la palabra; mejor diría: es más importante el silencio que la palabra, porque nos dispone a escuchar con atención vigilante la palabra del otro y a decir la nuestra con acierto, después de haberla reflexionado. Sin silencio, sin oídos bien abiertos, la palabra del otro no es debidamente atendida y la nuestra suena a vacío.

El silencio no es simplemente callar. Es saber añadir a ese callar un plus de atención y de receptividad. El silencio respetuoso y acogedor implica saber adentrarse en el interior del otro y comprender su problema. Es una actitud

terapéutica que siempre resulta muy útil tanto para el que la ejercita como para el que recibe su beneficiosa influencia.

El déficit de silencio-escucha en la sociedad actual es enorme, porque da la impresión de que cada uno va a lo suyo, sin importarle lo más mínimo la necesidad de receptividad que pueda tener el prójimo.

El auténtico diálogo es una síntesis de apertura, transparencia y disponibilidad para comprender.

El diálogo da sus frutos cuando somos capaces de abrirnos sinceramente al otro, cuando le sabemos acoger sin prejuicios, cuando nos esforzamos por comprenderle y aprender de él.

La escucha, entendida como receptividad sincera y cordial, es la base del diálogo, y el diálogo enriquece enormemente a las personas que lo practican.

### **Saber distinguir debate (discusión) de diálogo**

Sepamos distinguir entre discusión y diálogo. En una discusión, en un debate, no solo defendemos unas ideas, sino que también, y muy sutilmente, nos defendemos a nosotros mismos. Paul Valéry lo dice muy certeramente: «Todo el que participa en una discusión defiende dos cosas: una tesis y a sí mismo».

En el diálogo, en cambio, no sucede así. En él no defendemos nada. Simplemente exponemos, hablamos cordialmente con el interlocutor, con ganas de recibir y aportar.

En el diálogo no defendemos tesis propias ni nos defendemos a nosotros mismos, solo aportamos generosamente nuestro punto de vista sin querer atacar al contrario. El diálogo es el lugar del encuentro amistoso, de la aportación sincera, del intercambio enriquecedor. A él no acudimos para defender nada y, mucho menos, para defendernos a nosotros mismos. El diálogo es la plataforma de lo gratuito. La discusión, por el contrario, es un campo de batalla donde especialmente se defienden intereses. No es que la discusión sea mala. Todo lo contrario: puede arrojar luz sobre una determinada temática. Pero el diálogo es un ejercicio humano superior, porque además de arrojar luz sobre un tema, hermana a los interlocutores y los enriquece mutuamente.

«Conversar (dialogar) –decía Massimo Botempelli– no es discutir, sino entrar en el surco que ha trazado el otro y proseguir en el trazado hasta abrir más surco, perfeccionándolo.»

En un diálogo sincero y genuino nadie pierde, sino que todos ganan. En una

discusión o debate, unos ganan y otros pierden. En un diálogo, en cambio, todos ganan, porque todos aportan y reciben.

### **En el diálogo no siempre nos guía la verdad**

Finalmente, conviene advertir que no siempre en el diálogo nos guía la verdad. Es de san Agustín esta aguda frase: «Muchos se aferran a su parecer, no por verdadero, sino por suyo». No siempre en el diálogo nos guía la verdad. Con frecuencia nos mueve el interés y nos aferramos a nuestro parecer, no por verdadero, sino por nuestro.

La intuición agustiniana no puede ser más certera. San Agustín, conocedor profundo del alma humana, vislumbra que no pocas veces, por desgracia, el egoísmo prevalece sobre la verdad y lo que defendemos en el diálogo son las propias conveniencias. Presentamos nuestro parecer como si fuera lo verdadero, lo justo, lo razonable, pero no siempre lo es.

El egoísmo es más astuto que la verdad y a menudo nos hace sucumbir a la hora de expresar nuestro parecer. Entonces, la opinión que defendemos no siempre es la verdadera, sino la que nos conviene o la que nos favorece.

Ser radicalmente honrados en el diálogo y buscar la verdad por encima de nuestros intereses no es fácil. Nuestro parecer tiende a apoyarse sobre el egoísmo, olvidando la brújula de la verdad que es la que en todo momento debería orientarlo. En nuestras relaciones humanas revisemos este punto. Es de capital importancia.

## SER SOLIDARIO

Ser solidario no es solamente ser compasivo. No es un simple sentimiento de misericordia. Ser solidario significa trabajar firmemente por el bien común, sintiéndonos complementarios unos de otros.

La persona solidaria es la que hace causa común con toda acción noble que promueva la verdad y la justicia. La solidaridad no significa simplemente compadecerse de los débiles, sino actuar de tal manera que haga posible su promoción integral. Ser solidario con una causa noble significa promocionarla y hacerla posible mediante acciones concretas. La solidaridad implica sensibilidad y acción coherentes en favor de algo o de alguien, desde una actitud de gratuidad. Quien se busca a sí mismo en una acción solidaria no es genuinamente solidario. La solidaridad comporta siempre la gratuidad y la generosidad. Ser solidario significa «solidificar», «reforzar» al débil desde una postura de generosidad.

### **La solidaridad, expresión secular de la fraternidad cristiana**

La solidaridad es la expresión secular del amor cristiano, aunque en su defensa coinciden creyentes y no creyentes. En el siglo XIX, época de la culminación de la revolución industrial, la solidaridad fue la consigna de los movimientos obreros de clase que reivindicaban sus derechos más fundamentales con el grito de «solidaridad». Juan Pablo II, hombre de profunda formación y sensibilidad humana y social, ha reivindicado con fuerza este vocablo, «solidaridad», en la doctrina social de la Iglesia y la ha descrito de forma genial en su encíclica *Sollicitudo rei socialis* con estas palabras: «La solidaridad no es un sentimiento de vaga compasión o de superficial ternura hacia los males de tantas personas cercanas y lejanas; al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común, es decir, por el bien de todos y cada uno, porque todos somos verdaderamente responsables de todos» (SRS 36). Además, la solidaridad «requiere la participación activa y responsable de todos en la vida política, desde cada uno de los ciudadanos hasta los distintos grupos, de los sindicatos a los partidos: juntos, todos y cada uno, somos destinatarios y

protagonistas de la política» (ChL 42).

Luciano Baronio, secretario de la Comisión *Justicia y Paz* de la Conferencia Episcopal Italiana, afirma: «Sin solidaridad, en realidad la vida muere, y la convivencia se reduce a una cohabitación forzada donde la soledad, la indiferencia, las tensiones y las prevaricaciones toman la delantera a la sociabilidad y a la fraternidad».

La solidaridad es un vocablo con garra. Es una palabra muy afortunada y de gran prestigio social en el vocabulario civil. Ahora bien, la palabra «solidaridad» corre el peligro de convertirse en un estereotipo que hacemos servir para todo y, así, lo gastamos. Y la palabra gastada es aquella que a la euforia de su descubrimiento no le siguen realidades que la autentifiquen.

### **La solidaridad no debe ser un simple vocablo grandilocuente, sino un estilo de vida austero**

Podemos caer en la tentación de hacer servir la palabra «solidaridad» para todo porque ahora está de moda. Y lo que importa es que este término recobre su auténtico valor. Para que la solidaridad no sea un simple vocablo grandilocuente, hablemos de «austeridad solidaria». Una manera muy realista de ser solidarios con los pueblos del Tercer Mundo, por ejemplo, es llevando un estilo de vida austero. Si voluntariamente somos austeros, y parte de lo que ahorramos lo sabemos entregar a los pueblos oprimidos del Sur a través de organizaciones serias y competentes, entonces sí ejercemos la solidaridad.

Trabajemos por hacer crecer la *cultura de la austeridad* solidaria, contentándonos con un nivel digno de vida y entregando lo restante para que los más pobres de la tierra puedan vivir con dignidad.

La austeridad no es raquitismo ni miseria ni mal gusto. La austeridad es la elegancia del «ser» sobre el «tener». Significa saberse contentar con lo necesario, con lo que es humanamente digno. La austeridad no es más que lo necesario administrado con sabiduría.

La austeridad, que es lo diametralmente opuesto al gasto inútil, es una importante virtud cívica en un mundo marcado por diferencias económicas abismales donde los ricos son cada vez más ricos y los pobres, cada vez más pobres.

La genuina austeridad es sinónimo de saber compartir. Quien comparte solidariamente lo que es y lo que tiene con los más necesitados, vive

austeramente y aleja de su actuación todo lo que sea derroche, despilfarro, boato y gasto inútil.

El papa Pablo VI, hombre de exquisita sensibilidad humana y de gran inquietud social, dijo: «Cuando tantos pueblos tienen hambre, cuando tantos hogares sufren la miseria..., cuando aún quedan por construir tantas casas, escuelas, hospitales, todo derroche público o privado... se convierte en un escándalo intolerable».

En un mundo donde solo un tercio de la población vive bien y dos tercios lo pasan muy mal, cualquier despilfarro, sea público o privado, constituye una flagrante injusticia.

José Ignacio Calleja, acerca de la solidaridad, nos hace esta seria advertencia: «La solidaridad, económicamente, no es gratis. La solidaridad, políticamente, no es inocente. La solidaridad, moralmente, no es opcional, sino justicia debida».

En los documentos conciliares este vocablo aparece nueve veces y en los escritos y discursos del papa Juan Pablo II lo encontramos miles de veces. Las palabras «solidaridad» y «derechos humanos» son palabras pensadas de modo expreso con la intención de ser fácilmente compatibles en un contexto laico y de amplio pluralismo de ideas. Lo que sin embargo no resuelve el problema de su posible ambigüedad, tanto teórica como práctica.

Hoy, más que nunca, necesitamos una solidaridad fuerte y vigorosa que reintegre con plenos derechos en la sociedad a todos aquellos que han sido «expulsados» y que hemos abandonado en los márgenes, hasta casi olvidarnos de ellos, de tan atentos como estamos a nuestro propio bienestar.

Jon Sobrino define así la solidaridad: «Un modo de ser y de comprendernos como seres humanos, que consiste en ser los unos para los otros para llegar a estar los unos con los otros, abiertos a dar y recibir unos a otros y unos de otros».

## **La solidaridad tiene un buen cartel**

La solidaridad es un término lleno de credibilidad. Lo que importa ahora es no convertirla en una palabra vacía. Corremos hoy el peligro de vaciar la «solidaridad» si solamente hablamos de ella pero no la realizamos; si nos llenamos la boca con este vocablo bien sonante, pero no nos esforzamos por realizar acciones solidarias concretas en favor de los derechos humanos.

La solidaridad tiene un magnífico cartel. Izquierdas y derechas se alinean a sus

órdenes. Todo el mundo quiere ser solidario, todo el mundo alaba la causa solidaria, pero no todos realmente lo son. La solidaridad implica autodonación y sacrificio en favor de una causa noble. Es generosidad desinteresada.

La solidaridad es una actitud ética de máximo valor. Es la culminación de la ética civil. Una persona veraz, justa, responsable, respetuosa y dialogante que, además, es solidaria, se convierte en un ciudadano/a ideal que está dispuesto, juntamente con otros, a construir una sociedad más democrática y humana.

En la solidaridad, creyentes y no creyentes podemos encontrar una base común para actuaciones concretas en favor de los más necesitados. Es un campo donde el diálogo ecuménico fluye con facilidad. Para la solidaridad no importan las etiquetas ni las procedencias. Hombres y mujeres de diferentes confesiones religiosas, de distintas ideologías y de diversas posiciones sociales se pueden unir en una causa común solidaria. Esta les unirá y establecerá entre ellos vínculos de respeto y amistad. Los que han trabajado en este tipo de causas guardan un grato recuerdo de sus colegas y, no pocas veces, esta colaboración se convierte en una fuente de verdadera amistad.

### **La esperanza crece con el ejercicio de la solidaridad**

Jürgen Moltmann es el autor de este punzante texto que invita a la reflexión: «Mientras nuestro futuro lleve a otros hombres a la desesperación, mientras nuestro bienestar signifique la pobreza para otros, mientras nuestro “crecimiento” destruya la naturaleza, no será la esperanza, sino la angustia nuestra compañera». La esperanza crecerá en nosotros en la medida en que ejercitemos la solidaridad. Solo una sociedad solidaria puede abrir puertas a la esperanza. Si la miseria y la destrucción de la naturaleza siguen ganando terreno en el mundo actual, no hay otro destino para la humanidad que el miedo y la angustia.

Hasta por egoísmo deberíamos ser solidarios con los pueblos del Tercer Mundo. Hasta por egoísmo deberíamos ser ecológicos y cuidar con mimo la naturaleza y nuestro entorno. La solidaridad y la ecología son dos grandes pilares de la esperanza. Esta nos acompañará siempre que luchemos por un mundo más justo e igualitario y por una naturaleza más limpia. La insolidaridad y la destrucción de la naturaleza, por el contrario, son nuestra propia tumba. A corto plazo pueden proporcionarnos placer, pero a la larga resultarán para nosotros

suicidas. Sin solidaridad y ecología, el mundo no tiene salida posible.

## **El problema del hambre en el mundo es un problema de falta de solidaridad**

El 60% de la gente pasa hambre y carece de lo más indispensable para vivir. Este frío porcentaje ya constituye de por sí un tremendo pecado estructural que atenta contra la dignidad de la persona humana.

¿Cómo reaccionar ante tan desolador panorama?

- Adoptando en nuestro actuar diario una actitud de austeridad y sobriedad, contentándonos con un nivel de vida humano.
- Asumiendo una postura de solidaridad, que es la que sabe compartir lo que uno tiene con los más pobres del Tercer Mundo.

El hambre en el mundo más que un problema es un escándalo. La solución de un problema exige razonamiento, imaginación, medios, voluntad. La eliminación de un escándalo, por el contrario, requiere vergüenza. Y la vergüenza, asumida desde la humildad, lleva a la conversión, al cambio radical de actitud. Para terminar con el escándalo del hambre en el mundo, la sociedad actual primero debe sentir vergüenza y, luego, debe experimentar una conversión radical. Sin ella, el escándalo no desaparecerá.

Si el hambre fuera un problema, se le podría encontrar pronto una solución técnica, pero es, sobre todo, un escándalo de egoísmo. Y el egoísmo es un grave pecado que solo se puede curar a través de la conversión a la justicia y a la solidaridad.

Sin justicia y solidaridad, el hambre continuará siendo la plaga del siglo XXI. Y no es una plaga natural, sino moral, porque habiéndose podido eliminar no se ha eliminado a causa del materialismo y del egoísmo de los pueblos ricos de la tierra.

Mahatma Gandhi afirma: «Está bien hablar de Dios cuando se ha desayunado bien y se espera un almuerzo todavía mejor. Pero es imposible calentarse al sol de la presencia divina cuando millones de hambrientos llaman a nuestra puerta».

Y millones de hambrientos del Tercer Mundo están llamando a las puertas del Primer Mundo rico y desarrollado. La única respuesta posible es esta: solidaridad.

Cuando anualmente la asociación *Manos Unidas* celebra, en el mes de febrero, la campaña contra el hambre en el mundo, pienso en aquellas palabras de Martín Descalzo: «Que quienes tienen hambre tengan pan, y quienes tienen pan tengan un poco de vergüenza de no tener hambre de amor».

Es una vergüenza para la humanidad que miles de hombres y mujeres, miles de niños y niñas mueran de hambre por no tener lo más esencial en la vida: un trozo de pan para llevarse a la boca. Esta lacra debería suscitar en los que podemos comer cada día «vergüenza de no tener hambre de amor».

El gravísimo problema del hambre en el mundo es básicamente un problema de solidaridad. Si de verdad el Primer Mundo rico y desarrollado fuera solidario con el Tercer Mundo empobrecido, el problema del hambre podría quedar eliminado definitivamente.

El simple desarrollo económico de los países ricos no logra terminar con esta plaga mundial. Si no se da en el Primer Mundo un plus de solidaridad, si no hay más hambre de igualdad y de fraternidad, el hambre de pan que mata continuará su triste y macabra carrera en los países del hemisferio sur.

El Tercer Mundo tiene hambre de pan y al Primero le falta hambre de solidaridad. ¿Cuándo desaparecerá esta plaga? La primera es material; la segunda, peor sin duda, es moral.

Mahatma Gandhi nos invita a una reflexión sobre el gravísimo problema del hambre en el mundo, cuando dice: «¿Por qué nos extrañamos de que los pobres mueran de hambre? Cualquier alimento que tomamos sin absoluta necesidad es algo que robamos al estómago de los pobres». Este pensamiento tan radical de Gandhi es un revulsivo contra la mayor lacra que hoy padece la humanidad: el hambre. Es verdad que este gravísimo problema solo se puede solucionar con medidas políticas internacionales muy eficaces y de gran alcance. Pero tú, particularmente, también puedes hacer algo: vivir austeramente y compartir lo que tienes.

La sobriedad de vida y saber compartir generosamente lo que uno es y tiene es la gran respuesta que podemos dar a este gravísimo problema del hambre en el mundo.

Si los países ricos del Primer Mundo tomaran plena conciencia de esta espantosa lacra, cambiarían sus pautas de pensar y de actuar, su estilo de vida. El futuro de la humanidad pasa por la solución urgente y radical de este problema. Sin solucionarlo, la paz mundial es una farsa, es un sarcasmo para los hombres y mujeres del Tercer Mundo cuyas perspectivas de vida son tan escasas.

La situación radicalmente injusta en la que vive el Tercer Mundo es una

tragedia. El ex director de la UNESCO, Federico Mayor Zaragoza, ha afirmado: «Estamos acostumbrados a que haya una sociedad rica y privilegiada, y otra en la que la mayoría de las personas solo se plantea cómo llegar con vida al anochecer. Aceptar esta situación, hoy en día, es pura complicidad».

Suscribo plenamente estas duras palabras de Mayor Zaragoza. No podemos aceptar el abismo que separa el Primer Mundo, industrializado y rico, del Tercer Mundo, atrasado y empobrecido. En aquel no falta ningún bien material, en este se carece de lo más esencial para vivir, «las personas solo se plantean cómo llegar con vida al anochecer».

Debemos rebelarnos contra esta terrible situación. Si no lo hacemos, somos cómplices. Sí, culpables de esta gran injusticia social que está ahogando a los países subdesarrollados de la tierra, situados casi todos ellos en el sur del mundo. Hoy el problema social número uno del mundo es precisamente este: el abismo que existe entre los países ricos y los países miserables de la tierra. Si este problema no se afronta con decisión y urgencia a escala mundial, y con medidas políticas justas y eficientes, puede desencadenarse una tragedia humana de incalculables dimensiones.

En un mundo donde diariamente mueren cien mil personas por hambre, se ha escrito:

«Comer es un privilegio;  
no poder comer, una desgracia y una injusticia;  
no dejar comer, un crimen».

Vivimos en un lugar del mundo privilegiado, donde podemos comer varias veces al día, donde poseemos suficientes medios para podernos desarrollar como personas y gozar de los bienes del arte y de la cultura. Y esto tan elemental está vedado a dos terceras partes de la humanidad. El desequilibrio económico entre los diversos pueblos de la tierra es la gran plaga del mundo contemporáneo.

Es tal el desequilibrio económico hoy existente en el mundo que ninguna persona mínimamente sensible puede desentenderse de tan grave situación social. Es verdad que no está en nuestras manos de simples ciudadanos resolverla. Su solución radical solamente la pueden conseguir eficaces y coordinadas decisiones políticas de carácter internacional. Pero, mientras tanto, cada uno de nosotros debe ser consciente de esta terrible lacra de la humanidad y adoptar en su conducta diaria una actitud más austera y solidaria, porque tal vez nuestro

exceso de bienes materiales es el que impide en parte que dos tercios de la humanidad puedan comer. Vivir en el Norte es un privilegio, pero a la vez una gran responsabilidad, porque el Sur también existe y tiene derecho a una existencia digna.

Para muchos seres humanos su preocupación mayor es poder conseguir el pan cotidiano. Su problema número uno es la subsistencia, poder llegar a mañana. No tienen proyectos de futuro. Solo malviven el momento presente. El hambre les tiene crucificados a un hoy doloroso y a un futuro incierto. Este es el drama del Tercer Mundo: todo cuanto producen no les basta ni para subsistir porque gran parte de esta producción va destinada a pagar su deuda externa, de la que no consiguen cubrir ni los intereses. El endeudamiento de los países empobrecidos es superior a un billón de dólares, y nadie sabe cómo solucionar esta crisis. El abismo entre el Norte y el Sur, esto es, entre la abundancia y la penuria, es el problema número uno de la humanidad y el germen más peligroso de guerra en el mundo.

Mientras en nuestro planeta tierra 66 personas de cada 100 tienen como máxima preocupación conseguir un poco de alimento para llegar a mañana, las 34 restantes centran su preocupación mayor en cómo ganar más dinero y así poder adquirir más bienes de consumo, aunque muchos de ellos sean superfluos.

Esta es la cruda realidad económica del mundo. Los que creemos en la dignidad de la persona humana no podemos quedar indiferentes ante ella.

Nuestro tiempo es paradójico y padece injusticias flagrantes. Se han conquistado los espacios interplanetarios, pero todavía no ha llegado la necesaria ayuda solidaria a todos los lugares de nuestro mundo donde hay gente que diariamente muere de hambre. El que fuera superior general de la Compañía de Jesús, el padre Pedro Arrupe, en 1978 afirmó: «La situación (respecto del hambre en el mundo) parece empeorarse tanto más cuanto más el mundo se enriquece. Al principio de su mandato presidencial, John F. Kennedy propuso al pueblo americano dos objetivos: el primero era enviar un hombre a la luna en una decena de años; el otro era ayudar a eliminar el hambre “en el tiempo de nuestra vida”. Es un triste comentario a los valores de nuestra civilización constatar que el primer objetivo, técnico y científico, se ha conseguido magníficamente, mientras el segundo, más humanitario y social, se ha alejado todavía más de nuestras perspectivas de realización».

Sin solidaridad nuestro mundo está abocado al abismo. Es imposible que no pase nada cuando solo un 20% de los habitantes de la tierra poseen el 80% de los bienes de este mundo. Una tal desproporción en el disfrute de los bienes

económicos es una injusticia tan grande que debería avergonzar a los hombres y mujeres del Primer Mundo.

El gravísimo problema del Tercer Mundo solo puede solucionarse mediante una masiva acción solidaria de las naciones industrializadas en favor de los pueblos empobrecidos y, sobre todo, mediante un cambio radical en la manera de pensar y de actuar de la gente de los países ricos. Un estilo de vida más austero y solidario, y en especial, la fuerza de la unión solidaria de todos aquellos que han decidido vivir de esta otra manera, puede ser el inicio de la solución del problema de la miseria del Tercer Mundo.

Dice un proverbio de Burkina Fasso, antiguo Alto Volta: «Cuando se ponen de acuerdo las hormigas son capaces de transportar un elefante».

Cuando contemplamos los graves problemas del mundo: hambre, analfabetismo, miseria, destrucción ecológica, guerras, terrorismo..., nos sentimos tremendamente impotentes y desvalidos, pero en seguida surge la pregunta espontánea y sincera: ¿qué puedo hacer yo para solucionar estos problemas? La respuesta suele ser pesimista, pero resulta a la vez peligrosamente tranquilizadora: yo no puedo aportar solución alguna; no está en mis manos; es cosa de los gobiernos y de las grandes organizaciones internacionales.

El proverbio africano que acabo de citar nos señala, sin embargo, un camino de salida: la unión solidaria y la colaboración mutua. Las personas aisladamente pueden muy poco, son muy limitadas, pero cuando se unen y se organizan en asociaciones o iniciativas ciudadanas pueden lograr verdaderas proezas. Pensemos en lo que ha significado para la campaña contra el hambre en el mundo *Manos Unidas*, una organización no gubernamental muy conocida y querida en España, fundada en 1960 por las Mujeres de Acción Católica. *Manos Unidas* ha financiado en todo el mundo miles de proyectos de desarrollo agrícola, social, sanitario, cultural y de promoción de la mujer.

Ante los graves problemas del mundo, en primer lugar, toma conciencia de ellos; luego, une inteligentemente tu esfuerzo personal a otros muchos esfuerzos, mediante organizaciones dinámicas y eficaces, y el sabio refrán africano se hará realidad: «Cuando se ponen de acuerdo las hormigas son capaces de transportar un elefante».

Otro punto a tener muy en cuenta en la ayuda al Tercer Mundo es el siguiente: si le das un pescado a un hombre, se alimenta una vez; si le das, en cambio, una caña y le enseñas a pescar, se podrá alimentar toda la vida. Estas palabras, inspiradas en un sabio proverbio oriental, pueden y deben marcar la pauta a la hora de ayudar al Tercer Mundo, que lo que de verdad necesita es

ayuda promocional para poder convertirse en el artífice de su propio desarrollo. Lo que importa de verdad es que los pueblos del Tercer Mundo sean sujetos y no objetos de desarrollo. No hay verdadero desarrollo sin participación activa y responsable del pueblo al que se ayuda.

Nuestro apoyo al Tercer Mundo, por tanto, debería canalizarse siempre a través de organizaciones serias y eficientes, capaces de promover proyectos económico-sociales en los que los hombres y las mujeres de aquellos países empobrecidos se conviertan en los principales protagonistas de su desarrollo humano integral.

### **La alarmante fatiga de la solidaridad**

En el Primer Mundo, rico y desarrollado, empieza a notarse una fatiga de la solidaridad respecto al Tercer Mundo. Salvando honrosas excepciones de personas, grupos e instituciones que se preocupan por la miseria del Sur, la gente del Norte en general vive de espaldas a los gravísimos problemas de subdesarrollo (hambre, analfabetismo, sequía, enfermedades crónicas, sida...) que padecen los países del Tercer Mundo.

Sin solidaridad para resolver decididamente los problemas materiales, humanos y culturales de los pueblos empobrecidos de la tierra, el abismo entre el Norteric y el Sur-miserable se agrandará y la violencia se hará inevitable.

La paz mundial solo podrá ser una realidad si los pueblos desarrollados ayudan inteligente y generosamente a los pueblos pobres y estos aprovechan adecuadamente esta ayuda.

Solo habrá paz entre todos los pueblos del mundo cuando para todos haya pan de trigo, pan de cultura, pan de comunicación, pan, en definitiva, de solidaridad.

### **Solidaridad ante la desgracia ajena**

Seamos solidarios ante la desgracia ajena. John Steinbeck escribe: «¡Es curioso. Qué lejos está una desgracia cuando no nos afecta directamente!». Y Heinrich Heine dice: «Solo el dolor propio hace saltar las lágrimas».

Así es el ser humano: cuando algo no le afecta directamente, le cae muy lejos. Diariamente oímos hablar de accidentes, de catástrofes naturales, de muertes... y si no nos afectan directamente, nos dejan indiferentes.

Es verdad que esto, en parte, es explicable, porque si las desgracias ajenas nos afectaran igual que las propias nos sumergiríamos en el abatimiento y casi nos volveríamos locos. Pero también corremos el peligro de insensibilizarnos y vivir tranquilos encerrados en nuestro egoísmo.

La solidaridad precisamente consiste en saber acercarnos con gran sensibilidad a la desgracia ajena para remediarla. Quien no cuida la virtud de la solidaridad se impermeabiliza ante la necesidad del otro y vive tan contento en el reducido círculo de su egoísmo. Permanecer «sólido» junto a aquel a quien le fallan las fuerzas es la más genuina solidaridad que nos desinstala y nos hace sensibles, convirtiéndonos en hermanos del prójimo que sufre por cualquier circunstancia.

El escritor inglés del siglo XVII John Donne, decía: «La muerte de cualquier hombre me disminuye, porque yo formo parte de la humanidad». Esta frase me ha impactado al pensar en las numerosas muertes diarias, víctimas del fanatismo, del odio y de la venganza. Estas muertes no pueden dejarnos indiferentes. La muerte de cualquier persona nos disminuye, porque formamos parte de la humanidad. «Ningún hombre –afirma Donne– es una isla, algo completo en sí mismo; todo hombre es un fragmento del continente, una parte del conjunto...»

Cuando alguien muere en cualquier parte del mundo, sobre todo si muere como víctima de una injusticia, nos disminuye, y hasta diría, degrada en cierta manera nuestra dignidad de personas humanas. Si formamos parte de una misma humanidad, debemos reaccionar cuando alguien sufre o muere injustamente. Y la mejor reacción, sin duda, es la solidaridad: es la mejor respuesta al sufrimiento ajeno. Si falla la solidaridad, la humanidad se resquebraja.

### **Libertad, justicia y solidaridad, tres realidades que no pueden separarse**

Libertad, justicia y solidaridad son tres realidades inseparables. Dice Ramón Echarren, obispo de Canarias:

«Una sociedad que solo se preocupa de la justicia y, para ello, sacrifica la libertad y la verdad (mediante la censura, por ejemplo)..., acaba siendo una dictadura “de izquierdas”, en la que aparentemente todos son iguales, pero a base de repartir pobreza para la mayoría y bienestar para unos pocos, para los que detentan el poder.

Y una sociedad que solo se centra en lograr la libertad, y para ello sacrifica la justicia y el amor o la solidaridad, acaba siendo el típico Estado liberal en el que en teoría todos son libres, pero solo una parte de la población tiene medios para ejercer esa libertad y para ejercer sus

derechos fundamentales».

Una sociedad que no sepa conjugar estas tres realidades sociales: libertad, justicia y solidaridad no es una sociedad realmente humana. Una justicia que ahoga la libertad está condenada al fracaso. Una justicia que se construye sin libertad es solamente justicia para unos pocos. Y una libertad que no tiene en cuenta la justicia y la solidaridad es un sarcasmo. ¿De qué le vale la libertad a un hombre que no tiene trabajo y no puede llegar a final de mes? ¿Qué papel juega la libertad si sus derechos fundamentales son conculcados? ¿Qué quiere decir ser libre, si no puede alimentar ni dar educación a sus hijos?

Juan Pablo II ha repetido insistentemente este principio ético fundamental: «Se debe respetar la libertad del hombre, Dios también lo hace». Con ello contribuyó de una manera singular y decisiva a la sorprendente apertura democrática de los países del este de Europa.

La libertad es el don más sagrado que posee el hombre. Nadie puede atentar contra ella. Sin libertad la persona humana se degrada en la esencia de su misma dignidad.

Cuando subrayo con tanta fuerza el valor ético de la libertad no quiero enfrentarlo al valor ético de la justicia y de la solidaridad. Son valores complementarios. Sería un error pensar que puede haber auténtica libertad sin justicia y solidaridad. La doctrina social de la Iglesia siempre ha mantenido unidos estos tres principios éticos que ciertas ideologías han pretendido separar y oponer.

Ahora que los países del este de Europa se han abierto a la libertad es el momento de intensificar más que nunca en los del Oeste los principios de justicia y solidaridad.

No dividamos el mundo en buenos y malos, sino esforcémonos por construir una sociedad más libre, más justa y más solidaria. Ha llegado el momento.

## **La solidaridad humaniza**

Monseñor Ramón Echarren ha escrito: «En la solidaridad con los excluidos nos hacemos personas». Efectivamente, la solidaridad nos humaniza y la cerrazón egoísta nos deshumaniza.

La ayuda solidaria hacia los más pobres y necesitados constituye uno de los

más claros factores de humanización de nuestra sociedad. El egoísmo le confiere un talante sombrío y deshumanizado; la solidaridad, en cambio, dota a nuestro mundo de luz y humanidad.

La solidaridad no es más que un amor realista y decidido que, teniendo muy en cuenta la libertad y la justicia, las quiere sobrepasar. El padre Pedro Arrupe lo expresa con gran fuerza cuando afirma: «Hay que sobrepasar la justicia para llegar a colmarla con la caridad (solidaridad). La justicia es necesaria pero no suficiente. La caridad añade a la justicia su dimensión trascendente, interior, y es capaz de seguir avanzando cuando se ha llegado al límite del terreno propio de la justicia. Porque, así como la justicia tiene un límite, y se para donde concluye el derecho, el amor no tiene confines, porque reproduce a nuestra escala humana la infinitud de la esencia divina y hace a cada hombre-hermano el titular de un servicio ilimitado por nuestra parte».

La solidaridad es una fuente inagotable de humanismo. Se han hecho las revoluciones de la libertad y de la igualdad. Si se ganase ahora la batalla de la solidaridad, el mundo recobraría un talante más humano. Una sociedad libre y justa puede no ser plenamente humana. Para conseguir una sociedad llena de humanidad, esta debe ser además de libre y justa, solidaria.

### **Invertir en justicia es ganar en solidaridad**

Un eslogan muy conocido de la organización humanitaria católica *Manos Unidas* dice: «Quien invierte en justicia, gana en solidaridad». La inversión por un mundo más justo es siempre una inversión por la solidaridad, porque esta no es un simple sentimiento humanitario de compasión, sino una firme determinación a favor del bien común.

La solidaridad se realiza invirtiendo en justicia, trabajando en favor de la defensa y promoción de los derechos de la persona humana. La solidaridad es la fraternidad hecha realidad mediante la praxis de la justicia: sin justicia es un contrasentido, una tapadera hipócrita. Por consiguiente, las verdaderas inversiones en solidaridad son aquellas que se realizan a favor de una mayor justicia social y de un trabajo intenso por la defensa y promoción de los derechos más elementales de las personas.

Un mundo más solidario solo será posible si nos esforzamos por construir un mundo más justo. Es verdad que la simple justicia no agota la solidaridad, pero la solidaridad sin la justicia es una farsa.

No basta una solidaridad abstracta ni son suficientes grandes palabras de amor o de solidaridad que no significan nada. El escritor ruso Dostoievski, autor de la gran novela *Los hermanos Karamazov* (1879-1880), puso en boca de uno de sus personajes estas palabras, llenas de mordaz ironía: «Yo quiero el bien de la humanidad pero no puedo soportar al prójimo». A veces nosotros también caemos, como el personaje de Dostoievski, en el grave defecto de la generosidad abstracta que sirve de tapadera a nuestro refinado egoísmo. Es fácil hacer grandes proclamas en favor de la humanidad, pero muy difícil soportar a la persona que tengo al lado, y más aún reconocer sus valores y quererlo como hermano. Es fácil invocar y salir en defensa de la paz mundial, pero muy difícil construirla día a día, en el ámbito de nuestro actuar cotidiano. Es fácil estar dispuestos a ayudar a quien tenemos lejos, pero muy difícil superar nuestro propio egoísmo y comodidad, y echar una mano al que tenemos cerca y necesita de nuestra solidaridad.

El poeta alemán Richard Dehmel afirmó: «Un poco de amor (de solidaridad) de hombre a hombre es mejor que todo el amor hacia la humanidad». Este pensamiento nos pone en guardia sobre el uso grandilocuente de las palabras. A veces nos perdemos en expresiones genéricas que no nos comprometen y olvidamos la necesidad concreta que tenemos a nuestro lado y que depende de nosotros remediar. Las grandes palabras y las grandes ideas son inútiles si no representan un estímulo real para empeñarnos en la solución de lo concreto que está a nuestro alcance. Es una hipocresía hablar de solidaridad mundial y después pasar de largo junto al que sufre cerca de nosotros, sin prestarle la ayuda necesaria. Es inútil hablar de la paz mundial si no somos capaces de realizarla en el ámbito de nuestra familia o nuestro trabajo. Constituye una flagrante contradicción salir en defensa de los grandes valores ecológicos, y luego no saber cuidar el pequeño trozo de naturaleza que depende de nosotros.

Los grandes ideales deben realizarse en la vida diaria. De Boris Vian, escritor e ingeniero industrial francés, es esta aguda frase: «Lo que a mí me interesa no es la felicidad de todos los hombres, sino la de cada uno de ellos». Con frecuencia empleamos expresiones tan genéricas y etéreas que no dicen nada. Las grandes palabras como felicidad, paz, justicia, solidaridad..., si no encuentran una realización concreta en cada uno de los hombres y mujeres con quienes nos relacionamos, de poco sirven, o peor aún, pueden ser palabras vacías que incluso desacreditan la utopía que expresan.

¿De qué le sirve a un hombre oír grandes proclamas sobre la justicia, si él en concreto se siente injustamente tratado? ¿Qué significa solidaridad para una

persona que nunca se ha sentido apoyada? ¿Qué quiere decir felicidad para quien jamás la ha experimentado?

Procuremos, pues, aplicar en nuestra vida cotidiana las grandes y nobles ideas a personas muy concretas que se encuentran en nuestro camino. Más que hablar de solidaridad, comportémonos solidariamente con el que está a nuestro lado. Más que soñar con la felicidad mundial, hagamos feliz al que tenemos delante. Más que hacer grandes proclamas sobre la paz mundial, construyámosla en el ambiente concreto donde diariamente vivimos y trabajamos, siendo más justos y veraces con el prójimo.

### **Lo más opuesto a la solidaridad es el materialismo**

Me parece muy atinada esta definición que da Pío Baroja de materialismo: «Aprovecharse de todo lo que se pueda sin escrúpulos de ninguna clase».

El aprovechamiento egoísta de todo lo que se pueda sin miramiento alguno es, sin duda, igual a materialismo puro y duro, es decir, lo radicalmente opuesto a la solidaridad.

Este tipo de materialismo abunda en nuestra sociedad actual y es, ciertamente, un elemento muy negativo porque estimula de una manera exacerbada el acaparar y bloquea el compartir solidario y fraterno. Y cuando en una sociedad solo se piensa en acaparar, se vuelve dura y agresiva, pierde la sensibilidad social y desaparecen los ideales nobles que son los que de verdad dan sentido y alegría a la vida. Cuando este materialismo puro y duro se enseñorea de una sociedad, cualquier corrupción es posible y la vida se convierte en una desenfrenada lucha competitiva en todos los campos, sin que importen las víctimas que se quedan por el camino.

Una sociedad que tenga como fundamento este materialismo craso no tiene futuro, porque los problemas ecológicos serán cada vez mayores y la falta de solidaridad terminará por asfixiarla.

### **Que surja de nuevo la primavera de la solidaridad**

El escritor francés Albert Camus dice: «En la profundidad del invierno

experimenté finalmente que en mí latía un invencible verano». De esta forma poética Camus expresa su inconformismo radical. En la frialdad del egoísmo, surge su protesta más enérgica contra la injusticia social. En sus novelas palpita una ética humanista inmovible, una honradez diamantina: en el invierno del egoísmo surge siempre la primavera de la solidaridad que es la fraternidad hecha justicia. Camus cree en el hombre solidario que entrega su vida en favor de los demás.

Albert Camus es un espíritu atormentado que detecta con la máxima lucidez la injusticia y la combate con valor. Los personajes principales de sus novelas están dotados de una fuerza extraordinaria y luchan incansablemente por un mundo más justo, humano y solidario. Camus cree firmemente en la dignidad del ser humano y experimenta una profunda tristeza cuando es violada. Es un autor triste y derrotista porque demasiadas veces el ser humano se comporta de una manera egoísta y cruel.

También quiero destacar una importante cualidad de la solidaridad, que es la gratuidad. El psicoanalista y sociólogo alemán Erich Fromm, miembro destacado de la Escuela de Frankfurt, afirmó en 1956: «El amor (la solidaridad) solo comienza a desarrollarse cuando amamos a quienes no necesitamos para nuestros fines personales».

Este pensamiento de Fromm es profundo y exigente. Viene a decirnos: solo el amor gratuito es genuino amor. El test, la prueba del amor es la gratuidad. Un amor interesado es estrategia, táctica para conseguir algo, pero no auténtico amor. El amor genuino no es el que busca la satisfacción de nuestros fines personales, sino el que procura el bien del otro o de los otros sin esperar recompensa. La gratuidad, por tanto, es la característica más esencial del amor y de la solidaridad. El amor comienza a desarrollarse de verdad cuando no es utilitarista, sino altruista, desinteresado, gratuito. «Amar –decía Teilhard de Chardin– significa colocar la propia felicidad en la felicidad de los otros.»

El fundamento de la sociedad humana es el respeto a la persona. Cuando no se respetan los derechos fundamentales de la persona humana, los pueblos se envilecen progresivamente porque fallan en lo fundamental. La persona debe ser siempre respetada porque es un fin en sí misma. Nunca puede ser empleada o manipulada como un medio. Las dictaduras que así lo han hecho (de derechas y de izquierdas) han producido innumerables víctimas, pero tarde o temprano han caído estrepitosamente. Solo cuando la persona humana es respetada se puede construir una sociedad justa y solidaria: la persona con todos sus derechos y deberes es su centro y fundamento.

La Iglesia, «experta en humanidad», como le gustaba decir a Pablo VI, a través de su doctrina social, proclama con fuerza este fundamental principio de ética humana y cristiana: la persona humana es sagrada porque ha sido creada a imagen de Dios, consecuentemente, debe ser siempre respetada, y todo cuanto atenta contra su vida y su dignidad ha de ser rechazado.

Coherente con este principio, la Iglesia se ha esforzado siempre a lo largo de la historia por ser humana y humanizadora. Y cuando han fallado los hombres que la formaban, y no lo ha sido, ha tenido que convertirse y cambiar radicalmente de rumbo.

La Iglesia debe siempre evangelizar humanizando y humanizar evangelizando. La Buena Noticia que Jesús nos proclamó –su Evangelio– es esencialmente humana y humanizadora, fuente de sentido y de salvación.

# TRABAJAR HONRADAMENTE

El trabajo, entendido como paso decidido de la pasividad a la colaboración para con los otros es un auténtico valor ético. Quien ama el trabajo y la profesión es útil a la sociedad y se siente realizado como persona. La mejor herencia que unos padres pueden dejar a sus hijos es una buena formación humana y profesional, que luego será la base para su futuro desarrollo como personas y como ciudadanos.

Comer la sopa boba a costa de alguien nunca ha sido una posición ética. Quien pudiendo trabajar no trabaja es un zángano, y en nada colabora a la construcción de una sociedad mejor.

El trabajo correctamente realizado dignifica a quien lo lleva a cabo. Quien encarga el trabajo debe ser honrado en la paga y quien lo realiza debe mostrar su honestidad en la obra bien hecha.

Sin trabajo la sociedad no progresa, y sin progreso las personas no tienen lo suficiente para vivir con dignidad. Quien vive a costa del trabajo de los demás, sin querer aportar el suyo, es una rémora para la sociedad.

Trabajar honradamente es una actitud ética elemental que dignifica a la persona y la perfecciona. A través del trabajo nos realizamos como personas y perfeccionamos la obra de la creación. No hay realización personal sin trabajo. El trabajo bien hecho y honradamente realizado nos hace más personas y contribuye al bienestar de los otros. De ahí se deduce la gran injusticia que supone la falta de trabajo para quien desea trabajar y no puede. El paro forzoso es una cruel humillación y una fuente de profunda frustración. ¡Qué decepción siente la persona que queriendo trabajar no puede, por escasear los puestos de trabajo! El paro es el origen de múltiples humillaciones que pueden llevar a la depresión e incluso al suicidio. Quien no encuentra un trabajo digno para su sustento y el de su familia, sufre una gravísima injusticia, difícil de soportar.

## El valor del trabajo

«El trabajo aleja de nosotros tres grandes males: el aburrimiento, el vicio, la necesidad» (Voltaire). Esta frase llena de sentido común es un gran elogio a la

laboriosidad. El trabajo nos distrae, nos libera elegantemente del vicio y nos permite vivir con dignidad gracias a los medios económicos que nos proporciona.

Esta idea básica sobre el trabajo nos hace descubrir su gran valor y a la vez la tragedia que lleva consigo el no poder conseguirlo. Una persona que queriendo trabajar no puede, además de aburrirse y de estar expuesta a caer en la degradación física y moral, carece de medios para que ella y su familia puedan vivir dignamente. El paro forzoso es una de las plagas más terribles e injustas de nuestra moderna sociedad industrial. Sin trabajo, el hombre se siente inútil y no encuentra sentido a su existencia, todas las perspectivas de realización se le cierran, apenas puede aportar nada válido a la sociedad que le rodea.

Los que tenemos trabajo, valorémoslo y ejerzámoslo con responsabilidad, y a la vez manifestemos nuestra solidaridad con los que no lo tienen y lo buscan de verdad. Esta solidaridad se la podemos demostrar de dos maneras: compartiendo con ellos parte de nuestro trabajo o parte de nuestros bienes.

### **«La laboriosidad es la mejor lotería»**

Dice un proverbio alemán: «La laboriosidad es la mejor lotería». Cada día son más, por desgracia, las personas que ponen toda su confianza en un golpe de suerte. Todos los tipos de juegos de azar crecen espectacularmente, y no son pocos los que respecto a ellos sufren una adicción tan fuerte como la que otras personas puedan tener a la bebida o a la droga.

A este respecto el proverbio alemán es de un gran realismo y de una gran sensatez: «La laboriosidad es la mejor lotería». El trabajo continuado y bien hecho debe ser el pilar firme de tu porvenir. No encomiendes tu futuro ni a la lotería ni al juego en general. Tu porvenir humano solo podrá ser el fruto de tu esfuerzo constante y tenaz. Sin esfuerzo, sin trabajo, pocas cosas se consiguen y si se consiguen, son muy efímeras.

La mejor «lotería» es el fruto del trabajo bien hecho y continuo. Esta es la «lotería» que siempre toca, que nunca decepciona, y que a su vez ayuda a construir una sociedad mejor.

Participa en esta «lotería» y el premio, te lo puedo garantizar, es seguro. Siempre toca.

**¡Ojalá tu profesión sea tu *hobby*!**

Me llama gratamente la atención cuando oigo decir a una persona: «Mi profesión es mi *hobby*». Cuando la profesión coincide con la vocación, aquella se realiza con agrado y esta resulta sumamente fructífera.

Cuando una y otra coinciden, entonces uno se encuentra plenamente realizado. Una profesión que no está apoyada sobre una vocación se suele ejercer a regañadientes, o a lo más, fríamente, sin poner el debido interés en ella. Hay gente cuyo máximo deseo es dejar de lado su profesión para poder desembarcar en el *hobby*. Soportan su profesión pero no la quieren. La ejercen, simplemente, como un medio indispensable de subsistencia, pero no encuentran en ella ningún estímulo o gratificación.

Por el contrario hay personas que han hecho de su profesión su principal *hobby*: se sienten felices y realizadas; trabajan a gusto y rinden el doble. El trabajo que realizan está bien hecho y, además, les resulta gratificante. «Cuando el trabajo es un placer –dice el escritor ruso Maxim Gorky–, ¡la vida es una alegría! Cuando el trabajo es un deber, la vida es una esclavitud».

Sé que no siempre puede coincidir *profesión* con *vocación*. No pocas veces para poder subsistir uno se ve obligado a asumir una profesión que no ha deseado. Ahora bien, cuando dependa solamente de ti hacer coincidir profesión con vocación, no lo dudes ni un momento. Si tu gran *hobby* logra ser tu profesión, la obra bien hecha está prácticamente asegurada, tu rostro reflejará alegría y serenidad, y además harás felices a los que viven a tu lado.

### **Sobre el perezoso no suele descender la inspiración**

Jaime Balmes, en su libro *El criterio*, obra llena de sensatez y de sabiduría, escribe: «La inspiración no desciende sobre el perezoso». Y Picasso solía decir que la inspiración siempre le llegaba trabajando.

El esfuerzo y el trabajo son la fuente principal de la inspiración. La inspiración no suele llegar por arte de magia. El violinista y compositor Pablo Sarasate, al ser calificado de genio por un crítico de arte, exclamó: «¡Un genio! ¡Durante treinta y siete años he practicado catorce horas diarias, y ahora me llaman genio!».

¡Cuántas veces lo que solemos llamar genialidad no es más que una suma de múltiples fatigas! La inspiración y la genialidad no surgen por generación

espontánea. Suelen ser, más bien, el fruto maduro de muchas horas calladas de sacrificio.

Sin trabajo y esfuerzo, la genialidad y la inspiración pueden llegar, ciertamente, pero es la excepción. La regla es otra totalmente distinta: la genialidad y la inspiración suelen hacer su presencia como fruto maduro de muchas horas de esforzados intentos. Esta es la realidad y no otra. Así al menos lo confiesan muchos de los que llamamos genios.

## **Crear trabajo, actividad ética y solidaria**

Crear empleo es una actividad eminentemente ética y solidaria, porque facilita que otros paisanos puedan trabajar honradamente. Sin trabajo las sociedades democráticas entran en crisis, porque el descontento social puede acabar hundiendo las instituciones que nos rigen. Los políticos y el mundo empresarial tienen una grave responsabilidad en la creación de puestos de trabajo, desde unas finanzas públicas saneadas y dinámicas y desde un ímpetu empresarial adecuado para fomentar empleo.

El político español Javier Rupérez ha afirmado: «El paro y la corrupción son formas de violar los derechos humanos». Totalmente de acuerdo. A veces pensamos que esto de «los derechos humanos» es simplemente una expresión bonita para adornar un discurso o un artículo de carácter social. Los derechos humanos más elementales se violan con el paro y la corrupción.

Un derecho fundamental de la persona es, sin duda, poder trabajar y ganar un sueldo digno para vivir dignamente. Si esto no es posible, algo muy importante en nuestro sistema socioeconómico está fallando.

Y cuando los políticos, por ejemplo, caen en la lacra de la corrupción, aprovechándose de un dinero que es de todos los contribuyentes para enriquecerse personalmente de forma injusta, se atenta directamente contra los derechos que tenemos los ciudadanos a que el dinero que hemos pagado con nuestros impuestos revierta en el bien común de toda la sociedad. Hoy, por desgracia, hay políticos que más parecen gerentes de grupos de poder económico, que servidores del bien común. «La política –dice Václav Havel– debería ser la expresión del deseo de contribuir a la felicidad de la comunidad en lugar de la necesidad de engañarla o expoliarla. Enseñémonos y enseñemos a los demás que la política no solo puede ser el arte de lo posible, en especial si esto implica el arte de la especulación, el cálculo, la intriga, los tratos secretos y las maniobras

programáticas, sino incluso también el arte de lo imposible, el arte de mejorarnos a nosotros y mejorar el mundo.»

No se violan los derechos humanos solamente cuando se tortura o se mata, sino también cuando alguien que quiere trabajar no puede y cuando los que tendrían que servir al bien común se sirven a sí mismos.

En la economía saneada y dinámica de un país, que es la única que puede crear empleo para todos, deben participar muy activamente gobernantes, empresarios, líderes sindicales y trabajadores. La responsabilidad es de todos. Todos deben arrimar el hombro a la hora de crear empleo digno para que la sociedad pueda progresar. Sin trabajo las sociedades democráticas no pueden avanzar porque el descontento social las frena y las hunde. Hay conquistas del Estado de bienestar a las que no podemos renunciar porque son el fruto de un gran esfuerzo mancomunado de varias generaciones que, desde el final de la segunda guerra mundial, han luchado para que las clases trabajadoras pudieran gozar de derechos fundamentales como el trabajo, la sanidad, la educación y el subsidio de desempleo. Las posiciones neoliberales extremas quisieran ver desmantelado el Estado de bienestar, privatizando todas las políticas sociales: es una actitud carente de sensibilidad ética que solo favorece a los poderosos y humilla a los débiles. Es verdad que el Estado de bienestar está en crisis porque no es nada fácil conjugar economía y ética. El Estado no es el padre potente y generoso que pueda cubrir todas las necesidades sociales de sus ciudadanos. La economía, que es la sabia administración de los recursos escasos, tiene unos límites que deben ser respetados, de lo contrario el sistema quiebra, y luego sí que resulta imposible afrontar las necesidades sociales urgentes de los más desfavorecidos.

## **La tragedia humana del paro**

El paro es uno de los fenómenos más negativos de la actual sociedad. Es un problema que nos interpela a todos.

«El paro –dice Juan Pablo II en su encíclica social *Laborem exercens*– es siempre un mal y, cuando toma ciertas dimensiones, puede resultar una verdadera calamidad social. El paro se convierte en un problema particularmente doloroso cuando los afectados son principalmente los jóvenes, los cuales, después de haberse preparado con una adecuada formación cultural, técnica y profesional, no consiguen encontrar un puesto de trabajo; y con dolor ven así frustradas su

voluntad sincera de trabajo y su disponibilidad en asumir la responsabilidad propia en el desarrollo económico y social de la comunidad» (LE 18).

Cuando el paro se hace crónico produce en la persona una amarga sensación de inutilidad, la hunde en la miseria y la degrada en el aspecto físico, psíquico y moral.

«De un paro prolongado –afirmó el actual Papa en su discurso a trabajadores y empresarios, en Barcelona, el 7 de noviembre de 1982– nacen la inseguridad, la falta de iniciativa, la frustración, la irresponsabilidad, la desconfianza en la sociedad y en uno mismo; se atrofian las capacidades del desarrollo personal; se pierde el entusiasmo, el amor al bien; surgen las crisis familiares, las situaciones personales desesperadas, y luego uno cae fácilmente –sobre todo los jóvenes– en la droga, el alcoholismo y la criminalidad.»

Esta descripción del problema del paro hecha por Juan Pablo II es patética, pero real. Nuestra economía, aun reconociendo los logros alcanzados, presenta todavía importantes problemas, y ninguno tan acuciante como el del paro. La inflación, es verdad, pone en peligro el poder adquisitivo de los salarios por las crecientes y continuas subidas de los precios; pero el paro corta incluso la posibilidad de recibir un salario.

El paro es, sin duda, un desafío social que exige una respuesta urgente, lúcida y solidaria.

## **La chapuza es el robo en el trabajo**

El trabajo bien hecho es lo contrario de la chapuza. La chapuza, que encontramos en todos los ámbitos de la vida, es el robo en el trabajo. Esta es la mejor definición que podamos dar de ella. Quien roba o escatima en el trabajo produce la chapuza que constituye un atentado ético. Atenta contra la ética más elemental quien no paga adecuadamente el trabajo y quien lo realiza de forma deficiente. Ambos contribuyen a fomentar la chapuza, que no pocas veces se ha convertido en un deporte nacional.

Está en crisis la obra bien hecha, el trabajo bien acabado. Vivimos en el mundo de la chapuza. ¡Cuánta irresponsabilidad profesional se observa por doquier!

La chapuza es una obra a medio acabar en donde se detecta una flagrante contradicción entre calidad y precio. La chapuza es mal gusto, engaño; es, en definitiva, robo.

Para acabar con esta plaga de nuestra moderna sociedad se hace necesaria una mayor preparación profesional, una mayor educación cultural y artística, y un sentido más profundo y serio de la responsabilidad. Sin esto, la chapuza campa a sus anchas y se vuelve contra los mismos ciudadanos.

Un país donde la chapuza se ha apoderado de la vida pública y se ha generalizado en todos los campos profesionales está condenado al fracaso, no tiene futuro. Y, además, se respira en el ambiente un malestar cívico, una desconfianza mutua y una picaresca que en nada favorecen la construcción de un pueblo próspero y civilizado.

Un antropólogo estadounidense acaba de señalar que las causas de la chapuza radican no tanto en el empeño de los tornillos en aflojarse como en la avería moral de los operarios, los diseñadores, los directivos y los controladores de calidad que en cada una de las fases de su fabricación se obstinan en aportar un granito de incompetencia.

Sin duda, la gran batalla del futuro será la batalla de la calidad. Un país no puede avanzar con trucos y trampas.

Estoy plenamente convencido de la verdad que encierra este eslogan: «El trabajo mal hecho no tiene futuro. El trabajo bien hecho no tiene fronteras». La chapuza no tiene futuro y además, como advertía anteriormente, es un robo. Donde escasea la calidad no hay porvenir. Puede haber, por un breve período, ganancias fáciles, pero a la larga el fracaso se hace inevitable. Por el contrario, cuando el trabajo está bien hecho, a conciencia, no tiene fronteras: es valorado por todos y en cualquier parte.

Apostemos decididamente por la calidad. Es la única salida. En el campo económico no hay milagros. Los «milagros», si a veces los hay, son fruto de la inteligencia y de la tenacidad. El «milagro» es el trabajo. En economía solo se recogen frutos de una siembra bien realizada y únicamente se sacan consecuencias de unas premisas bien puestas. Por ejemplo, después de la segunda guerra mundial (1939-1945) Alemania quedó arrasada, y gracias al Plan Marshall, a la buena formación profesional de la gente, a la disciplina y al trabajo de todo un pueblo y a la acertada dirección de unos políticos sensatos e inteligentes, como el canciller Konrad Adenauer y su ministro de finanzas, Ludwig Erhard, se pudo hablar del «milagro alemán». Y sería más exacto hablar del «milagro de los alemanes». El pueblo germano no es un pueblo perfecto. Tiene sus lagunas, sus fallos y sus defectos, como los puede tener cualquier otro pueblo de la tierra, pero tiene dos grandes virtudes cívicas poco comunes: el sentido del orden y de la organización, y la voluntad y capacidad de llevar a

cabo un trabajo bien hecho y eficaz. Y en esto ha consistido precisamente «su milagro».

En una economía de mercado nadie puede vivir a costa de los demás. Si las empresas de un país no se modernizan ni saben hacer un trabajo de calidad ni equilibran justamente precio y producto, sus días están contados.

Siempre he admirado la *cultura de la calidad*. Siempre he apreciado la obra bien hecha, la calidad, en cualquier campo de la vida humana. Pienso que es la mejor contribución que el hombre puede hacer a la maravillosa creación de Dios. Además, la calidad es un valor importante de la ética civil y en cierta manera es sinónimo de honradez y responsabilidad en el trabajo.

La tosquedad, la chapuza, la negligencia, el abandono, la fealdad, la incompetencia, la improvisación y la rutina son lo contrario de la calidad, de la obra bien hecha. Un pueblo que no cuida la calidad no tiene futuro y fácilmente es colonizado por otros pueblos.

La *cultura de la calidad* debería impregnar nuestra sociedad española. Todos deberíamos colaborar en su promoción. La obra bien hecha, la calidad, no es patrimonio exclusivo del artista. El estudiante, la madre de familia, el obrero, el empresario, el intelectual, el sacerdote, el profesor, el maestro, el político..., todos deben exigirse calidad y rigor en su trabajo. En España hoy –es necesario reconocerlo con sinceridad– falta calidad «en cantidad» tanto en lo público como en lo privado.

Olvidar la calidad es hacer dejación de la seriedad y de la responsabilidad en el trabajo. Quien no es serio ni responsable a la hora de llevar a cabo su actividad, frena el desarrollo integral de su pueblo y se autobloquea en su realización personal.

No basta con haber conseguido un cierto bienestar económico, haber hecho el tránsito pacífico a la democracia y formar parte de la Unión Europea. Ahora se trata de empeñarnos en la consecución de la calidad en todos los campos de la actividad humana. Si queremos ser un pueblo respetado y valorado, y contribuir eficazmente a la construcción de un mundo más justo, humano y solidario, esforcémonos en la realización de la obra bien hecha en cualquier campo de la actividad humana, por sencillo e insignificante que sea.

No es el país quien hace grandes a las personas, sino al revés. Siempre he creído que aquellas célebres palabras de John F. Kennedy estaban llenas de humanidad: «No preguntes lo que puede hacer tu país por ti, pregunta lo que puedes hacer tú por tu país».

Los pueblos y las personas que lo esperan todo del papá Estado se atrofian y

quedan anquilosados en un raquítrico infantilismo. Solo los ciudadanos que libre y responsablemente aportan sus ideas y su trabajo son capaces de levantar una nación y de contribuir eficazmente a su desarrollo integral.

Sin el esfuerzo coordinado y constante de los ciudadanos no se levanta ningún pueblo. Los pueblos no son entes abstractos ni mágicos, sino la suma real y concreta de mujeres y hombres que con su imaginación, creatividad y trabajo dan origen a una cultura que es la suma de todas sus pautas de pensar, de interpretar y de actuar. Y luego esta cultura redimensiona y enriquece a su vez a los individuos que la han hecho posible.

Un país progresa en la medida en que sus ciudadanos son capaces de ser constructores del bien común antes que buscadores egoístas de su propio bienestar.

### **La riqueza concentrada en pocas manos es injusta**

Trabajar honradamente es una actitud eminentemente ética que dignifica al trabajador y ayuda a la sociedad a progresar. Y la riqueza, fruto del trabajo, significa un avance para la sociedad. Ahora bien, no olvidemos la seria advertencia que hace el famoso economista norteamericano John Kenneth Galbraith, en su obra *La sociedad opulenta* (1958): «Cuanto mayor la riqueza, más espesa la suciedad». Una frase dura y seca, pero con una gran carga de verdad.

La riqueza en sí no es mala. Sirve para el necesario desarrollo material de los pueblos. La riqueza, fruto de la organización y del trabajo de los hombres, ayuda sin duda a la prosperidad de los pueblos.

Ahora bien, la riqueza concentrada en pocas manos, suele ir acompañada de corrupción y suciedad moral. Donde los grandes intereses económicos dominan, la honradez y la solidaridad suelen estar ausentes.

La suciedad y la corrupción crecen muy rápidamente en el terreno de la riqueza injustamente acumulada. La riqueza acumulada es poder, y el poder con facilidad corrompe.

La riqueza bien usada, adecuadamente repartida y compartida con sabiduría no sería peligrosa, antes al contrario: sería una excelente plataforma de realización personal para muchos. Pero la riqueza acumulada en pocas manos suele convertirse en un mar de suciedad, y en la suciedad, ya se sabe, pulula todo y la infección moral está asegurada.

## La economía sin ética carece de rumbo

Pablo VI en su encíclica social *Populorum progressio* afirma: «El desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para ser auténtico debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre. No aceptamos separar la economía de lo humano. Lo que cuenta para nosotros es el hombre, cada persona, cada agrupación de personas, hasta la humanidad entera» (PP 14).

Cuando el hombre es el centro de la economía, esta no corre el peligro de deshumanizarse. Solo una economía al servicio del hombre es ética. Según la doctrina social de la Iglesia, el auténtico desarrollo no puede quedar reducido a simple crecimiento cuantitativo. O dicho de otra manera: el desarrollo económico debe ir siempre acompañado de un adecuado progreso humano y social.

En nuestra sociedad se nota un alarmante desfase entre desarrollo económico y progreso humano-social. Lo cuantitativo y lo técnico han alcanzado un nivel muy considerable; lo cualitativo, lo humano, como el gusto por el arte y la cultura, el valor de la solidaridad, la madurez humana, la educación cívico-política y, en definitiva, la ética civil han quedado en cambio muy por debajo.

Solo con desarrollo económico no conseguiremos una sociedad más justa y humana. Lo que verdaderamente importa, por tanto, es que el desarrollo económico redunde en bien de la formación integral de la persona y contribuya a su mayor humanización.

Corremos el peligro, según decía Marcuse en su famosa obra *El hombre unidimensional*, de reducir toda la realidad humana a una sola dimensión: la cantidad, lo material. Y esta reducción esclaviza a la persona, encerrándola en un único binomio de valores: la eficacia inmediata y el poder económico.

Todo programa de desarrollo económico debe estar siempre al servicio de la persona humana. El hombre debería ser el autor, el centro y el fin de toda la vida económica (cf. Concilio Vaticano II, GS 63). El desarrollo debe promover a todas las personas y a toda la persona. Consecuentemente, el desarrollo económico no puede separarse del progreso social.

El desarrollo económico sin progreso humano-social, deshumaniza, esclaviza. Y el progreso humano-social sin un mínimo de desarrollo económico no es más que una pura quimera, un mero sueño.

Es progreso todo lo que haga el mundo más humano y más racional. El progreso, por tanto, no es sinónimo de desarrollo industrial y económico. Este es

necesario para los pueblos, pero no garantiza de por sí el verdadero progreso que es lo que de verdad los humaniza.

Hoy día en nuestra sociedad se nota un alarmante desnivel entre desarrollo económico y progreso humano y social. En cuanto a desarrollo técnico nos hemos vuelto unos gigantes; en cuestión de progreso humano y social adolecemos de un alarmante retraso. La desproporción es abismal, y precisamente por ello nuestra sociedad presenta a veces un aspecto agresivo e inhumano.

El verdadero humanismo y la sana racionalidad no avanzan al mismo ritmo que el desarrollo industrial y económico. Hay sociedades del Tercer Mundo, por ejemplo, con escaso desarrollo industrial y económico, mucho más humanas que las nuestras y donde los gestos de solidaridad son más habituales. Esto nos debería hacer reflexionar.

No lo olvidemos: es progreso todo lo que haga al mundo más humano y más racional, y no lo que lo haga más desarrollado industrialmente, más técnico y más rico.

La economía sin ética, sin valores, carece de rumbo, y en lugar de servir a todos los hombres y a todo el hombre, sirve solamente para enriquecer a unos pocos.

Urge humanizar la economía, porque una economía que va contra el hombre, además de ser injusta, a la larga no es rentable. La catedrática de Ética, Adela Cortina, afirma al respecto: «La ética y la rentabilidad no son ni mucho menos los términos de una disyunción. La ética es rentable para la empresa a medio o largo plazo. De hecho, sin ética no hay negocio. Y es por ello que la empresa ha de ser responsable, ha de tener sus creencias y valores, ha de generar y comunicar confianza si quiere responder realmente a los nuevos y estimulantes retos hoy planteados».

## **Saber compaginar el mercado libre y la justicia social**

Urge equilibrar el mercado libre y competitivo con la justicia social. Sin mercado libre y competitivo tenemos una economía cerrada que lleva al caos. Donde no hay libertad y competitividad no hay estímulo, y donde no hay estímulo humano no hay trabajo ilusionado ni afán de superación. Ahora bien, el simple mercado libre y competitivo no basta. Más aún, desbocado, lleva al egoísmo y al enriquecimiento de unos pocos, causando la explotación de muchos. Lo deseable

es una adecuada economía de mercado socialmente equilibrada. Saber combinar mercado libre y competitivo con justicia social es lo que realmente importa.

Sin justicia social, el pez grande siempre se comerá al pequeño. Sin justicia social, las estructuras injustas contra los débiles se harán inevitables.

¿Cómo combinar una economía libre, competitiva y abierta con el respeto a los derechos del trabajador y su promoción social? ¿Cómo producir más y distribuir mejor lo producido? ¿Cómo conseguir una economía fuerte y a la vez respetar la ecología? ¿Cómo establecer relaciones comerciales con el Tercer Mundo que de verdad favorezcan su desarrollo? Todos estos interrogantes encuentran su adecuada respuesta en el ejercicio dinámico de la justicia social. Sin ella, la economía es una jungla donde solo medran los más fuertes y donde los más débiles apenas pueden subsistir.

Es un gran desafío saber conjugar libertad personal y justicia social. No pocas veces la libertad se ha defendido a costa de la justicia social. Y cuando así sucede surgen serios interrogantes como estos: ¿de qué les sirve la libertad a los que son explotados socialmente? ¿Qué significa la libertad para quien no tiene trabajo? ¿Qué quiere decir libertad para una persona que ni siquiera tiene para comer?

Pero también se ha dado el caso contrario en nuestra historia reciente: pretender defender la justicia social y a la vez negar las más elementales libertades individuales. Entonces bajo un pretendido ideal de justicia social se ha cometido la más terrible de las injusticias sociales que consiste en negar la libertad individual de las personas.

Ni el capitalismo liberal desenfrenado ni el socialismo marxista cerrado resuelven el problema, sino que lo agravan. El primero exagera la libertad a costa de la justicia social. Y el segundo pretende ser el garante de la justicia social conculcando las libertades individuales.

¿Cómo conjugar libertad personal y justicia social? Aquí está el nudo gordiano. Hoy se necesita un nuevo sistema económico-social que sepa conjugar adecuadamente libertad personal y justicia social. Cuanta más libertad personal, mejor, pero nunca a costa de la justicia social. Y cuanto más justicia social, mejor, pero nunca atentando contra lo más sagrado de la persona que es la libertad.

Después de la caída de los sistemas socialistas colectivistas vivimos la euforia de la libertad, pero resulta ser la libertad de los más fuertes sobre los más débiles. Solo una dosis grande de justicia social, que haga real la libertad de los más necesitados, puede representar la solución del problema. La solución no radica en elegir entre libertad personal o justicia social, sino en la estrecha

conjunción de los dos factores: libertad personal y justicia social. Solo así se puede alcanzar una sociedad solidaria que es aquella que es a la vez libre y justa.

## 8

# MANTENER LA PALABRA DADA

Mantener la palabra dada significa ser fiel a lo que uno se ha comprometido. Hay quienes prometen algo y se olvidan casi inmediatamente, provocando frustración en quien o quienes esperaban una respuesta coherente.

La palabra que no va seguida de una acción consecuente se la lleva el viento o se convierte en palabra vacía. Es un principio de ética elemental cumplir la palabra dada o la promesa hecha.

Quien no cumple la palabra dada decepciona y defrauda, y de él poco o nada se puede esperar.

Hay gente de palabra fácil y ligera que promete el oro y el moro, pero luego todo se queda en pura palabrería.

Ser persona íntegra, de carácter y saber cumplir con sencillez e integridad la palabra dada revela una gran adultez humana. No hay adultez o madurez humana si no se mantiene la palabra dada, si se promete algo y no se cumple, si se formulan peroratas pero no hay actuaciones coherentes.

Las palabras son necesarias, porque debemos saber a qué atenernos, pero no bastan. Deben ir seguidas de comportamientos coherentes, que son los que de verdad importan. El comportamiento es la cristalización de la palabra. Solo con palabras no hay actitudes éticas. La ética comienza cuando la palabra veraz, justa y responsable se vuelve acción buena, acción en favor del bien común.

### **La convivencia humana se fundamenta en el mantenimiento y cumplimiento de la palabra dada**

Mantener y cumplir la palabra dada reviste una importancia capital en el campo de la convivencia humana. La convivencia familiar y ciudadana se desmorona si no mantenemos ni cumplimos la palabra dada. ¿Qué convivencia puede haber si cada uno sigue simplemente sus caprichos y hace en cada momento lo que le da la real gana, olvidando sus deberes y compromisos?

Mantener y cumplir la palabra dada es una actitud ética elemental que nunca debemos olvidar. De lo contrario emprendemos un camino resbaladizo e inestable que para nada favorece la convivencia humana. No hay convivencia humana

posible si no se mantiene ni se cumple la palabra dada.

Mantener la palabra dada y cumplirla fielmente es un principio ético tan básico que, si no se cumple, todo el edificio de la conducta humana y de la ética civil se resquebraja. ¿Qué conducta humana podría mantenerse en pie si nadie mantuviera ni cumpliera la palabra dada?

### **La responsabilidad cristaliza en el mantenimiento de la palabra dada**

«Ser responsable» es la forma en que cristaliza en realidad el mantenimiento y cumplimiento de la palabra dada. Una persona responsable es aquella que sabe mantener y cumplir su palabra. Y la persona que la mantiene y cumple es, a su vez, responsable.

Estos diez valores de ética elemental de que venimos hablando se relacionan mutuamente y se complementan, formando un cuerpo compacto de ética civil. Es difícil establecer entre ellos un orden prioritario: colocarlos en un sitio u otro depende de la óptica elegida.

Los diez valores son importantes, y sobre todo la importancia radica en el bloque, en el conjunto que forman. El que uno esté colocado en primer o quinto lugar no importa. Lo que interesa es el bloque, el conjunto íntimamente entrelazado y cuyos elementos son complementarios.

### **Mantener la palabra dada exige constancia**

Hoy día, la constancia es una de las virtudes humanas que más escasean. ¡Cuántas veces no se mantiene la palabra dada por falta de constancia! Son muchos, además, los que comienzan con ilusión un proyecto o ponen en marcha con acierto una determinada obra, pero no son constantes y a mitad de camino, o antes, lo dejan. La meta les parece lejana y se cansan. «Comenzar bien no es poco, pero tampoco es mucho», decía el filósofo griego Sócrates. Efectivamente, lo que importa es ser constante y llegar hasta el final; ser constante en el mantenimiento y cumplimiento de la palabra dada. Solamente el final corona la obra.

La constancia es un valor humano que exige esfuerzo, humildad y confianza en uno mismo. Sin esfuerzo, humildad y confianza en uno mismo no se alcanza nada

que realmente valga la pena. Los objetivos importantes solo se consiguen con mucho trabajo, con la aceptación sincera de la propia limitación y con la plena confianza de que uno los puede alcanzar si desarrolla acertadamente sus capacidades y emplea los medios adecuados.

La falta de constancia produce aburrimiento, superficialidad y cansancio, derivando a veces en hastío extremo que lleva a la total inoperancia. Son cada día más en nuestra sociedad los que están siempre de vuelta de todo, y suelen coincidir con aquellos que no han ido nunca a ninguna parte.

La constancia es fruto de la voluntad y de la inteligencia: las dos se necesitan para no abandonar un proyecto o una obra a mitad de camino.

Decía el general sudafricano Petrus Jacobus Joubert: «El genio comienza las obras grandes, pero solo el trabajo las termina». Y la constancia es sobre todo trabajo. Las genialidades sin trabajo se quedan siempre a mitad de camino. La genialidad, sin duda, es muy importante, pero sin la tenacidad no corona ninguna obra.

## **Fidelidad es sinónimo de mantener la palabra dada**

La fidelidad es la perseverancia en la palabra dada. Fidelidad es lealtad que uno le debe a otro siempre y a pesar de todo, es el crisol de la amistad, es el test de la firmeza de los compromisos. Afirma Alfonso López Quintás:

«Ser fiel a alguien no significa estar “encadenado” a él. Esta es la impresión que produce la fidelidad cuando se la malentiende como un mero “aguantar” o “dejarse dominar”. Dominar y ser dominado son relaciones que acontecen en el plano de los objetos, y la fidelidad se da en el plano de las realidades personales o, más en general, de las ambientales, las realidades que son más bien centros de iniciativa, fuentes de posibilidades, que meros objetos. [...] Queda patente que la fidelidad es inspirada, impulsada y sostenida por el amor a lo valioso. [...] La fidelidad a una persona va vinculada con la bondad, la amistad, el agradecimiento..., y presenta siempre un aspecto noble, pues supone una elección libre a favor de aquel al que se siente uno obligado, vinculado con algún tipo de compromiso».

Hoy día, la fidelidad es una de las virtudes humanas que más escasean. Mantener la fidelidad a una persona o a una causa en la que se cree no consiste en caminar a su lado cuando el camino está alfombrado de rosas. Eso no es fidelidad, sino oportunismo. La fidelidad es auténtica cuando se sabe mantener

firme en los trances más duros.

Cuando uno mantiene la palabra dada practica la fidelidad y esta realza su valor moral. En épocas pasadas el valor de la palabra era enorme. Pasos decisivos y negocios importantes se sellaban solo con la palabra; sobran los documentos escritos, que suelen ser hijos de la sospecha. La «palabra» lo era todo. Una palabra dada era una palabra mantenida y cumplida. Hoy, en cambio, la ligereza campa a sus anchas y la palabra se convierte en una «veleta» que ahora es «sí» y en pocos instantes puede volverse «no».

La fidelidad en el matrimonio, en la amistad, en los negocios, en la política, etc., es una virtud ética de capital importancia que expresa el valor integral de la persona que la practica y también de la persona que sale beneficiada de ella.

Redescubramos la relevancia de la palabra dada. En algunas tribus indígenas de Oceanía, la de los papúes por ejemplo, los compromisos más serios e importantes se sellaban con la sencilla expresión: «¡Palabra de hombre!».

Si nos esforzamos por vivir la fidelidad, esta nos ayudará a ser más veraces, más justos, más responsables y más solidarios.

# SER CRÍTICO Y SABER ACEPTAR LA CRÍTICA

La crítica es un elemento purificador y perfeccionador. Sin crítica nos dormimos en la vulgaridad. La persona crítica es la que sabe discernir, la que sabe distinguir entre lo positivo y lo negativo, entre lo bueno y lo malo, desde una ética serena, constructiva. Porque la genuina crítica no es amarga ni derrotista. Ser crítico no significa ser un eterno insatisfecho y amargado que no se contenta con nada. Sepamos combinar el sentido crítico con el amor. «El buen humorista mira al mundo con sentido crítico, pero con amor» (Jacques Tati). Los buenos humoristas, igual que nuestras madres, nos dan una gran lección: saben combinar la crítica con el amor. La crítica no necesariamente ha de ser destructiva. La mejor crítica es la que se hace desde el cariño, la que se hace por amor.

Nuestro mundo está lleno de defectos por corregir y las lacras de nuestra sociedad no son pocas, por tanto se hace necesario el sentido crítico, pero sin que sea agrio, desesperanzado, malintencionado, sino penetrado por el amor. Solo el sentido crítico desde el amor o el amor desde el sentido crítico podrán corregir nuestra sociedad y devolverle la salud cívica que necesita.

La Iglesia debería adoptar también esta postura respecto al mundo: ser para él instancia crítica, voz profética, pero desde la proximidad, desde el cariño, desde el amor. Y no tener miedo a ser criticada por el mundo cuando se aleje del ideal evangélico.

Solo con una actitud crítica y amorosa puede la Iglesia ser creíble ante el mundo. La Iglesia, como Jesús, no está para juzgar ni para condenar, sino para liberar y salvar.

No olvidemos el texto clave del evangelio según san Juan que es la síntesis de toda la teología cristiana: «Dios amó tanto al mundo que le envió a su propio Hijo no para condenarlo, sino para salvarlo» (Jn 3,16).

## **La ética civil necesita de personas críticas**

Quien es genuinamente crítico adopta una actitud ética responsable y hace

avanzar la sociedad hacia metas más exigentes. La ética civil necesita de personas críticas para profundizar en los valores éticos de la verdad, la justicia y la solidaridad, porque no son valores estáticos sino dinámicos, que solo a través de la crítica pueden avanzar. Debemos agradecer a los críticos serios los grandes avances que ha hecho la humanidad en muchos aspectos. Por ejemplo, acciones que antes eran meramente caritativas, ahora son de estricta justicia social. Son avances que, sin los críticos, no se hubieran dado o habrían tardado mucho más en darse. La crítica, que proviene de la duda que es sabia, no se cansa de buscar y esta búsqueda es beneficiosa para todos. Una sociedad dormida en los laureles que carece de críticos auténticos no avanza y se queda encogida en la rutina, que siempre resulta paralizante. Una sociedad sin críticos se convierte en una sociedad mediocre, incapaz de vivir una genuina ética civil. La ética civil necesita de la crítica para afianzarse y resultar cada vez más dinámica.

Aldous Huxley escribió: «Las personas debemos el progreso a los insatisfechos». La insatisfacción, cuando es fruto de la inquietud y de la búsqueda para saber más, es muy positiva. Gracias a los insatisfechos el mundo ha progresado. Si no hubiera habido hombres y mujeres buscadores incesantes y tenaces de la verdad, hoy todavía viviríamos en un retraso lamentable.

El insatisfecho que no aporta nada y se queja de todos y de todo es un personaje negativo que no nos interesa. Aquí no nos referimos a él. Aquí hablamos de la insatisfacción como sinónimo de inquietud intelectual. Solo quien, no satisfecho de sí mismo, continúa estudiando e investigando, presta de verdad un servicio singular al progreso de la humanidad.

Necesitamos más que nunca de intelectuales insatisfechos que sepan pensar y afrontar el futuro con lucidez, que sepan formular nuevos interrogantes para que la ciencia y la técnica avancen, que sepan abrir nuevos horizontes de sentido a las generaciones futuras, mediante la crítica.

Adoptemos una postura crítica –no amarga ni cínica– para lograr cambiar esta sociedad nuestra tan apoltronada en la indolencia y la rutina. Tanto la crítica como la utopía, que estudiaré en el capítulo siguiente, son dos fuerzas éticas que debemos cuidar con esmero. Sin ellas, a la ética civil le falta algo fundamental. O dicho de otra manera: la crítica y la utopía son dos fuerzas éticas de relevante importancia que debemos cuidar si no queremos quedar anquilosados en el límite de lo superficial.

**Las personas genuinamente críticas son lúcidas**

## **y hacen avanzar la sociedad**

La crítica es fundamentalmente lucidez para saber discernir y no comulgar con ruedas de molino. Las personas críticas son las que hacen avanzar la sociedad, las que saben colocar las cosas en su sitio adecuado. Sepamos dudar y reflexionar. Aristóteles escribió: «El ignorante afirma, el sabio duda y reflexiona». En todos los campos de la ciencia, la afirmación rotunda resulta muy peligrosa. Lo más adecuado y sabio es siempre la duda y la reflexión.

La duda, la crítica, es siempre un factor de progreso. El poeta italiano Giacomo Leopardi dice: «El precepto de Descartes: “El amigo de la verdad debe una vez en su vida dudar de todo” es fundamental para el progreso del espíritu humano». Siempre me ha apasionado la *duda* como sinónimo de *búsqueda*. Quien busca la verdad, al menos una vez en su vida, debe dudar de todo. Poner en cuestión las cosas no significa rechazarlas. El espíritu humano progresa gracias a la duda. Si los hombres, a lo largo de los siglos, hubieran permanecido pasivos en su credulidad, el mundo no hubiera avanzado, la ciencia estaría enormemente atrasada y la civilización sería una civilización muerta. La duda ha sido el gran motor de la historia de la humanidad. Solo las preguntas radicales planteadas por los hombres han hecho progresar a la humanidad.

El círculo progresivo de la ciencia es fruto de hipótesis presentadas, verificadas y sistematizadas. Sin la chispa del interrogante de la hipótesis, el mundo permanecería todavía en un estadio muy primitivo de subdesarrollo. Gracias a la duda, el mundo avanza sin cesar y el espíritu humano se perfecciona.

## **La duda es sinónimo de búsqueda sincera y tenaz. Sepamos dudar**

No temamos la duda ni en el campo religioso ni en el campo científico. Cuando es sinónimo de búsqueda resulta sumamente provechosa. Desde Descartes, la duda constituye la piedra angular del progreso de la humanidad. Quien sabe dudar y reflexionar y darse cuenta de que es ignorante, ya da un gran paso hacia el saber.

Es propio del sabio dudar y reflexionar. La duda no es inseguridad, sino más bien búsqueda sincera y tenaz de la verdad. La duda no es oscuridad, sino relámpago que zigzaguea detrás de la verdad; no es desconfiar, sino rastrear la verdad con la ayuda de la reflexión.

Seamos discretos y humildes, adoptando una sabia actitud de duda y de reflexión. El filósofo inglés de origen austriaco Karl Popper escribe: «Nuestro conocimiento es necesariamente finito, mientras que nuestra ignorancia es necesariamente infinita». Y ante una ignorancia necesariamente infinita, no cabe más que la duda y la reflexión. La afirmación no es más que una terrible osadía. Aprendamos a dudar y a reflexionar.

Sin personas críticas la sociedad no avanza y se queda instalada en la rutina y la vulgaridad. Sin personas críticas nos conformamos con muy poco y nos dormimos en la indolencia. Sin personas críticas el horizonte que se nos abre es estrecho y raquítico. Ser crítico es una actitud ética que revela inquietud, ganas de perfeccionarse y deseos de construir una sociedad más veraz y justa. Los críticos, los que saben dudar, son necesarios para hacer avanzar la sociedad. Con personas abúlicas y conformistas siempre nos encontraríamos en el mismo sitio y el avance de la sociedad quedaría con frecuencia atascado. Y con personas que tuviesen siempre todas las ideas claras tampoco avanzaríamos.

El químico y biólogo francés Louis Pasteur solía decir: «Desgraciados los hombres que tienen todas las ideas claras». A veces uno se encuentra por la vida personas que tienen todas las ideas claras, que parecen saberlo todo, que muestran una seguridad psicológica a prueba de bomba. Esto contrasta con aquellas otras palabras del psicoanalista alemán Erich Fromm en su obra *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea* (1955): «El hombre libre es por necesidad inseguro, el hombre que piensa es por necesidad indeciso». En una sociedad en acelerado y radical cambio cultural sería más prudente una postura de sabia duda, de búsqueda constante, en que la pregunta prudente precediera a la respuesta precipitada y altiva. La gente que tiene todas las ideas claras y se enorgullece de ello se encuentra muy lejos de la sabiduría de la duda, que es la que intenta con interés y constancia abrirse camino mediante el interrogante sencillo, sincero e inteligente.

Acostumbrémonos a avanzar por la vida con un buen bagaje de preguntas, no para quedar enredados en ellas, sino para ir respondiéndolas pausadamente en el silencio de nuestro corazón. A veces andamos por el mundo afirmando y nos olvidamos de preguntar. El sabio solo afirma cuando se ha preguntado a sí mismo y a los demás muchas veces. Deberíamos ejercitarnos más en el arte de la pregunta, que exige humildad, sentido crítico y diligencia. Las personas orgullosas y perezosas rara vez se formulan preguntas o dirigen preguntas a los otros. Piensan poseer la verdad en exclusiva o no les interesa ir en busca de la verdad.

La pregunta bien formulada y profundamente meditada aumenta la sabiduría y el sentido crítico y hace que nuestras afirmaciones tengan un sólido contenido. ¡Cuántas afirmaciones frívolas se evitarían si estuvieran precedidas de preguntas sensatas y meditadas!

### **El escepticismo puede ser sinónimo de riqueza interior**

«El escéptico (el crítico) es hombre de más riqueza interior que el dogmático; puesto que este cree en una sola cosa y aquél en muchas, en casi todas» (Ortega y Gasset).

El escepticismo, entendido en sentido positivo, es humilde, abierto, rico; el dogmatismo, en cambio, es orgulloso, cerrado, pobre y empobrecedor.

El escéptico –según José Ortega y Gasset– es una persona crítica, en búsqueda constante y tenaz, y esta búsqueda es la que precisamente le enriquece; el dogmático, por el contrario, piensa saberlo todo y se instala en el conformismo que le lleva al raquitismo interior. El escéptico es la persona inquieta que evita quedar anquilosada en la creencia y defensa de una única verdad, como lo hace el dogmático que se encierra en su fortaleza inexpugnable, pensando poseer la verdad sin los otros e imponiendo su actitud como la única válida. El escéptico es persona acogedora y de gran riqueza interior; en cambio, el dogmático rechaza a todos los que no comulgan con sus ideas y queda empobrecido al creer en una sola cosa, al quedar fijado en una única verdad.

El mismo Ortega y Gasset es el prototipo de hombre escéptico, crítico, tolerante, inquieto por conocer la profundidad y complejidad del alma humana. Dedicó su vida de filósofo a profundizar en el significado de las relaciones humanas. Fue lo contrario de un dogmático: se abrió a todas las verdades del hombre y de la sociedad y soñó con una España moderna, vertebrada y abierta al mundo.

### **Aceptemos la crítica de buen grado**

Necesitamos de los críticos para no dormirnos en los laureles. Aunque sean a veces molestos, son necesarios. ¡Ay de la persona que ocupa un cargo de mando y elimina a los críticos! Vivirá feliz pero engañado, y el engaño, al final, se tornará

contra él. La verdad de los críticos duele, pero es necesaria.

Un famoso periodista francés, Émile de Girardin, fundador del famoso diario *La Presse* (1836), afirmó: «Si tienes razón, no temas la crítica; si estás equivocado, aprovéchala». Creo que no se puede expresar con palabras más exactas la postura adecuada que deberíamos adoptar ante la crítica.

A todos nos duele la crítica, porque casi siempre solemos pensar que llevamos razón en todo, y por eso somos tan sensibles ante la crítica y ante el halago. Deberíamos saber adoptar ante la crítica una postura equilibrada y serena. Si creemos que la razón nos asiste, no la temamos. Si por el contrario nos hemos equivocado, aprovechémosla para enmendar el camino y superarnos. Las personas que saben encajar las críticas y tenerlas debidamente en cuenta adquieren una gran madurez y, sobre todo, manifiestan un espíritu sincero y noble.

El historiador y orador latino Cayo Cornelio Tácito afirma: «Quien se enfada por las críticas, reconoce que las tenía merecidas».

Es difícil saber encajar las críticas, pero es útil. Quien nos critica puede tener o no razón, pero su crítica es provechosa siempre; si es cierta, nos ayuda a corregirnos; si es falsa, nos hace ejercitar la paciencia y el aguante, dos virtudes muy raras.

No perdamos los estribos ante la crítica. Esta solo nos podrá resultar saludable si la sabemos encajar con serenidad. La crítica es como una corrección que nos llega por detrás e inesperadamente. Nos duele más que la corrección que nos viene por delante y que suele tener su origen en la verdadera amistad. Quien nos corrige quiere nuestro bien. Quien nos critica, en cambio, puede no quererlo, pero no significa que no tenga razón y que no tengamos, por tanto, que corregirnos.

### **Las ideas contrarias pueden clarificar las propias**

«Las ideas contrarias clarifican las propias», dice el poeta ecuatoriano Alejandro Carrión. Asustarnos de las ideas contrarias es una puerilidad. Las ideas de los que piensan de forma distinta de nosotros pueden clarificar y enriquecer las nuestras. Debemos acostumbrarnos a acercarnos a aquéllos que defienden ideas distintas y distantes de las nuestras. Es un ejercicio saludable. Puede ser un signo de pobreza intelectual dialogar solo con aquellos que piensan igual que nosotros. Es cómodo y placentero, pero no es lo más conveniente. Necesitamos de

las ideas contrarias de otros para poder clarificar las nuestras. Sin dialéctica no fortalecemos nuestro pensamiento. La confrontación de ideas sincera y abierta es muy necesaria. Si solo nos acercamos a los que tienen las mismas ideas que nosotros, nos movemos en un círculo muy limitado y cómodo, y además corremos el peligro de vivir engañados en nuestras seguridades.

Abrámonos sin miedo a las ideas contrarias. No nos contaminarán, al revés: servirán para que las nuestras sean más lúcidas y profundas.

Aceptemos las críticas con serenidad. Si son justas, nos hacen un gran bien porque nos abren la posibilidad de corregirnos. Si son injustas, podemos elegantemente aparcarlas porque no nos afectan.

La censura provechosa nos es necesaria. François de la Rochefoucauld afirma: «Hay poca gente sensata que prefiera la censura provechosa a la alabanza traidora». La sensatez sabe asumir con serenidad la censura, la crítica, la corrección, y sabe alejarse de la alabanza traidora. Pero esta sensatez, por desgracia, no abunda. Con frecuencia preferimos la alabanza, el halago, la lisonja a la censura. Y, no obstante, es la censura, es la crítica, la que nos hace crecer y madurar.

La alabanza debilita; la crítica, sin embargo, fortalece. Sepamos encajar la crítica con serenidad y asumir la alabanza con moderación. A la vez que rechazamos de plano la adulación, que consiste en recibir elogios, sin fundamento, con fines interesados.

### **El que me adula es mi enemigo; el que me critica, mi maestro**

Dice un proverbio chino: «El que me adula es mi enemigo; el que me critica, mi maestro». La adulación siempre es mala y proviene del enemigo. De un amigo puede proceder la alabanza sincera o la crítica, pero nunca la adulación, que es una alabanza mentirosa e interesada.

El que de verdad me enseña y me quiere bien es el que me critica sin acritud. La censura, la crítica, el reproche, si están hechos sin ira y sin ganas de fastidiarme, provienen del maestro o del amigo, no del enemigo. Del enemigo proviene la adulación.

No necesitamos para nada aduladores. Lo que importa es tener buenos maestros y buenos amigos. Si confundimos la adulación con la alabanza, nos engañamos radicalmente. Lo que de verdad necesitamos es la crítica ecuánime

que nos haga crecer y madurar como personas.



# ESTAR ABIERTO A LA UTOPIA

La utopía aquí no es sinónimo de quimera, de ilusión débil sin fundamento, sino de ideal difícil de conquistar, pero posible. Estar abiertos a la utopía significa esperar una sociedad mejor: más veraz, justa y solidaria, y trabajar por ella. La utopía es la meta que uno quisiera conseguir. La utopía es necesaria para dar sentido y sabor a la vida, sin ella la lucha diaria se vuelve casi insoportable. Pero para hacer posible la utopía es necesario saber ver lo invisible. «Solamente aquellos que son capaces de ver lo invisible pueden hacer realidad la utopía» (Federico Mayor Zaragoza). Quien no sabe ver más allá de lo cotidiano tiene el camino cerrado a la realización de la utopía. Solamente quienes son capaces de ver lo que a primera vista resulta invisible, pueden convertir en realidad lo utópico, el sueño, el ideal. Y ver lo invisible no es cosa fácil. Exige imaginación y esfuerzo. Sin estas dos condiciones no se logra sobrepasar la rutina diaria ni ver más allá de lo visible. La realización de la utopía –sobre todo la utopía de la justicia, de la paz y de la solidaridad en el mundo– es una aventura en la que vale la pena empeñarnos con toda tenacidad.

Quien está abierto a la sana crítica y a la auténtica utopía pretende un mundo mejor y lucha consecuentemente por él. Sin crítica ni utopía, en cambio, nos quedamos tan satisfechos en una situación superficial, y además ni siquiera sentimos la necesidad de salir de ella.

Luciano Baronio afirma: «Es necesario dar cuerpo a la esperanza y volver a abrir el corazón a la utopía, porque siempre es mejor morir de utopía que de aburrimiento».

Hoy nuestro mundo, en general, carece de utopías. Da la impresión de que han sido eliminadas por un pragmatismo frío y calculador que lo que busca es el acaparamiento y el bienestar individual a cualquier coste. Y, luego, el pragmatismo mercantilista conduce al aburrimiento y el aburrimiento al tedio y el tedio, a veces, puede desembocar hasta en el suicidio más absurdo.

La utopía es necesaria para generar un sociedad nueva donde el hombre sea solidario y la justicia y la fraternidad sean los fundamentos de una sociedad más humana.

**Sin utopía, la sociedad se queda paralizada**

Cuando las utopías no se dan, los factores de cambio languidecen y la sociedad se queda atascada en una posición materialista que para nada favorece a la construcción de la solidaridad y de la esperanza.

«Sin utopía, ninguna actividad verdaderamente fecunda es posible.» Este pensamiento es del escritor ruso del siglo XIX Mijail Saltikov-Chedrin.

Las acciones verdaderamente fecundas que realizamos en la vida suelen ser fruto de una utopía. La utopía es un estímulo sugerente y sugestivo que nos impulsa hacia un ideal, hacia una meta lejana y difícil, pero alcanzable. Porque la utopía no es una quimera que se desvanece rápidamente y carece de fuerza atractiva.

Sin utopías no podemos vivir. Sin quimeras, sí. Necesitamos utopías para poder progresar, para poder hacer algo importante en la vida. Sin utopías no hay sueños, y sin sueños faltan las fuerzas para luchar.

Centremos nuestra vida en algunas utopías básicas que den sentido y vigor a nuestra existencia:

- la utopía de la realización personal y de la comunicación sincera y afectiva con los demás;
- la utopía de la construcción de una sociedad más justa, humana y fraterna;
- la utopía de una naturaleza limpia y bella;
- la utopía de una cultura que fomente el valor de la vida y la dignidad de la persona humana;
- la utopía de la tolerancia y de la paz.

Los ideales son necesarios en la vida. «Los ideales son como las estrellas: no los podremos alcanzar nunca, pero nos pueden orientar» (Carl Schurtz). Los ideales, los sueños, son necesarios porque aunque no podamos realizarlos totalmente, nos orientan, o mejor dicho, hacia ellos nos podemos dirigir.

Es muy importante en la vida tener ideales, estrellas hacia las cuales podamos mirar. Sin ideales, la vida se vuelve anodina y monótona. Sin sueños, la existencia nos conduce por un camino vulgar y triste.

**Una vida sin sueños se enquistada en la rutina**

No debemos confundir nunca el ideal con la realidad, pero aquel siempre puede iluminarla y orientarla. Los ideales, los sueños, estimulan y dinamizan la vida. Una vida sin ideales y sin sueños pronto se enquistaba en la rutina y no merece la pena vivirla. No pasemos simplemente por la vida. Vivámosla con intensidad. Vale la pena. Es un don maravilloso de Dios que no se nos puede pudrir entre las manos. La vida es como un cheque en blanco con fondos. Escribamos en él la máxima cantidad posible. No perdamos la oportunidad. Sería una lástima.

Al final de este decálogo de ética civil elemental he colocado la utopía como un faro potente que nos abra nuevos horizontes. En estos diez valores éticos podemos profundizar *ad infinitum*. Nunca seremos totalmente veraces, justos, responsables, tolerantes, respetuosos, dialogantes, solidarios. Siempre podemos exigirnos un poco más respecto a estos valores básicos de ética civil. La meta de la perfección ética está lejos y necesitamos del estímulo de la utopía para poder avanzar hacia ella. La sana utopía es necesaria para superarnos diariamente y avanzar hacia metas más exigentes en el campo ético. No renunciemos a la utopía si de verdad queremos construir una sociedad mejor: más justa, humana y solidaria. Sin utopía muy fácilmente nos apoltronamos y llegamos a pensar que la situación ética en la que nos encontramos es la ideal, y que ya hemos alcanzado la meta de la perfección. Las personas no críticas ni utópicas se aletargan muy fácilmente en la rutina y la vulgaridad que, en definitiva, son enervantes y paralizadoras.

Los sueños son necesarios. Las personas que sueñan son las que de verdad pueden cambiar este mundo. Simplemente soñando no arreglamos nada, pero sin soñar, tampoco. Sin una fuerte dosis de utopía, este mundo continuará siendo injusto e insolidario. La utopía, el sueño de un mundo mejor es necesario. Sin este sueño no surgen las iniciativas necesarias para cambiarlo radicalmente. Los grandes innovadores de la sociedad en todos los campos del saber fueron siempre grandes soñadores. Sin sus utopías el mundo no hubiera avanzado y la humanidad hubiese quedado rezagada en una fase gris y sin perspectivas. Es el escritor irlandés Oscar Wilde quien afirma que «el progreso es la realización de las utopías».

Soñar significa tener la capacidad de ir más allá de lo real, de lo cotidiano, y franquear las barreras de lo anodino para avanzar con decisión hacia lo desconocido. Soñar quiere decir dar un salto cualitativo hacia el futuro con la esperanza de abrir nuevos caminos que hagan más humana nuestra sociedad.

Solo los soñadores, solo los utópicos serán capaces de hacer avanzar la humanidad. Los necesitamos imperiosamente. Sin ellos se nos cerraría el

horizonte de la esperanza.

## **La crítica y la utopía, dos valores éticos importantes**

La *crítica* y la *utopía* son, a mi juicio, dos principios fundamentales de ética civil que debemos cuidar y ejercitar. Si somos certeramente críticos y utópicos se nos abrirán nuevos horizontes y construiremos una sociedad mejor.

La *crítica* y la *utopía* nos invitan a volver a profundizar en los ocho primeros principios éticos de este decálogo.

El distintivo de las personas sanamente críticas y utópicas es precisamente este: volver a empezar cuando algo no ha salido bien, volver a profundizar cuando todavía no hemos llegado hasta el fondo de la cuestión, volver a intentar una mayor coherencia en nuestra conducta ética cuando hemos fallado en nuestro actuar.

Saber ser críticos y utópicos, desde la humildad, nos confiere una fuerza irresistible. Intentémoslo, y nuestra vida cambiará radicalmente. Ejercemos la crítica y la utopía, no desde el orgullo y la altanería, que son repelentes, sino desde la sencillez y la humildad que tienen una fuerza inmensa.

## **La realidad también es increíble**

No solo la utopía es increíble, sino que la realidad misma vista de cerca y con detenimiento también es increíble. Es de Aristóteles esta incisiva frase: «Creamos en la utopía porque la realidad es increíble». Efectivamente, muchas de las realidades que diariamente contemplamos son increíbles:

- guerras absurdas y crueles;
- pueblos hambrientos sin ninguna perspectiva de futuro;
- hombres y mujeres que malviven esclavizados por la droga o la bebida;
- multitudes de niños sin techo ni educación y que carecen de un trozo de pan que llevarse a la boca,
- personas con ganas de trabajar, y que de ninguna manera pueden conseguir un empleo;
- emigrantes desesperados que mueren en el intento de poder alcanzar un lugar

donde puedan vivir con dignidad;

- políticos elegidos por el pueblo que deberían servir al pueblo y se dejan corromper por intereses egoístas,
- desastres ecológicos de consecuencias nefastas para toda la humanidad;
- centenares de muertos y heridos cada semana en nuestras carreteras europeas.

Y un largo etcétera que da la razón a Aristóteles cuando afirma con fina ironía que «la realidad es increíble». Hagamos un esfuerzo por creer en la utopía. Estimulemos nuestra imaginación y creatividad para que las situaciones arriba descritas no sean irreversibles. Sin utopía, el mundo está abocado a la ruina. Sin utopía, a los hombres y mujeres de hoy les empieza a fallar el sentido del vivir; la vida les parece un absurdo y la muerte un doble absurdo. Sin utopía, la realidad es todavía más increíble.

# CONCLUSIÓN

En esta obra he pretendido exponer diez valores de ética básica que, vividos y cumplidos por una gran mayoría de las personas, cambiarían nuestra sociedad radicalmente haciéndola más habitable y, en definitiva, más feliz.

Nuestra sociedad va sin rumbo y está sumida en un gran desconcierto precisamente porque no vive estos principios o valores éticos.

En la construcción de estos diez valores debemos colaborar creyentes y no creyentes, personas de distintas edades y clases sociales, de cultura y formación diversas. Dichos valores constituyen una excelente plataforma para poder trabajar juntos. Nadie sobra. En el campo de la ética civil debemos unirnos todos para conseguir una sociedad mejor. Todos pueden aportar algo a este proyecto.

## **La ética civil nos puede unir a todos**

Una ética confesional, que puede ser más exigente y amplia que la ética civil, une a los que practican libremente aquella religión; en cambio, la ética civil nos puede unir a todos en un *proyecto común de mínimos éticos* a los que no podemos ni debemos renunciar nunca. Nuestra ética confesional debería inyectar dinamismo y profundidad a la ética básica, común a todos, que es la ética civil. Y esta debería constituir el fundamento elemental de la ética confesional que ningún creyente puede dejar de cumplir. Una ética confesional sin una base sólida de ética civil básica sería un fante, caería en el más espantoso de los ridículos. Un santo, como ya apuntábamos en la introducción, no «se aguanta» si en la base no hay una persona que viva dinámica y profundamente esta ética elemental.

Para un auténtico cristiano, la ética civil no basta, pero es indispensable. Sin su sólido fundamento a la ética cristiana le falta algo muy importante, o mejor dicho: la base de la ética cristiana es la ética civil. Es inconcebible un auténtico cristiano que no sea veraz, justo, responsable, tolerante, respetuoso, dialogante, solidario, que no trabaje honradamente, que no mantenga y cumpla la palabra dada, que no sea sanamente crítico y acepte la crítica, que no esté abierto a la utopía, cuando la gran utopía de la historia son las bienaventuranzas proclamadas y vividas por Jesús.

Esta ética de mínimos que llamamos ética civil básica puede y debe ser el punto de unión de múltiples confesiones religiosas y también una ágil y dinámica plataforma donde creyentes de distintas confesiones y no creyentes se unan en un proyecto común de civismo que, sin duda, resultará enormemente beneficioso para nuestra sociedad.

Estoy firmemente convencido de la conveniencia de la ética civil, y esta obra quiere ser una contribución efectiva a la misma. Ojalá estas páginas ayuden a creyentes y no creyentes a alistarse en el dinamismo ético que hoy necesita nuestra sociedad para poder ser más habitable y humana.

Un mundo sin guerras, sin hambre, sin injusticias flagrantes solo será posible si la mayoría de las personas de nuestra sociedad tienen muy en cuenta estos diez valores éticos elementales.

### **Sin ética, nuestro mundo no tiene futuro**

La ética debería ser una asignatura fundamental en la enseñanza primaria, secundaria y universitaria. Sin deontología, sin ética, el mundo irá a la deriva. Sin ética no formaremos personas, sino simplemente seres egoístas que nunca serán felices ni podrán hacer felices a los demás. Sin ética, nuestra sociedad morirá de asfixia moral. Sin ética el mundo no tiene futuro.

¡Ojalá estos diez valores éticos sean cada vez más tenidos en cuenta! Estoy plenamente convencido de que son indispensables para profundizar en la convivencia democrática. Nuestra democracia se deteriorará progresivamente si no se practican.

Estos diez valores encierran un denso y dinámico programa de ética civil que, debidamente realizado, puede cambiar radicalmente nuestra actual sociedad, en donde todos estamos llamados a ser ciudadanos activos y responsables.

¡Ojalá este programa aquí expresado o algún otro semejante sea objeto de estudio, reflexión y diálogo en las escuelas y en las diversas instituciones de nuestro país! ¡Ojalá nuestro libro facilite esta tarea!

### **Nuestra sociedad actual, rica y pobre a la vez**

La paradoja de la sociedad actual es patente: es rica y pobre a la vez. Esta descripción de Phil Bosmans podrá parecerle catastrofista a alguien. A mí,

personalmente, me parece realista: «Nunca hubo tanto tiempo libre, tantas vacaciones, tanto descanso. Nunca hubo tantos estimulantes, tanto alcohol, tantas drogas. Nunca hubo medios de transporte tan cómodos, viviendas tan bien decoradas, un nivel de vida tan alto. Y nunca hubo tantos hombres infelices, tantos matrimonios fracasados, tantas familias naufragadas. Nunca hubo tan poca alegría».

Esta descripción que hace Bosmans de la actual sociedad occidental, rica y desarrollada, es certera y ajustada. Con solo abrir los ojos a la realidad, nos damos cuenta en seguida de que la gente, en general, no está alegre, no respira buen humor, no tiene paz en su corazón: en definitiva, no es feliz. Al enorme desarrollo económico que ha experimentado el mundo industrializado de Occidente, no le ha correspondido, por desgracia, un igual progreso humano y espiritual. Al dinero acumulado no le ha seguido una igual cantidad de humanidad y de sensibilidad. El Primer Mundo rico es como un gran gigante con pies de barro. Su fundamento no son los grandes valores éticos, sino ingentes cantidades monetarias que no entienden nada de solidaridad.

**No preguntemos ¿qué va a pasar?,  
sino ¿qué vamos a hacer?**

Vale la pena meditar este pensamiento del filósofo Julián Marías: «Lo que más me inquieta es que en España todo el mundo se pregunta: “¿Qué va a pasar?”. Casi nadie hace esta otra pregunta: “¿Qué vamos a hacer?”».

«¿Qué va a pasar?» es la típica pregunta del pueblo amorfo y despersonalizado que espera pasivamente los acontecimientos detrás de la barrera. En cambio, el pueblo activo y con personalidad se hace esta otra pregunta: «¿Qué vamos a hacer?».

Alemania, en la que después de la segunda guerra mundial, solo había muerte, desolación y miseria, no se preguntó «¿qué va a pasar?», sino «¿qué vamos a hacer?». Y comenzaron a organizarse y a trabajar.

«¿Qué vamos a hacer?» es la única pregunta decisiva para que un país salga de sus problemas materiales y morales.

**La sociedad del siglo XXI necesita  
de principios y valores éticos**

El escritor y político francés André Malraux afirmó: «El siglo XXI será moral o no será». Ciertamente en este siglo la moral, la ética, jugará un papel de capital importancia. Se deberá tener muy en cuenta, porque sin valores éticos las sociedades modernas quedarán atrapadas sin sentido en el mar de su bienestar económico; sin valores éticos el desarrollo económico no se transformará en progreso humano y social; sin valores éticos se podrá llegar a la opulencia, pero la sociedad estará vacía de significado.

La sociedad del siglo XXI no podrá sobrevivir sin principios éticos, sin moral, porque esta es el alma de la sociedad. Y una sociedad sin alma, muere de asfixia.

Redescubramos el valor de la ética civil, donde creyentes y no creyentes debemos aportar lo mejor de nosotros mismos para que la sociedad que queremos construir entre todos sea más justa, humana y fraterna. La ética civil puede ser la gran plataforma de encuentro de hombres y mujeres de distintas ideologías y de distintos credos, unidos por el ideal de una sociedad más ética.

En este siglo XXI, cada vez será más necesario saber unir moral y política. Si en el campo político, que es donde se toman las grandes decisiones, no logramos una mayor ejemplaridad ética, la humanidad se encamina hacia un futuro muy negro.

### **No actuemos sin pensar ni pensemos sin actuar**

Las decisiones políticas deben ser meditadas. No basta actuación sin pensamiento. Tampoco es suficiente pensar sin actuar. El escritor italiano Ugo Foscolo dice: «Una parte de los hombres actúa sin pensar y la otra piensa sin actuar». Este pensamiento de Foscolo nos invita a sortear estos dos extremos, los dos nocivos: actuar sin pensar y pensar sin actuar.

Actuar sin pensar significa activismo ciego y precipitado que no conduce nunca a buen puerto. La acción irreflexiva resulta pobre y raquítica, aunque sea abundante.

Pensar sin actuar es quedarnos en el mundo de la teoría y de la abstracción. ¿De qué sirve el pensamiento si no desemboca en una acción realista y coherente?

He ahí dos extremos nocivos: actuar sin pensar y pensar sin actuar. Lo deseable es la síntesis: actuar y pensar, pensar y actuar. Hoy día el primer

extremo es más frecuente que el segundo. Actualmente se actúa más que se piensa. Vivimos desbordados por la acción, y nos cuesta horrores detenernos a pensar. Nuestra actividad puede ser sinónimo de vacío si no va acompañada por una actitud reflexiva de pensamiento que la autentifique. Solamente con acción, con actividad, no podemos afrontar el futuro. Simplemente administraremos el presente con vulgaridad. Para abrir nuevos horizontes, necesitamos pensar, reflexionar, imaginar.

«No hay que escoger nunca entre una práctica sin cabeza y una teoría sin pies» (Régis Debray). Los dos extremos son nocivos. Una práctica sin cabeza es miope, pobre y empobrecedora. Le falta perspectiva. Y una teoría sin pies es muy peligrosa. Nos introduce en una aventura sin salida. Nos muestra una meta sin camino para llegar a ella. La práctica sola es alicorta. Y la teoría sin práctica, sin pies, no conduce a nada útil. El ideal consiste en una práctica que tenga cabeza y en una teoría que tenga pies. O dicho de otra manera: en saber combinar sabiamente práctica y teoría. Con la práctica solo o solo la teoría no hay salida posible.

El mismo miedo me dan los hombres prácticos sin cabeza que los teóricos sin pies. Ninguno de los dos sirve para gobernar, que es el arte de saber combinar con acierto y equilibrio práctica y teoría.

Entre práctica y teoría, por tanto, no debe haber dilema sino conjunción: de ella sale la obra bien hecha, surge el equilibrio que convence y avanza convenientemente.

Necesitamos más que nunca de una teoría realista y de una práctica inteligente. Sobre todo necesitamos la sabia conjunción de teoría y praxis que es donde radica el equilibrio fecundo. La teoría sin praxis lleva a la deriva y la práctica sin teoría carece de horizontes significativos.

### **Que nuestra conducta esté en consonancia con estas sabias palabras de Rudyard Kipling**

Desearía comentar, ahora, un conocido texto de Rudyard Kipling, escritor británico de origen indio. Estas antológicas palabras de Kipling las he visto reproducidas en múltiples publicaciones y en todo tipo de posters. Son muy queridas, sobre todo, por la juventud. Dicen así:

«Si puedes confiar en ti mismo cuando todos dudan, pero sin desdeñar tampoco sus dudas. Si puedes esperar sin que la espera te agote, o estando en apuros no caer en la mentira, o siendo odiado no dar curso libre al odio. Si puedes soñar y los sueños no te esclavizan. Si puedes pensar y no conviertes los pensamientos en tu única guía. Si puedes encontrar el triunfo y la derrota y tratar ambos impostores del mismo modo. Si puedes llenar el inesquivable minuto con sesenta segundos de sentido. Todo en la tierra será de tu dominio, y lo que es más, serás por ti mismo, serás un hombre».

Estas palabras de Kipling son un cántico al ser humano confiado, esperanzado, veraz, sereno, humilde, realista... De este cántico me ha llamado sobre todo la atención este pensamiento: serás un hombre si «estando en apuros no caes en la mentira, o siendo odiado no das curso libre al odio». Saber evitar la mentira y el odio, hasta en los momentos más duros y difíciles de la vida, es una prueba de gran personalidad y de enorme temple ético. A este famosísimo texto de Kipling yo solo le añadiría: si sabes ser solidario cuando todos a tu alrededor piensan solo en sí mismos, serás hombre.

La meditación de esta cita de Kipling es reconfortante. Sepamos sacar de ella luz y fuerza para nuestra vida.

### **Una genuina ética civil nos indica que la vida humana es ante todo un proyecto**

Olegario González de Cardedal, comentando un libro de Julián Marías, publicado en 1995 y titulado *Tratado de lo mejor. La moral y las formas de vida*, afirma: «La realización del quehacer primario del ser humano es ser hombre con sentido, hacer de la existencia un proyecto, vivir con intensidad apasionada, tomar el curso de la vida en propia mano, siguiendo sus trayectorias sucesivas e integrando sus inesperados vericuetos».

La vida humana no es un absurdo ni un camino sin meta ni una existencia sin sentido. La vida humana, según la ética civil, es ante todo un proyecto que realizar, y hay que vivirlo con intensidad y pasión. Y hay que ponerse al timón de la propia vida siguiendo sus trayectorias sucesivas e integrando sus inesperados vericuetos.

Ser hombre con sentido no es nada fácil. Implica moral y disciplina y, sobre todo, ilusión por vivir según un proyecto que valga la pena. Y este proyecto consiste en obrar el bien, imitando a Dios que es la personalización máxima de la verdad y del bien. Hacer de nuestra existencia humana un proyecto de bien

significa realizarnos plenamente y con sentido.

## **La revolución de la dignidad humana, una revolución pendiente**

Urge la revolución de la dignidad humana. La sensibilidad por la dignidad humana va en aumento y son muchos los que piensan que todavía debe crecer más. Algunos hablan incluso de la dignidad humana como de una revolución pendiente. A lo largo de la historia ha habido revoluciones importantes para la consecución de la libertad y de la justicia. Éxitos y fracasos, esperanzas y decepciones las han acompañado. Lo que ciertamente queda por hacer es la revolución de la dignidad humana: una revolución que sepa unir libertad y justicia, que respete los derechos del hombre y que busque y consiga sobre todo la dignidad humana.

Si no se respeta la dignidad humana, las revoluciones siempre se hacen a costa de alguien, y cuando alguien queda lesionado en sus legítimos derechos, la revolución, a la larga, fracasa.

La revolución de la dignidad humana la harán aquellos hombres y mujeres que crean en la libertad y la justicia, y con medios pacíficos estén dispuestos a sacrificarse a sí mismos por este noble ideal.

Lo que hoy necesita nuestro mundo es una revolución de la dignidad humana en que la ética prevalezca sobre la técnica, la *cultura del ser* vaya por delante de la *cultura del tener*, compartir no quede ahogado por acaparar, las personas tengan *dignidad* y no *precio*, la solidaridad predomine sobre los egoísmos individuales y de grupo, y la paz estable y firme sea el fruto maduro de la justicia.

Esta revolución la deberían hacer diariamente todas aquellas personas que creen sinceramente en la dignidad humana.

## **Una sociedad justa y solidaria exige respeto y promoción de los derechos humanos**

Los derechos humanos pertenecen a toda persona por el simple hecho de serlo. Son derechos naturales fundamentales, anteriores y superiores al Estado. Nadie los *otorga* ni los *concede*, lo único posible es *reconocerlos* y *ampararlos*.

Precisamente el Estado adquiere legitimidad en cuanto garante, defensor y realizador de tales derechos.

El fundamento de la sociedad humana es el respeto a la persona. Y el principio básico de la dignidad humana es el *leitmotiv* (el hilo conductor) de toda la doctrina social de la Iglesia, desde la *Rerum novarum* de León XIII (1891) hasta la *Centesimus annus* de Juan Pablo II (1991).

Cuando no se respetan los derechos fundamentales de la persona humana, los pueblos se envilecen progresivamente porque fallan en lo fundamental.

La persona debe ser siempre respetada porque es un fin en sí misma. Nunca puede ser empleada o manipulada como un medio. Las dictaduras que así lo han hecho han producido innumerables víctimas, pero tarde o temprano han caído estrepitosamente.

Solo cuando la persona humana es respetada se puede construir una sociedad justa y solidaria. La persona con todos sus derechos y deberes es el centro y fundamento de dicha sociedad.

### **Solo los valores éticos y humanos pueden salvar el mundo**

Solo el humanismo puede salvar al mundo. «Los cristianos tenemos que dar con nuestras vidas un “¡no!” a la unilateralidad pragmatista; un “no”, que no brote de resentimiento y añoranza; que parta de aceptar el progreso y la racionalidad, pero denuncie su secuela de inhumanidad. Eso coincidirá con la vuelta a lo mejor del humanismo, depurado ya de sus deformaciones. Solo una generosa conversión humanista puede hoy salvar a la humanidad» (José Gómez Caffarena).

Yo también lo creo así: solo una generosa conversión humanista puede hoy salvar a la humanidad. La simple racionalidad técnica nos puede aportar desarrollo y crecimiento económico, pero solo los valores éticos y humanos pueden salvar el mundo. La racionalidad técnica puede producir un mundo satisfecho, pero no feliz. La genuina felicidad no la da el desarrollo tecnológico; solo la poseen las personas que son capaces de vivir humana y fraternalmente.

Únicamente el humanismo puede salvar al mundo. La ciencia y la técnica, sin duda, lo harán avanzar, pero la salvación solo le puede llegar a través de un humanismo responsable que haga de la tierra una comunidad de hombres justos, veraces y solidarios.

## **En el campo de la ética urge hallar caminos para avanzar, o abrirlos**

El general cartaginés Aníbal, refiriéndose a su paso de los Alpes, dijo: «Hallaré el camino para avanzar o me lo abriré». Es esta una expresión llena de fuerza y valentía. No pocas veces en la vida, debido a las dificultades de toda índole, no logramos hallar el camino para avanzar y conseguir nuestros objetivos. Entonces, se trata de tener el valor de abrir camino donde no lo hay, y esta es sin duda una tarea ardua y difícil.

Transitar por caminos trillados es fácil, pero tener que avanzar abriendo camino donde no lo hay resulta muy laborioso: exige imaginación y constancia.

La humanidad ha avanzado gracias a la creatividad y el valor de hombres decididos de todos los campos del saber que no se han arredrado ante las dificultades y han sabido abrir nuevos caminos.

La voluntad firme de abrir camino donde no lo hay es la garantía más segura de que el mundo continuará avanzando a pesar de todo. El horizonte que tenemos delante es un horizonte de esperanza mientras haya personas que busquen caminos para avanzar, y los abran si no los encuentran.

## **Ante el mal no nos pongamos nerviosos**

Finalmente quisiera advertir que el mal puede ayudar al bien. «El mal sirve de estiércol para el bien.» He ahí un lúcido pensamiento del escritor francés Joseph Joubert.

A veces el mal nos pone nerviosos, al pensar que su existencia es siempre y radicalmente nociva. Y no es así. El mal puede ayudar a abonar la tierra del bien. El estiércol, en su debida dosis, no estropea el árbol, sino que le inyecta fuerza y dinamismo para crecer y fructificar.

No se trata de ser permisivos con el mal, sino de emplearlo como estímulo para hacer el bien. Que nuestra posición sea:

- ante tanto odio y rencor, propaguemos el amor y la paz;
- ante tanta falsedad y mentira, difundamos la sinceridad y la verdad;
- ante tanta superficialidad y mediocridad, cuidemos la profundidad y la calidad;
- ante tanta corrupción, seamos íntegros.

El bien nunca debe apocarse ante el mal. Este se vence con el bien, e inclusive puede expandirse con el estiércol del mal. El mal no debe robarnos nunca la esperanza. Todo lo contrario: debe estimularnos a obrar el bien con más intensidad y diligencia. Sin el mal, el bien podría dormirse en los laureles. Cosa que resultaría muy peligrosa.

## **Un sano y realista principio ético**

Quisiera terminar este libro recordándote que cuando quieras mejorar el mundo, lo mejor es empezar contigo mismo. Son muchos los que olvidan este sano y realista principio ético, construyendo grandes castillos en el aire. El sano idealismo de querer renovar el mundo debe concretarse en la renovación de tu propia persona. La parte del mundo que de verdad depende de ti eres tú mismo. Tú debes, por tanto, ser el primero en mejorar.

Hay personas que quisieran mejorar el mundo –y el deseo es noble y digno de elogio– pero se olvidan de una cosa elemental: que deben empezar por ellas mismas. La parte del mundo que de verdad está en tus manos eres tú mismo y sobre ella puedes actuar libremente. Nada ni nadie te lo impide.

Si tú mejoras, el mundo también mejorará, aunque sea en una mínima parte, porque tú eres parte de este mundo. Mejora tus pautas de pensar y actuar, y por contagio otros también las mejorarán: así será posible un paulatino cambio de las estructuras e instituciones sociales de nuestra sociedad.

Cuando exiges la mejora del mundo sin comenzar por ti mismo, caes en una grave incongruencia. No puede haber cambio en las estructuras ni en las instituciones sociales si las personas que las sustentan y dirigen no cambian. Cambiar a los hombres y mujeres es tan importante como cambiar las estructuras, y nunca debe oponerse lo uno a lo otro.

Mejorándote a ti mismo, ayudas a mejorar el mundo. Si vives de verdad estos diez valores éticos, el mundo en el que vives y trabajas cambiará radicalmente, y la utopía de un mundo mejor comenzará a ser una realidad.

## **No perder la esperanza en la condición humana**

Era muy característico de Albert Camus su pesimismo radical. He aquí un botón

de muestra en esta frase del gran escritor existencialista francés: «El que desespera ante un hecho adverso es un cobarde, pero el que conserva la esperanza en la condición humana es un loco».

Aunque admire literariamente a Albert Camus, no estoy de acuerdo con él respecto a esta última frase. Yo sí conservo la esperanza en la condición humana. Creo en el hombre (hombre y mujer) a pesar de sus fallos y miserias. Creo en el hombre como posible constructor de una sociedad más justa, humana y fraterna. Creo en el hombre porque Dios lo creó a su imagen y semejanza y, consecuentemente, puede elevarse hasta límites insospechables.

La confianza y la esperanza en el ser humano son los dos fundamentos básicos del sentido. Si esto falla, la vida se convierte en un absurdo y la tierra se vuelve un lugar inhabitable. Sin confianza y esperanza en el hombre, este se convierte en lobo feroz para su prójimo. Cuando se pierde radicalmente la confianza y la esperanza en la persona, la tierra se convierte en un infierno y la vida en un tormento.

### **Saber levantar acta de las pequeñas esperanzas**

Nuestro mundo anda tan escaso de esperanzas que hay que levantar acta de todas, por pequeñas que sean.

Las noticias buenas y esperanzadoras, aunque escasas, existen, pero no se publican en las primeras páginas de los periódicos. Estas parecen reservadas a los conflictos bélicos, a las tensiones políticas, a los escándalos sentimentales o a las catástrofes de la naturaleza. Cuando hay una buena noticia parece que no tiene cabida en los medios de comunicación social. ¿Por qué? Creo que se ha perdido el equilibrio informativo. Solo interesa lo que es negativo y espectacular, y se ha perdido el gusto por el significado profundo de los acontecimientos normales o extraordinarios de signo positivo.

¿Quién destaca en la prensa, la radio o la televisión una obra bien hecha si no es sensacional? ¿Quién pone de relieve en los medios las muchas cosas que funcionan bien gracias al trabajo, la organización y la generosidad de gente normal? ¿Quién comenta las pequeñas esperanzas que diariamente florecen e iluminan nuestra sociedad?

Esforcémonos por reconocer, valorar, potenciar y dar a conocer las muchas cosas buenas que diariamente laten a nuestro alrededor. Si lo hacemos, el mundo se volverá más humano y nosotros creceremos en sensibilidad ética.

## **Saber ver el lado bueno de las personas y de las cosas**

Procuremos ver el lado bueno de las personas y de las cosas.

Hay gente que parece llevar puestas permanentemente gafas oscuras. Todo lo ve negro. Su pesimismo es radical. Solo se fija en el lado negativo de los hechos. Es derrotista y difunde por doquier amargura. Y su falta de esperanza le sumerge en una profunda tristeza y desconfianza.

Procuremos nosotros, por el contrario, guardar el equilibrio y la serenidad e iluminemos nuestra vida con el sentido de la esperanza. Fijémonos, sobre todo, en el lado bueno de las personas y de las cosas, y experimentaremos una gran alegría y optimismo, a la vez que acrecentaremos la confianza en nosotros mismos y la inspiraremos en los demás.

Vivir la vida cotidiana desde una óptica positiva es muy saludable para el cuerpo y para el espíritu. Ante las dificultades hay dos maneras de reaccionar: padecerlas o vencerlas. Adoptar una postura positiva y optimista ante la vida no significa ser iluso, sino ser realista y, sin olvidar los problemas existentes, saber ver el lado bueno de las personas y de las cosas. Frente al pesimismo y las adversidades pongamos imaginación e ilusión, y nuestra vida se encuadrará en un nuevo horizonte de esperanza.

# RELACIÓN DE AUTORES CITADOS

Achard, Marcel (1899-1974)<sup>1</sup>  
Adenauer, Konrad (1876-1967)  
Adler, Alfred (1870-1937)  
Agustín, San (354-430)  
Alberione, Santiago (1884-1971)  
Aníbal (247-183 a.C.)  
Arenal, Concepción (1820-1893)  
Aristóteles (384-322 a.C.)  
Arrupe, Pedro (1907-1991)  
Bacon, Francis (1561-1626)  
Baez, Joan (1941)  
Balmes, Jaime (1810-1848)  
Baroja, Pío (1872-1956)  
Baronio, Luciano  
Bosmans, Phil (1922)  
Botempelli, Massimo (1878-1960): 136  
Brandt, Willy (1913-1991)  
Buber, Martin (1878-1965)  
Byron, Lord (Gordon, George) (1788-1824)  
Caballero, Fernán (Böhl de Faber, Cecilia) (1796-1877)  
Cagiati, Annie (1929-1999)  
Calderón de la Barca, Pedro (1600-1681)  
Calleja, José Ignacio  
Câmara, Hélder (1909-1999)  
Camus, Albert (1913-1960)  
Carlyle, Thomas (1795-1881)  
Carrión Alejandro (1915)  
Cicerón, Marco Tulio (106-43 a.C.)  
Cortina, Adela (1947)  
Chardin, Teilhard de (1881-1955)  
Chesterton, Gilbert Keith (1874-1936)  
Chuang-tsu (siglo IV a.C.)  
Churchil, Winston (1874-1965)

Debesse, Paul  
Debray, Régis (1941)  
Dehmel, Richard (1863-1920)  
Descartes, René (1596-1650)  
Díaz, Carlos (1944)  
Diosdado, Ana (1938)  
Donne, John (1572-1631)  
Dostoievski, Fiodor  
Mijailovich (1821-1881)  
Downs, Hugh  
Ebner-Eschenbach, Marie von (1830-1916)  
Echarren, Ramón (1929)  
Erasmus de Rotterdam (1469-1536)  
Erhard, Ludwig (1897-1977)  
Foscolo, Ugo (1778-1827)  
France, Anatole (1844-1924)  
Fromm, Erich (1900-1980)  
Fuster, Joan (1922-2002)  
Galbraith, John Kenneth (1908)  
Gandhi, Mahatma (1869-1948)  
Ganivet, Ángel (1865-1898)  
Geibel, Emmanuel (1815-1884)  
Girardin, Émile de (1806-1881)  
Gómez Caffarena, José (1925)  
González de Cardedal, Olegario (1934)  
Gordimer, Nadine (1923)  
Gorky, Maxim (1869-1936)  
Gracián, Baltasar (1601-1658)  
Guardini, Romano (1885-1968)  
Havel, Václav (1936)  
Heine, Heinrich (1797-1856)  
Henry, William (1931)  
Huxley, Leonard Aldous (1894-1963)  
Jubany, Narcís (1913-1996)  
Joubert, Joseph (1754-1824)  
Joubert, Petrus Jacobus (1831-1900)  
Juan Pablo II (1920)

Juan Carlos I (1938)  
Juárez, Benito (1806-1872)  
Kant, Emmanuel (1724-1804)  
Kennedy, John Fitzgerald (1917-1963)  
King, Martin Luther (1929-1968)  
Kingsley, Charles (1819-1875)  
Kipling, Rudyard (1865-1936)  
Lec, Stanislaw J. (1909-1966)  
Lemaître, Jules (1853-1914)  
León XIII (1810-1903)  
Leopardi, Giacomo (1798-1837)  
López Aranguren, José Luis (1909-1996)  
López Quintás, Alfonso  
Lincoln, Abraham (1809-1865)  
Maeterlinck, Maurice (1862-1949)  
Mahoma (570-632)  
Malraux, André (1901-1986)  
Marcuse, Herbert (1898-1979)  
Marías, Julián (1914)  
Martín Descalzo, José Luis (1930-1991)  
Mauriac, François (1885-1970)  
Maurois, André (1885-1967)  
Mayor Zaragoza, Federico (1934)  
Mello, Anthony de (1931-1987)  
Metastasio, Pietro (1698-1782)  
Moltmann, Jürgen (1926)  
Montaigne, Michel de (1533-1592)  
Montand, Yves (1921-1991)  
Montesquieu, Barón de (Secondat, Charles Louis de) (1689-1755)  
Moro, Tomás (1478-1535)  
Ortega y Gasset, José (1883-1955)  
Pablo VI (1897-1978)  
Papini, Giovanni (1881-1956)  
Pascal, Blas (1623-1662)  
Pasteur, Louis (1822-1895)  
Paz, Octavio (1914-1998)  
Picasso, Ruiz, Pablo (1881-1973)

Pío XI  
Pitágoras  
Platón (428-347 a.C.)  
Plinio el Viejo (24-79)  
Popper, Karl  
Prevost, Marcel (1862-1941)  
Quevedo y Villegas, Francisco de (1580-1645)  
Ricoeur, Paul (1913)  
Rochefoucauld, François de la (1613-1680)  
Rolland, Romain (1866-1944)  
Rollin, Charles (1661-1741)  
Rupérez, Javier (1941)  
Ruskin, John (1819-1900)  
Saavedra y Fajardo, Diego de (1584-1648)  
Saltikov-Chedrin, Mijail (1826-1889)  
Saramago, José (1922)  
Sarasate, Pablo (1844-1908)  
Schurtz, Carl (1829-1906)  
Schweitzer, Albert (1875-1965)  
Séneca, Lucio Anneo (4 a.C.-65 d.C.)  
Shaw, George Bernard (1856-1950)  
Silva, Álvaro de  
Sobrino, Jon  
Sócrates (470-399 a.C.)  
Solari, Enrique:  
Soyinka, Wole (1934)  
Steinbeck, John (1902-1968)  
Tácito, Publio Cornelio (55-116)  
Tarancón (Enrique y Tarancón, Vicente, cardenal) (1907-1994)  
Tati, Jacques (1908-1982)  
Terencio, Publio (185-159 a. C.)  
Unamuno, Miguel de (1864-1936)  
Valéry, Paul Ambroise (1871-1945)  
Vian, Boris (1920-1959)  
Vidal, Marciano (1937)  
Vives, Juan Luis (1492-1540)  
Voltaire (Arouet, François Marie) (1694-1778)

Wickert, Ulrich (1942)

Wilde, Oscar (1854-1900)

Zenón de Citium (336-264 a.C.)

<sup>1</sup> Los números entre paréntesis hacen referencia al año de nacimiento y muerte de los autores citados.

# Contenido

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

Introducción

1. SER VERAZ

2. SER JUSTO

3. SER RESPONSABLE

4. SER TOLERANTE

5. SER DIALOGANTE

6. SER SOLIDARIO

7. TRABAJAR HONRADAMENTE

8. MANTENER LA PALABRA DADA

9. SER CRÍTICO Y SABER ACEPTAR LA CRÍTICA

10. ESTAR ABIERTO A LA UTOPIÍA

Conclusión

Relación de autores citados

Créditos

Diseño de cubierta: Estudio SM

© 2004, Joan Bestard Comas

© 2004, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

© De la presente edición: PPC, Editorial y Distribuidora, SA, 2014

Impresores, 2

Urbanización Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppcredit@ppc-editorial.com

[www.ppc-editorial.com](http://www.ppc-editorial.com)

Coordinación técnica: Producto Digital Grupo-SM

Digitalización: **ab** serveis

ISBN: 978-84-288-2662-4

*Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.*

# Índice

Portadilla	2
Dedicatoria	4
Prólogo	5
Introducción	8
1. SER VERAZ	25
2. SER JUSTO	45
3. SER RESPONSABLE	68
4. SER TOLERANTE	76
5. SER DIALOGANTE	93
6. SER SOLIDARIO	102
7. TRABAJAR HONRADAMENTE	119
8. MANTENER LA PALABRA DADA	132
9. SER CRÍTICO Y SABER ACEPTAR LA CRÍTICA	136
10. ESTAR ABIERTO A LA UTOPIÍA	144
Conclusión	150
Relación de autores citados	162
Contenido	167
Créditos	168